
SAN VALENTÍN
CONTRA CUPIDO
Se rueda el amor
KAYLA MUN

SAN VALENTÍN CONTRA CUPIDO

Se rueda el amor

KAYLA MUN

Título: San Valentín contra Cupido. Se rueda el amor

© Kayla Mun

© Todos los derechos reservados

© Ms. Alvero (diseño de portada)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1º edición: enero de 2026 - Independently published

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

San Valentín contra Cupido: Se rueda el amor inaugura una nueva serie romántica titulada ***San Valentín contra Cupido*** y, para mí, supone también un pequeño cambio de registro… aunque no de rumbo.

La serie *Chicos de uniforme* continúa y seguirá haciéndolo. Pero esa serie contiene historias más intensas, con mayor carga dramática y emocional, y precisamente por eso, entre novela y novela, sentí la necesidad de desconectar un poco y permitirme escribir algo más ligero, más irónico, con humor y con un romanticismo menos solemne. Un proyecto distinto, pensado como un respiro creativo, tanto para mí como para vosotras.

Así nació la idea de escribir sobre el Día de los Enamorados.

Llegado ese punto, surgió la pregunta inevitable: ¿Cupido o San Valentín?

Lo consulté en redes sociales y obtuve un empate técnico absoluto. Literalmente. Dos personas votaron. Una por Cupido y otra por San Valentín. Gracias, Laura y Carme, por participar y por provocar este empate tan perfecto. Democracia en estado puro.

Así que decidí no elegir.

De ahí nace esta serie: un conjunto de novelas en las que Cupido y San Valentín trabajan juntos —a su manera—, con sus diferencias, sus fricciones y su particular forma de entender el amor. En este universo, la mitología clásica ha sido reinterpretada de forma libre: los dioses, sus funciones y sus dinámicas no responden a un canon estricto, sino a lo que la historia necesita. Aquí no busco fidelidad mitológica, sino conflicto, ironía y consecuencias.

Esta es una serie sobre flechas que fallan, decisiones que se complican y personas que descubren, a veces demasiado tarde, que el deseo no siempre sigue las normas previstas.

Gracias por acompañarme en este nuevo juego.

Con todo mi cariño,
Kayla Mun

Para ti, que sigues creyendo en el amor...
Incluso cuando las flechas se equivocan.

PRÓLOGO

San Valentín se pasea por el despacho con una carpeta luminosa flotando a su lado. Gráficos, porcentajes y proyecciones sentimentales se reordenan a cada paso, obedientes, como un informe con voluntad propia que ya anticipa el desastre.

—Si es otra reunión de resultados —murmura Cupido, sin levantar la vista de su pantalla—, te recuerdo que no está en la agenda.

—Llevamos semanas posponiendo la revisión trimestral de compatibilidades —replica San Valentín, sin aflojar el paso—. Cuando las rupturas suben un veintisiete por ciento en menos de seis meses, deja de ser una sugerencia.

Cupido levanta la vista. Recorre la carpeta flotante de principio a fin, sin acelerar ni cambiar la expresión de la cara en ningún momento, atendiendo al expediente solo porque es lo que corresponde.

—Los humanos rompen, Valentín. Es una de sus aficiones favoritas.

—No a este ritmo. Menos mal que este año hemos tenido excepciones, claro. Como el caso de Selena Gomez y Benny Blanco —continúa San Valentín, y con un gesto hace avanzar un gráfico—. Riesgo inicial alto, estabilidad inesperada, índice de satisfacción emocional del noventa y dos por ciento.

—Una diana perfecta —dice Cupido sonriente y satisfecho, con ese orgullo discreto de quien sabe que ha clavado la flecha en un objetivo sin mirar.

—Sí, pero no todos los casos van así. Las rupturas tempranas se han disparado. Las incompatibilidades no detectadas, también, y eso no debería pasar con los filtros activos.

—Los tiempos cambian —responde el dios, encogiéndose de hombros, casi divertido—. Antes discutían cara a cara; ahora se bloquean por mensaje. No es culpa de las flechas.

San Valentín suspira. Se alisa el traje con ambas manos, revisa las mangas y, cuando termina, todo parece haber recuperado su sitio.

—Al menos las relaciones duraderas todavía existen. Kevin Bacon y Kyra Sedgwick, por ejemplo. Treinta y seis años juntos y una estabilidad ejemplar.

—¿Ves? —dice Cupido, con una sonrisa triunfal—. El sistema funciona. Ahora, si no te importa, estoy recalibrando los parámetros de atracción espontánea. Últimamente el deseo necesita un poco más de margen, un poco más de… sorpresa.

San Valentín frunce el ceño y mueve la cabeza un poco, entrecerrando los ojos, mientras parece decidir si tragar la palabra o dejarla escapar.

—La sorpresa nunca ha sido una buena idea.

—Ay, Valentín —Cupido se encoge de hombros, despreocupado, y vuelve a la pantalla como quien regresa a su juego favorito—. El amor nunca lo ha sido.

La sala de reuniones de Skyflix está demasiado limpia para una empresa que se desmorona. Todo brilla, todo encaja, todo transmite control, y sin embargo el aire pesa con esa tensión fría que solo aparece cuando alguien ya ha pronunciado la palabra «recortes» en voz baja.

Vera Clayton está sentada con la espalda recta y las manos perfectamente cruzadas sobre la mesa. Ha llegado con una carpeta física —sí, física— porque hay cosas que no necesitan pantallas ni artificios para funcionar, del mismo modo que un romance bien construido no depende de fuegos artificiales, sino de intención.

Al otro lado, Rick Winterlow se balancea en la silla con una pierna cruzada sobre la otra, girando un bolígrafo entre los dedos, entretenido, porque parece que la posibilidad de un desastre corporativo es solo un pasatiempo para él.

El CEO se aclara la garganta y da por comenzada la reunión.

—Buenos días a todos, gracias por venir.

Ninguno responde. Solo un asentimiento rápido y un movimiento con la cabeza recorren la sala, mientras se enderezan, cruzan las piernas y juegan con cualquier cosa que tienen a mano para llenar el silencio.

—Voy a ser directo —continúa el CEO—. Skyflix está perdiendo suscriptores a una velocidad que no puedo seguir justificando ante el consejo. Si el especial de San Valentín falla… no habrá plan B.

—Por fin algo que merece la pena. —Rick sonríe y sus ojos se iluminan por primera vez en toda la mañana.

Vera gira la cabeza hacia él, despacio, sin perder la compostura.

—Esto no tiene nada de emocionante.

—Depende de cuánto te guste el riesgo—añade él, inclinándose un poco hacia Vera.

El CEO suspira. Conoce a los dos productores desde hace años y se sabe su dinámica de memoria. Se reclina un poco, resignado: la reunión inevitablemente terminará en pelea, como de costumbre.

—Quiero que presentéis vuestras propuestas para el especial. Los dos. Quiero compararlas antes de tomar una decisión.

—Perfecto —asiente Vera enseguida, impecable y profesional—. Tengo una línea clara, probada, que conecta con la audiencia y que no se derrumba a mitad del capítulo.

Rick se vuelve a inclinar hacia delante, y lo hace con ese gesto que deja claro, sin necesidad de subrayados, que su idea va en la dirección contraria.

—Yo también. Y no se parece en nada a eso.

—¿Y tú por qué piensas que no se parece si ni siquiera has escuchado mi propuesta? —dice Vera entre dientes, cruzando los brazos sin disimular la tensión que cada comentario de Rick le provoca.

—No necesito escucharla, me la puedo imaginar.

—Eso lo entendería si tuvieras imaginación, Winterlow. Yo tengo una idea sólida que funcionará.

—¿Cuál es tu problema? —pregunta él—. ¿Te asusta salirte del manual de siempre?

—El especial de San Valentín funciona porque conecta: historias de amor y emoción que hacen que la gente quiera seguir creyendo —dice Vera, apoyando una mano sobre la mesa mientras observa a Rick de reojo—. Y lo que me da miedo es arruinar toda la plataforma y quedarme sin trabajo solo por intentar ser… moderno

Rick hace girar el bolígrafo entre los dedos, dejándolo rodar de un lado a otro sin prisa, y Vera nota cómo su calma deliberada le tensiona los hombros.

—¿Moderno? —responde él, echándose esta vez hacia atrás y levantando una ceja—. Tus ideas son insípidas.

Vera mantiene la postura, los hombros firmes, sin regalarle ninguna reacción.

—Mis ideas funcionan.

Rick ladea la cabeza y deja que la palabra flote unos segundos antes de soltar:

—Son anticuadas.

—Lo que tú digas —contesta Vera, apretando los dedos sobre la mesa y sosteniéndole la mirada.

El CEO levanta una mano, firme, antes de que el intercambio dialéctico se convierta en algo más personal de lo que ya es.

—¡Basta! No estamos aquí para pelear.

—No estoy peleando —dice Vera, sin apartar la mirada de Rick, y en esa precisión hay un reproche sutil—. Estoy siendo responsable.

Rick deja escapar un "JA" breve, y ruidoso, y el ambiente se tensa más todavía.

—Responsable es la palabra que usan los que no se atreven a hacer historia —dice en voz baja aunque todo el mundo lo oye en la sala.

—No todo tiene que ser una provocación —replica Vera, un poco más alto de lo que pretendía.

—Y no todo tiene que ser un cuento de hadas reciclado.

—La gente quiere amor —insiste Vera—. Quiere finales felices. Quiere creer que las cosas pueden salir bien, aunque sea durante una hora.

Rick la mira unos segundos, manteniendo la espalda recta y las manos quietas sobre la mesa, observando cada uno de sus movimientos sin reaccionar. Sus ojos evalúan y comparan, y pese a

su control, hay algo en él que no encaja con la frivolidad que adopta cuando quiere, y eso irrita a Vera.

—La gente quiere sentir algo —dice al fin—. Aunque duela. Aunque incomode. Aunque no termine donde esperaban.

El silencio se tensa mientras el CEO se frota la sien, agotado, consciente de que ese enfrentamiento no se resuelve con diplomacia.

—Necesitamos un especial que sea un bombazo —les dice a ambos—. Algo que se comente. Que nos devuelva al centro de la conversación.

—Pues eso se consigue cuidando lo que ya funciona y haciéndolo mejor que la competencia —responde Vera, sin ceder en sus convicciones—. No rompiéndolo todo por puro ego creativo.

Rick continúa con ese movimiento tan suyo de hacer girar el bolígrafo entre los dedos, despacio y tranquilo, dejando que el metal cruce sus manos una y otra vez mientras observa a Vera y lanza su réplica.

—Pues yo creo que ahora es justo el momento para romperlo todo. No tenemos mucho margen.

El CEO se pone en pie, dando por zanjada la reunión, porque teme que, si se queda un minuto más, uno de los dos va a olvidar que está en una empresa y no en un *ring* de boxeo.

—Tenéis cuarenta y ocho horas. Quiero dos presentaciones distintas. Sin colaboración. Sin sabotajes… si es posible.

Vera toma la carpeta con cuidado, endereza las esquinas y la coloca sobre el escritorio con calma, sin dejar que se escape ni una hoja fuera de sitio.

—Lo tendrás.

Rick se levanta inmediatamente después, con calma, dejando claro que el plazo no lo intimida; lo estimula.

—Prepárate para algo que no hayas visto nunca.

Una vez terminada la reunión, se cruzan en la puerta, demasiado cerca. El espacio entre ambos se vuelve incómodo pero ninguno hace el mínimo gesto de ceder su espacio. Parece que la batalla por conseguir producir el especial acaba de comenzar.

—No voy a permitir que conviertas San Valentín en un experimento —le dice Vera en voz baja—. Pienso quedarme con este proyecto

Rick se acerca a ella lo justo para invadir su espacio, con una calma que roza la provocación.

—Pues empieza a pensar en algo más emocionante que los pastelones que haces todos los años, porque no te lo voy a poner nada fácil.

Se sostienen la mirada un segundo más de lo necesario, midiendo fuerzas, y luego salen en direcciones opuestas, cada uno convencido de que el otro es el obstáculo.

Sin saber todavía que el peor error de ambos va a ser tener razón.

1

El Centro de Mando del Amor —o, para quienes trabajan aquí desde hace siglos y ya no tienen paciencia para ceremonias, el CMA — nunca conoce un día realmente tranquilo, pero lo de hoy no encaja en ninguna categoría registrada.

Las pantallas parpadean sin pausa, cada una anunciando un desastre distinto. El zumbido de los paneles crece, los gráficos saltan de un extremo al otro y las alertas forman un coro inquietante, propio de una sala de control en plena crisis mundial. Luces rojas se encienden en cascada, las sirenas retumban entre las nubes y el eco, lejos de amortiguarlas, devuelve cada nota amplificada, insistente, como si el cielo entero hubiera activado el protocolo de alarma permanente.

En la mitad izquierda del gran salón del CMA reina el caos absoluto que siempre acompaña al Departamento del Deseo. Aquí las emociones se miden por impulsos, las flechas son datos vivos y las trayectorias se calculan con más intuición que protocolo. Los operarios, jóvenes, entusiastas y peligrosamente imaginativos, trabajan rodeados de mapas dinámicos que registran tensiones, chispas, miradas prolongadas y todo aquello que tiende a estallar sin previo aviso y, en la mayoría de los casos, sin sentido común. Este departamento vive instalado en una alegría temeraria… y hoy, además, carga con uno de los mayores desastres de sus más de tres mil años de existencia.

En la mitad derecha, en contraste total, se encuentra el Departamento del Romance: estructurado, solemne, meticuloso. Sus trabajadores se mueven como un equipo entrenado para emergencias sentimentales. Revisan compatibilidades, calculan probabilidades, ajustan ritmos emocionales y previenen rupturas con

una seriedad casi militar, decididos a que nadie firme un final dramático si todavía puede aspirar a una segunda temporada.

Ambos departamentos comparten sala, pero no filosofía. En el Deseo se prende la chispa y se desatan las pasiones; en el Romance se apagan incendios fuera de control, se recomponen corazones y se redactan acuerdos emocionales de largo plazo. Ese equilibrio improbable mantiene al CMA en pie la mayor parte del tiempo.

Ahora mismo, sin embargo, ese delicado equilibrio se desmorona a la vez en los dos lados de la sala.

Una flecha digital cruza el espacio en un destello imprevisto y rebota contra los paneles holográficos del sistema central, lo justo para encender una cadena de alertas que jamás deberían sonar al unísono. El aire cambia de temperatura; incluso las columnas de luz del salón parecen tensarse.

Dione, supervisora del Deseo, reacciona en primer lugar.

—Por favor, decidme que eso estaba en modo prueba —murmura, mirando a su equipo con una mezcla de resignación y alarma.

Nadie responde.

Todos miran al mismo punto: a la mesa de Fauno, el novato recién incorporado, que todavía lleva la acreditación verde colgando torcida del uniforme. Sus ojos brillan más de la cuenta para un entorno donde un toque fuera de lugar puede desatar un romance a escala planetaria.

—He tocado un parámetro… mínimo —explica, levantando la mano a medio camino y dejándola suspendida en el aire, con los dedos separados, como marcando algo diminuto—. Nada serio. Solo un ajuste. Una prueba rápida. Por… curiosidad científica.

—Fauno —dice Dione despacio, pronunciando el nombre mientras apoya las dos manos sobre la mesa y se inclina un poco

hacia delante—. En este departamento, «curiosidad científica» significa problemas, significa desastres, significa…

Pero la flecha ya ha escapado y la pantalla central se ilumina con dos pulsos simultáneos.

Los sensores captan un cruce perfecto, un giro imposible, una trayectoria que ningún técnico ha visto en siglos. Dos flechas no autorizadas, generadas por error, que deberían viajar en direcciones opuestas… y que ahora convergen hacia sus objetivos humanos sin control alguno, con una precisión tan limpia que resulta hasta ofensiva.

En el sector del Romance, al otro lado de la sala, el silencio dura menos de un segundo.

—¡Alerta de flechas cruzadas! —anuncia una voz que se eleva por encima de las alertas y el zumbido de las pantallas.

Las manos de los operarios vuelan hacia teclados y paneles. Teclean, revisan y contrastan información a través de intercomunicadores internos; los monitores se llenan de cálculos, de compatibilidades recalculadas a contrarreloj, de líneas de tiempo emocional que se reescriben en directo. La maquinaria sentimental del departamento se activa con coordinación firme y urgente, en un intento desesperado de analizar lo que el Deseo acaba de provocar.

Teódulo, especialista en Dinámicas de Pareja, abre tres pantallas a la vez con un gesto preciso, automático.

—Necesito identificación —ordena—. ¿A quién han impactado?

—Dos humanos no recomendados —anuncia alguien, con la voz más baja de lo habitual—. Incompatibilidad elevada.

Teódulo deja de parpadear.

—¿Cuánto de elevada?

Prisca, segunda al mando del Departamento del Romance, inspira despacio. Mira la pantalla, vuelve a mirar a Teódulo y, al final, deja de fingir que existe margen de interpretación.

—Están en el archivo rojo.

La palabra cae y nadie habla durante un segundo; incluso las sirenas parecen silenciarse, como si hubieran escuchado algo que no se interrumpe.

Luego, un murmullo recorre el departamento entero, desde los pasillos donde se archivan separaciones civilizadas hasta la mesa donde se gestionan reconciliaciones que rozan el milagro. Incluso los operadores más veteranos se incorporan en sus asientos, necesitados de confirmar que han oído bien.

El archivo rojo es como la bóveda prohibida.

Es un catálogo entero de combinaciones que jamás deberían activarse. El registro oficial de «por favor, que esas dos personas nunca coincidan en el mismo planeta».

Es un lugar tan temido que algunos técnicos prefieren no pronunciar su nombre en voz alta, no sea que el universo lo interprete como una invitación.

Allí se encuentran las relaciones con riesgo extremo de incendio emocional.

Las pantallas parpadean, reorganizan datos y, tras un segundo de suspense innecesario pero cruel, revelan los nombres en letras blancas, implacables:

VERA CLAYTON

RICK WINTERLOW

El impacto recorre la sala entera con la fuerza de una onda expansiva que el CMA lleva siglos entrenándose para evitar.

Dione suelta una maldición por lo bajo sin levantar la vista. Fauno aprieta los labios, encoge los hombros y se queda completamente inmóvil, conteniendo incluso la respiración, decidido a no llamar la atención ni por accidente. Prisca, en cambio, ya está tecleando, con los dedos firmes y la pantalla llenándose de líneas a toda velocidad.

Teódulo se gira hacia el sector del Deseo y endereza la espalda de inmediato. Aprieta la mandíbula, ajusta la posición de los pies y fija la mirada en un punto concreto, preparado para pedir explicaciones mientras una parte muy pequeña de él desearía no obtenerlas.

—¿Quién ha sido el responsable? —pregunta, conteniendo la respiración.

Fauno alza la mano de nuevo, con el brazo casi pegado al costado y los dedos extendidos con cuidado, intentando hacer el menor ruido posible, porque sabe que la ha cagado y que la ha cagado bien.

—Yo… pero no sabía que se iban a cruzar. La flecha hizo un giro extraño.

—¿Extraño? —replica Dione, girándose hacia él con incredulidad —. Fauno, no estamos hablando de acrobacias. Esto es el destino. Y el destino no admite improvisaciones.

Las pantallas no se estabilizan; al contrario, las advertencias caen más rápido, y los indicadores parpadean sin control, encendiendo luces rojas y amarillas que iluminan la sala con cada alerta.

Aumento de deseo no autorizado.

Pico de atracción temprana.

Choque emocional inminente.

Probabilidad de conflicto: EXTREMA

Prisca se inclina hacia su *display*, decidida a encontrar un margen de corrección antes de que la situación deje de pertenecer al CMA y empiece a escribirse sola, fuera de protocolo y fuera de control.

—Mirad esto —dice, con la voz tensa—. El sistema está recalculando sin freno. Los gráficos no se estabilizan; las curvas suben y caen en direcciones opuestas, se persiguen, se esquivan, se cruzan otra vez…

—Enemigos con potencial romántico —concluye Teódulo, arqueando las cejas y dejando caer la cabeza unos segundos—. Eso ni siquiera está contemplado en el modelo.

Dione cruza los brazos, agotada de antemano.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Intentarlo todo —responde Prisca—. Aunque es prácticamente irreversible.

—¿Cuánto de irreversible? —pregunta Dione, aferrándose aún a la idea de que exista un mínimo margen de maniobra.

—Nivel tres de descontrol.

—¿Eso es malo?

Prisca parpadea, mira el panel y niega despacio.

—El nivel tres no existía hasta hoy.

Durante un segundo, el CMA entero parece respirar al unísono. El Deseo y el Romance se miran desde sus respectivos sectores, separados por una frontera invisible que lleva siglos cargada de reproches. Se han culpado mil veces de cada ruptura dramática, de cada idilio fallido y de cada cita desastrosa, pero esta vez ni siquiera encuentran energía para la discusión habitual.

Los nombres de Vera y Rick aparecen vinculados al mismo lugar: Skyflix, una cadena de *Streaming*.

Un aviso en la pantalla parpadea con rapidez:

Competencia profesional activa.

Rivalidad extrema.

Impacto multiplicado.

Teódulo suspira con una solemnidad que ya intuye problemas.

—Perfecto. No solo son incompatibles: también se odian. Y encima compiten entre sí.

Fauno levanta la mano con cautela, temiendo hacer la pregunta que quiere hacer.

—¿Eso… es malo? Quiero decir, hemos manejado enemigos antes. Hubo aquel caso que terminó haciéndose viral, ¿no?

—Técnicamente, no es la primera vez que convertimos un *enemies to lovers* en algo épico —dice una operaria veterana desde el sector del Deseo, sin apartar los ojos de sus gráficos, mientras sus dedos se deslizan rápido sobre la pantalla.

—Eso fue en otra era —responde Dione, negando despacio, tratando de parecer calmada aunque su cuerpo delate la tensión—. Cuando la gente discutía cara a cara y no había tres aplicaciones registrando cada malentendido ni capturas de pantalla circulando por todas partes. Antes bastaba un buen beso bajo la lluvia; ahora también tienes que negociar el historial de mensajes.

Fauno parpadea, procesándolo con auténtico miedo.

—Entonces… ¿Esto es peor?

—Mucho peor —dictamina Prisca mientras observa el gráfico, que se vuelve más inestable a cada segundo—. Las flechas están

actuando a un nivel que no sabemos revertir.

La última alerta del sistema aparece con un destello especialmente teatral, muy propio del CMA:

ESTADO: ENEMIGOS FLECHADOS

PRONÓSTICO: CAOS ROMÁNTICO CATEGORÍA SUPREMA

Nadie habla ahora. Ni siquiera respiran.

Los dos sectores del CMA sacan la misma conclusión: el *enemies to lovers* del año ya está en marcha, y aquí no existe un botón de deshacer.

Los operarios empiezan a moverse sin verdadero rumbo. El Deseo lanza miradas de pánico; el Romance, de reproche. Nadie encuentra un protocolo que encaje con lo que ocurre en las pantallas.

—¿Qué hacemos? —pregunta alguien desde el fondo, con la voz cortada por puro estrés celestial.

—Necesitamos supervisión —dice Prisca—. Supervisión real. Nivel directivo.

Teódulo asiente, aunque le cuesta admitirlo.

—Avisad a San Valentín. Esta es su jurisdicción directa.

Las cabezas se giran hacia el sector del Romance, donde ya redactan informes preliminares con la velocidad de un equipo entrenado para afrontar crisis emocionales globales. Una operaria activa un canal prioritario, las luces azules se encienden y la llamada asciende por la red jerárquica del departamento.

Mientras tanto, en la mitad izquierda de la sala, los operarios del Deseo se miran entre ellos con una inquietud que nadie puede disimular.

—Tenemos que avisar a Cupido —dice uno al fin, en un susurro que intenta sonar responsable.

—Sí, claro —responde otro—. ¿Y quién se lo dice? ¿Tú? ¿Yo? ¿El que tocó el botón prohibido? Porque recordemos que Cupido odia que toquen sus parámetros sin permiso.

Fauno baja la mirada de inmediato.

—No sabía que la flecha iba a duplicarse…

—No sabía, no sabía… —murmura Dione, masajeándose el puente de la nariz—. Necesitamos que alguien le explique a Cupido que dos humanos incompatibles acaban de ser flechados por accidente. ¿Sabes cuántas reuniones produce esa frase? ¿Sabes cuántas auditorías de destino?

Pero nadie se atreve a abrir la línea de emergencia del Deseo. Todos se quedan rígidos en sus puestos, manos suspendidas sobre los botones y miradas que se cruzan en rápidos flashes, hasta que una sirena aguda corta el aire y anuncia la llegada de la autoridad divina.

Las puertas superiores del CMA se abren.

Un haz de luz desciende sobre la pasarela central y, entre documentos flotantes, nubes organizadas al milímetro y un aroma tenue a chocolate caliente que, inexplicablemente, siempre lo acompaña, aparece San Valentín.

A su alrededor vibra un rumor casi imperceptible que el CMA reconoce al instante: la señal de que el responsable del Romance acaba de hacer su aparición.

Su presencia basta para que la sala se reajuste: uno endereza la espalda, otro acomoda los papeles, y los monitores dejan de parpadear con tanta urgencia. Todo sin que pronuncie una sola palabra.

Teódulo y Prisca bajan la cabeza en el acto, conscientes de que no existe postura defensiva válida ante lo que se avecina.

Los operarios del Deseo se asoman desde su sector, cruzando los brazos y cambiando el peso de un pie al otro, mientras los ojos recorren la sala con cautela, esperando que el Romance absorba la mayor parte del impacto.

San Valentín avanza entre los puestos, examina pantallas, recorre gráficos, sigue pulsos cruzados que se escapan de los modelos oficiales. No necesita explicaciones; lo entiende todo con una sola mirada. Y lo que entiende no le gusta.

Se detiene ante el panel central y deja escapar un suspiro.

—Esto no debería haberse producido —dice con una calma firme, de esa que suspende cualquier discusión antes de nacer—. Hace siglos que no veo un cruce de este tipo.

Nadie responde y, mientras que en el Romance se encogen un poco, en el Deseo intentan no existir.

San Valentín revisa una última secuencia de datos, la más problemática, la que tiñe el centro de la sala de un rojo que nunca anuncia buenas noticias.

—Muy bien —concluye—. Supongo que estáis esperando a que Cupido venga a solucionar esto.

Varias miradas inquietas cruzan la sala.

Nadie confirma, pero nadie lo niega. Simplemente no se atreven.

Él mira el sector del Deseo, apoyado contra la mesa y con los dedos entrelazados, dejando que sus ojos hagan un recorrido que se detiene en cada uno de los operarios de ese departamento, como quien ya ha presenciado demasiadas escenas similares.

—Sabéis que nadie más puede hacerlo —añade—. Una flecha cruzada no se revierte con cálculos ni con revisiones de compatibilidad. Solo Cupido puede deshacer una situación así.

El silencio se vuelve más denso.

San Valentín se ajusta la manga del traje, en un gesto pulcro que lo caracteriza y que anticipa decisiones importantes.

—Como ninguno ha tenido el valor de llamarlo… iré yo.

Y con eso, el CMA retiene el aliento mientras él se prepara para dirigirse al despacho del único ser en el universo capaz de desatar —y también corregir— un caos romántico de categoría suprema.

2

San Valentín avanza por el pasillo principal del CMA con una determinación que no necesita anunciarse. A su alrededor, el cielo corporativo mantiene un temblor persistente: los analistas del Romance revisan gráficos que aún no recuperan la estabilidad, varios técnicos del Deseo discuten en voz baja mientras intentan repartir culpas y algunas pantallas siguen mostrando destellos residuales del error que ha puesto a todo el sistema en alerta.

No es frecuente ver a San Valentín alterado.

Ni siquiera los desastres sentimentales más aparatosos consiguen erosionar su compostura, y rara vez pierde la calma cuando un informe contradice meses de trabajo meticuloso. Ahora, sin embargo, a medida que se acerca al despacho de Cupido, su mirada se endurece y los hombros se le tensan en un gesto mínimo, pero evidente para todo aquel que lo conoce, y ese gesto rompe el equilibrio que suele acompañarlo.

Se detiene frente a la puerta.

Golpea tres veces. Con firmeza, con precisión.

Con una paciencia que, por primera vez en mucho tiempo, amenaza con agotarse.

—¿Has visto lo que han hecho tus empleados? —pregunta sin preámbulos en cuanto el asistente de Cupido abre la puerta.

El dios lo observa como quien recibe una visita inesperada antes del primer café del milenio: cansado, despeinado de forma deliberada y con ese desdén elegante que solo él sabe llevar sin parecer descortés.

—Vaya, hola también para ti, Valentín.

—No estoy para saludos de cortesía —replica, entrando sin esperar invitación—. La han vuelto a liar. Y esta vez es grave.

Cupido hace un gesto vago y barre el aire con la mano, apartando las nubes invisibles que flotan frente a él.

—Define grave.

—Grave de tenemos que bajar.

Cupido se queda inmóvil un segundo. Luego parpadea, más brusco de lo habitual.

—¿Bajar? ¿Bajar.. bajar? ¿Como a la Tierra? ¿Ahora?

—A la Tierra —confirma San Valentín, sin dejar espacio para interpretaciones creativas.

Cupido abre un poco más los ojos, esta vez genuinamente alarmado.

—Pero… eso es una intervención directa. No bajamos desde…

—Los ochenta, sí —lo interrumpe San Valentín, con un suspiro que deja claro que preferiría no revivir la época—. Créeme, tampoco me hace una ilusión especial.

Cupido se sienta con cuidado en la silla, con la mirada fija en el vacío, repasando los recuerdos como si los organizara en su cabeza.

—Qué años aquellos. Mucho cardado. Mucho drama. ¿Recuerdas la ropa? —Alza una ceja, horrorizado—. Aquellos calentadores fluorescentes… y los trajes de hombreras imposibles. Hombreras, Valentín. Aún tengo pesadillas con eso.

—Pues nos va a tocar volver. Un desastre de categoría suprema acaba de desatarse. Tus técnicos del Deseo lanzaron una flecha por error y, al intentar corregirlo, activaron una segunda. Ambas se cruzaron en un ángulo imposible y han impactado en dos humanos clasificados como «altamente incompatibles».

Cupido se lleva una mano a la sien con un dramatismo aprendido a lo largo de siglos de tragedias románticas, consciente de que, cuando San Valentín habla así, el problema ya ha dejado de ser administrativo.

—Un poco más despacio, por favor. No estoy de humor esta mañana.

—Llevas cincuenta años sin estarlo —responde San Valentín, sin parpadear—. Y empiezo a hartarme.

Cupido arquea una ceja, ofendido pero con moderación.

—¿Tú, hartarte? Anda, por favor. Eres un santo, literalmente. No intentes fingir dureza ahora.

—Y tú eres un dios que ha dejado de cumplir su función —replica San Valentín—. Últimamente estás insoportable.

Cupido se abanica con un expediente, ajeno a la acusación o, peor aún, deliberadamente relajado.

—Lo que tú digas, socio. Ahora… cuéntame el desastre.

San Valentín respira hondo, intentando ordenar las palabras en su cabeza antes de pronunciarlas.

—Ella se llama Vera. Él, Rick. Trabajan en una plataforma de *streaming* llamada Skyflix y ya tenían suficientes problemas antes de que tus empleados les dispararan literalmente al corazón. Son opuestos en absolutamente todo. Luz cálida frente a neón nocturno. Orden frente al caos. Brújula frente a tormenta. Guion clásico frente a guion incendiario. Café descafeinado contra expreso triple. Una romántica empedernida y un revolucionario emocional sin frenos. Ella funciona con listas; él funciona por impulsos. Ella cree en las segundas oportunidades; él todavía no ha entendido las primeras. Una combinación tan inestable que, en mis siglos de trabajo, pocas veces he visto un riesgo semejante.

Cupido se encoge de hombros.

—Opuestos, vale, lo he pillado, pero eso no garantiza tragedia. Hemos unido a parejas peores y no ha salido mal… del todo.

San Valentín lo mira con su paciencia al límite.

—¿Te recuerdo el expediente Brad Pitt–Angelina Jolie?

Cupido frunce el ceño.

—Eso fue… complejo.

—O Madonna y Sean Penn. O Britney y Justin —añade San Valentín—. Tu historial de «opuestos interesantes» está lleno de informes que aún requieren terapia colectiva.

Cupido hace una mueca breve, un gesto que mezcla orgullo herido y negación estratégica.

—También hay casos que funcionan. No todo es drama. Existen combinaciones improbables que aguantan. Tú mismo lo dijiste el otro día.

Se queda pensativo un instante, y de pronto se ilumina como si acabara de descubrir una prueba irrefutable en un tribunal cósmico.

—¡Sarah Jessica Parker y Matthew Broderick! —declara, señalando el aire como quien invoca un precedente histórico—. Ahí lo tienes. Incompatibilidades evidentes, ritmos de vida opuestos, agendas imposibles… y siguen juntos. Siguen. No puedes basarte solo en los desastres. También existe la estadística milagrosa.

San Valentín lo observa sin parpadear mientras Cupido alza la barbilla, convencido de haber ganado el punto y orgulloso de su argumento.

—En esta ocasión saldrá mal —insiste San Valentín, abriendo un panel holográfico sobre el escritorio—. Mira las métricas.

Los indicadores del desastre aún laten en la proyección:

ATRACCIÓN INMEDIATA 312%

COMPATIBILIDAD BASE: 4%

TENSIÓN POTENCIAL: CRÍTICA

RIESGO DE CAOS ROMÁNTICO: ABSOLUTO

ESTADO ACTUAL: INTERVENCIÓN

ACTIVADA POR ERROR

RECOMENDACIÓN DEL SISTEMA: REVERTIR EL DESASTRE.

Cupido observa todos los datos sin impresionarse aparentemente.

—Bien, ¿y quién ha sido? ¿Fauno, el nuevo? ¿O quizá Lyrio…?

—Eso ya da igual —corta San Valentín—. No se trata de depurar responsabilidades. Lo importante es que debemos bajar y arreglarlo.

Cupido se reclina en la silla, sin perder ni una pizca de descaro, como si la gravedad de la situación no terminara de afectarle.

—¿Los dos?

—Me temo que sí —responde San Valentín—. El informe exige acción coordinada entre Deseo y Romance. Y ya sabes cómo funciona esto: los desastres provocados por flechas, sobre todo cuando se cruzan, solo puedes revertirlos tú.

Cupido se señala el pecho con una mezcla muy suya de orgullo cansado y resignación teatral.

—Ah, claro. El gran privilegio del cargo. Siglos inventando métodos, entrenando becarios, diseñando protocolos… y al final, si

una flecha hace algo fuera de lo previsto, tengo que ir yo en persona. Maravilloso.

San Valentín escucha su queja impasible. Sin reaccionar y sin regalar ni un gesto.

—No lo digo para halagarte —añade—. Lo digo porque está en la normativa. Apartado catorce, cláusula tres. «En caso de flechas cruzadas, Cupido deberá intervenir de manera directa, personal e inmediata».

El dios alza las manos, consciente de que es la víctima de una traición burocrática imposible de refutar y que él mismo redactó.

—Sí, sí, ya conozco mi propio reglamento. Es mi letra. Lo escribí en una noche horrible, por cierto.

—Hiciste bien —insiste San Valentín—. Nadie más puede deshacer un vínculo que nace del Deseo. Ni mis técnicos, ni tus supervisores, ni todo el CMA junto. Eres tú o nadie.

Cupido parpadea lentamente. Respira hondo exagerando cansancio… y entonces se deja caer aún más en la silla.

—Pues te fastidias. Me jubilo.

San Valentín lo mira, incrédulo. Parpadea una vez y luego otra.

—No puedes jubilarte.

—Claro que puedo —responde Cupido, encantado de su propia declaración—. Llevo más de tres mil años trabajando sin descanso. Tú, en cambio, eres un novato sentimental. Te queda muchísimo para jubilarte. Por tu bien, ve pensando en subirte la cuota o te veo cotizando mil años más.

—¿Perdona, qué? —San Valentín abre los brazos, indignado—. No pienso cubrir turnos extra por esta especie de crisis laboral divina que acabas de inventarte.

Cupido suspira con una teatralidad exagerada y milenaria.

—Estoy harto, Valentín. Me siento viejo, desconectado. Los humanos se inventan un tipo de relación nueva cada década: abiertas, cerradas, semicerradas, negociadas, rotativas, poliamor formal, poliamor flexible, triejas, cuatriejas, vínculos filtrados, parejas con horario… —Cupido abre los brazos, exasperado—. ¡Necesitan un manual para quererse! Y no uno pequeño, no: un manual de tres volúmenes, con índices temáticos, diagramas, ejemplos prácticos y un anexo para excepciones románticas. Antes bastaba con dos personas y una chispa, Valen. Ahora tengo que revisar cláusulas, condiciones, subcontratos emocionales y actualizaciones trimestrales. El amor se ha vuelto burocrático. Me paso el día gestionando términos y condiciones afectivas. Estoy exhausto. Verdaderamente exhausto. El CMA necesita aire fresco, gente que entienda esas cosas.

San Valentín no se mueve ni un milímetro.

—El amor siempre sobresale por encima de las modas, Cupido. Para eso estamos nosotros aquí.

—Eso díselo a mis informes trimestrales —replica él, con fastidio.

Se incorpora, camina hasta una estantería cargada de pergaminos digitales y saca un archivo con demasiadas anotaciones en rojo.

—Mandaré a mi hija, Voluptas.

San Valentín siente cómo se le tensan los hombros.

—¿Qué? ¡No! Ella no tiene experiencia.

—Tú la enseñarás —responde Cupido dando un golpecito al lomo del archivo, satisfecho.

—¡No quiero enseñarla!

—Pues es tu nueva tarea —sentencia Cupido—. Y soy un dios. No puedes discutir conmigo.

San Valentín cierra los ojos un instante, comprendiendo que acaba de perder una batalla que ni siquiera quería pelear.

El destino de Vera y Rick está oficialmente en marcha.

Y lo peor es que ahora no podrá contar con Cupido, sino que tendrá que lidiar con Voluptas.

Voluptas…

La hija de Cupido.

La encarnación divina del placer, la belleza que desarma voluntades, la alegría convertida en fuerza celestial. Brillante, inquieta, caprichosa cuando le da la gana, inteligente cuando la inspiran y absolutamente incapaz de seguir un protocolo más de diez segundos sin reinventarlo.

Voluptas es energía pura, encantadora y agotadora a partes iguales. Ha heredado el magnetismo de su padre, la astucia de su madre y un talento innato para convertir cualquier situación en espectáculo… lo cual puede ser una bendición o una catástrofe según el día.

San Valentín deja escapar un suspiro lento. Hace siglos que no trata con ella y por lo que recuerda, la última vez que la vio estaba empeñada en probar un nuevo tipo de flecha diseñada para aumentar la autoestima universal, un invento que, según ella, iba a inaugurar una era de confianza y bienestar emocional.

El resultado fue una oleada masiva de enamoramientos de uno mismo, niveles de narcisismo tan desbordados que el CMA tardó meses en estabilizar la curva, y todavía no lo ha conseguido del todo.

Ahora tiene que pensar en cómo bajar a la Tierra, inventar identidades humanas para él y para Voluptas, infiltrarse en Skyflix y entrar en contacto con Vera y Rick. Debe ayudarla a deshacer el efecto de las flechas, estabilizar sus trayectorias vitales y restituir el equilibrio cósmico, celestial y sentimental que los operarios del deseo han desatado.

Y lo hará solo. Bueno, con Voluptas. Lo cual, en ciertos sentidos, es peor que hacerlo solo.

San Valentín siente el peso del mundo sobre sus hombros, así que trata de aliviarse masajeándose la nuca.

Él también está agotado, mucho más de lo que admite en público y de lo que su reputación permite sospechar. A veces fantasea con jubilarse igual que Cupido acaba de anunciar, pero la realidad es bastante menos generosa: solo lleva mil setecientos años de servicio. Ni de lejos los suficientes para una jubilación celestial que no venga acompañada de penalizaciones humillantes.

Según su asesor, todavía le esperan mil trescientos años más antes de poder retirarse sin ver reducida su prestación divina al mínimo existencial.

Otra injusticia cósmica.

Porque en el CMA nada cotiza como debería. Las misiones especiales cuentan la mitad; las intervenciones de alto riesgo, un tercio; y las guardias nocturnas —esas que ha cubierto durante siglos— ni siquiera figuran en su historial contributivo. Una miseria administrativa digna de un tratado completo.

Para jubilarse sin castigos encubiertos debe sobrevivir, con la dignidad intacta y sin bajas emocionales irreparables, esos mil trescientos años adicionales.

Respira hondo, recoge el archivo y lo deja sobre el escritorio con un gesto firme, aceptando una misión que nunca pidió. No hay

espacio para dudas ni para lamentos administrativos: dos humanos incompatibles están flechados y Cupido se jubila de forma anticipada, sin aviso y con una irresponsabilidad que roza la traición institucional.

No es el desenlace que esperaba ni el escenario que había previsto, aunque todavía conserva margen suficiente para evitar un desastre mayor. Al menos eso quiere creer.

Es hora de bajar a la Tierra. Y de rezar —en el sentido más literal del término— para que Voluptas no convierta la misión en un espectáculo celestial.

3

Skyflix parece un hormiguero en llamas.

La plataforma que años atrás llenaba titulares con estrenos imbatibles hoy lucha por sobrevivir con apenas la mitad de su plantilla. Pasillos que antes rebosaban de gente se ven ahora llenos de huecos, y las mesas vacías parecen mirar de reojo a quienes caminan, señalando que los despidos no fueron un rumor, sino una sombra que sigue paseándose por el edificio.

Los que quedan trabajan con urgencia y a contrarreloj. El especial de San Valentín se ha convertido en algo más que un simple contenido de temporada: es la última oportunidad real de levantar la cadena o de hundirse definitivamente con ella.

En la sala de reuniones principal el ambiente vibra con una mezcla de nervios y ambición.

Vera Clayton acaba de concluir su presentación ante el comité directivo. En las pantallas aún desfilan imágenes acogedoras de un pequeño pueblo: fachadas de ladrillo, luces cálidas en las ventanas, cafeterías llenas de tazas humeantes y parejas que se miran con una complicidad de esas que enamora a primera vista. Es el tipo de película que el público fiel de siempre reconoce al instante y, sobre todo, a la que vuelve una y otra vez cuando necesitan creer en algo sencillo.

—Tenemos un *small town*, un triángulo amoroso y un *friends to lovers* —explica con seguridad, presionando el botón para cerrar la presentación y siguiendo con la mirada la reacción del grupo—. Es la fórmula que nunca falla. Ahora mismo no podemos permitirnos arriesgarlo todo.

En el extremo opuesto de la mesa, Rick Winterlow lleva quince minutos resoplando, moviendo el pie sin descanso, inclinándose en la silla hasta rozar lo imprudente y encadenando gestos que han puesto a prueba la paciencia de todos… pero especialmente la de Vera.

Ahora se levanta, abre su portátil y conecta los cables haciendo más ruido del necesario: el clic de los enchufes, el arrastre del portátil sobre la mesa y el zumbido de los conectores llenan la sala.

—No me ha dado tiempo a preparar una presentación tan mona como la tuya —comenta Rick, sin mirar a nadie mientras ajusta el último cable—, pero traigo la solución a todos nuestros problemas. Una miniserie. Sí, habéis oído bien: cuatro episodios como máximo, y es la que va a salvar a la cadena.

Alrededor de la mesa, varias cejas se levantan al mismo tiempo. Las miradas entre los presentes en la reunión se cruzan intuyendo lo que va a suceder. La guerra, una vez más, está servida.

Vera cruza los brazos y mantiene el tipo con una calma que apenas logra contener el incendio interior que Rick siempre, absolutamente siempre, le enciende.

Rick señala la imagen congelada de su presentación, todavía proyectada en la pantalla.

—¿Es eso lo que queremos? ¿Seguir haciendo exactamente lo mismo de siempre? ¿Contentar a las amas de casa aburridas y a las dueñas de gato solteronas que nunca han tenido una relación de verdad?

El murmullo que recorre la sala no consigue amortiguar el efecto del comentario. Al contrario: lo subraya. Hay quien carraspea, quien finge revisar una nota, quien se queda inmóvil, atrapado entre la incomodidad y el morbo corporativo de ver hasta dónde se atreve a llegar Rick delante del comité.

—¿De qué coño estás hablando? —replica Vera sin moverse, con la espalda igual de recta y la mirada fija, usando esa firmeza medida que reserva para los días en los que Rick decide superar su propio récord de estupidez—. Ese es el estereotipo barato que ciertos «machos alfa» escupen para hacerse los interesantes cuando se les acaban los argumentos.

Rick levanta la vista y la mira con una sonrisa traviesa al tiempo que parpadea de manera exagerada, celebrando su pequeño golpe maestro.

—Gracias por lo de macho alfa.

—No era un cumplido —aclara Vera, sin alterar el tono—. Era un insulto. Pero eres tan egocéntrico y tan narcisista, que conviertes cualquier cosa en un trofeo.

Rick ladea la cabeza de forma divertida, con esa calma suya que no tranquiliza; irrita.

—Entonces podemos insultarnos abiertamente aquí, delante de todos, ¿no? —pregunta, como si estuviera negociando las reglas del juego.

—No ofende quien quiere, sino quien puede —responde Vera, apoyando una mano en la cadera y clavando la mirada—. Y hace tiempo que tú perdiste ese poder conmigo, Winterlow.

Rick baja la mirada hacia el portátil, pero no lo bastante como para ocultar la tensión que se le marca en la mandíbula, porque, a pesar de sus intentos de disimular, las palabras de Vera, le molestan.

—Perfecto —responde Rick, mientras sus dedos recorren las teclas con un entusiasmo que no termina de encajar con su pose relajada—. Tú puedes seguir adoptando gatos mientras ves películas como esa y te tomas un chocolate caliente. Va mucho con tu estilo. Yo, en cambio, estoy aquí para proponer algo que al menos respire novedad.

El silencio que se deliza sobre la mesa ya no se parece al habitual de las reuniones tensas. Tiene un peso distinto, más cargado de expectativa que de prudencia. Nadie interviene. Ni Simmons, ni Monroe, ni Henderson. Todos saben desde hace tiempo que lo de Vera y Rick no es una simple rivalidad creativa: es una hostilidad con entidad propia, algo que se alimenta año tras año y encuentra nuevas formas de incomodar al comité.

En Skyflix asumieron hace mucho que discutir es su idioma común.

Las miradas van y vienen de un extremo al otro de la mesa, siguiendo el intercambio con una atención cada vez más concentrada. La tensión entre Vera y Rick se percibe en cada réplica; esa chispa combativa que arrastran desde hace años se ha convertido en un espectáculo recurrente dentro de la empresa. Y hoy, con la cadena al borde del precipicio, nadie está dispuesto a perderse ni un solo matiz.

—Menudo gilipollas —murmura Vera, en un volumen que cualquier adulto responsable habría moderado… pero que ella pronuncia con absoluta claridad.

Rick, fiel a su costumbre, ignora el comentario con una soltura casi profesional, acomodándose aún más en su papel de provocador incorregible.

—Queréis salvar vuestros culos, ¿verdad? —pregunta, abriendo las manos y dirigiéndose al resto de los presentes—. Pues hagamos algo atrevido.

—Explica tu idea primero —pide alguien desde el fondo, ya rendido a este ritual de guerra fría que ambos representan en cada reunión.

Rick pulsa una tecla.

La pantalla se enciende con una sucesión de imágenes que podrían pertenecer al mayor fenómeno editorial del momento: sombras recortando mandíbulas afiladas, hombres enmascarados cuyos ojos prometen peligro, calaveras brillando sobre fondos negros, cuerpos tatuados que cuentan historias de deseo y violencia, torsos esculpidos para provocar suspiros automáticos, mafiosos de traje oscuro apoyados en coches imposibles, luces rojas insinuando pecados, besos prohibidos, pistolas sobre encimeras de mármol, miradas que no deberían cruzarse y tipografías gigantes que vibran como el preludio de una tormenta emocional.

Es un desfile visceral, hipnótico.

El tipo de historias que encabezan listas de lectura y atrapan a miles de espectadores, prometiendo emociones intensas y secretos prohibidos.

El silencio vuelve a convertirse en el protagonista de la reunión, como una corriente invisible. Rick carraspea, moviendo la cabeza mientras toma aire.

—Tenemos que atraer público joven. La cadena tuvo sus años de gloria, pero su audiencia… ha envejecido. Algunos incluso han muerto. Cada vez tenemos menos espectadores y necesitamos nuevos. Atraer nuevas audiencias.

Rick deja caer la frase mientras los demás lo siguen con los ojos, pero sin atreverse a comentar.

—¿Y propones…? —pregunta Vera, con un tono que mezcla escepticismo, cansancio y esa punzada incómoda que él siempre consigue despertarle sin esfuerzo.

Rick sonríe.

Esa sonrisa suya, cargada de una seguridad imprudente que, si el CMA pudiera verla, activaría una batería completa de alertas: deseo, fricción, catástrofe romántica en grado máximo.

—Un *dark romance* —anuncia, con una convicción tan sólida como irritante—. Mafia. Máscaras. Pasión que quema. Erotismo real. Relaciones cuestionables. Personajes moralmente grises. Deseos que no deberían cumplirse. Empujones emocionales al borde del desastre. Ese ambiente en el que nadie está del todo a salvo… y, aun así, todo el mundo quiere mirar.

Alza las manos, encantado con su propia visión, como si ya estuviera viendo cifras subir en tiempo real.

—Es lo que arrasa. Es lo que vende. Es lo que permanece. Y Skyflix necesita dejar de comportarse como una cadena jubilada.

—No hablas en serio —responde Vera, incrédula, con una mezcla de estupor y cansancio que le pesa en la voz.

—Oh, claro que sí —replica Rick, dotado de esa calma provocadora que solo él parece dominar—. Y mejor que te lo creas, porque si vamos a hundirnos, al menos hagámoslo con estilo.

Vera apoya las manos sobre la mesa y se inclina hacia delante lo justo para marcar territorio. No invade el espacio, pero tampoco retrocede.

—¿Eso es estilo? —pregunta, sin apartarle la mirada—. Es el Día de los Enamorados, Rick. La gente quiere una historia de amor. Una bonita. Una que los haga llorar, reír, suspirar. No buscan… eso.

Rick ladea la cabeza, observándola con un desafío directo, de esos que alteran el ritmo del aire en una habitación cerrada.

—Quizá ha llegado el momento de que busquen algo distinto.

Un murmullo inquieto recorre la mesa, una mezcla incómoda de expectativa y alarma que se instala en los hombros de todos. Nadie interviene. El que más y el que menos contiene el aliento, atento al siguiente movimiento, con la intuición clara de que esta discusión —por muy conocida que resulte— acaba de cruzar una línea.

Lo de hoy no suena a rutina. Hay algo más cargado en el ambiente, una intensidad que ninguno de los dos había llevado nunca tan lejos.

Vera se prepara para replicar, con la respuesta ya formada en la cabeza, pero al alzar la vista se encuentra con Rick mirándola de una manera que la descoloca. No es la ironía habitual, ni la burla, ni esa superioridad cansina que tanto conoce. Es otra cosa: una atención nueva, demasiado directa, incómoda en su precisión, como si acabara de descubrir que hay un detalle que se le ha escapado durante años.

Y Rick tampoco está preparado para lo que le pasa.

Porque él, que rara vez se detiene más de un segundo en la expresión de nadie, descubre que no puede apartar la mirada de Vera. La observa con una concentración que no encaja con su personaje ni con nada que haya vivido previamente.

Vera intenta sostener el pulso visual por orgullo, no por convicción, pero comete un error mínimo: sus ojos descienden hacia los labios de él. Solo un segundo. Un gesto fugaz que cualquier otra persona habría pasado por alto, pero para ella basta. Algo se desajusta por dentro. El corazón se le acelera y a su cabeza le viene un «¿qué estoy haciendo?» que hace que le suba el calor a las mejillas y tenga que obligarse a apartar la vista con rapidez.

Rick lo nota. Claro que lo nota.

Y lo que lo desconcierta no es solo que ella lo haya mirado así, sino lo que le provoca a él que lo haya hecho. Por primera vez desde que existe Skyflix, su expresión cambia de forma visible: no se burla, no sonríe, ni remata el momento con una frase brillante. Se queda quieto, sorprendido por una atracción súbita que no entiende y que, para variar, no consigue convertir en espectáculo.

Intenta rehacerse en la silla, pero el gesto le sale mecánico, torpe, demasiado humano. La respiración se le altera y la rigidez en

la espalda lo delata. No lo controla. No lo controla en absoluto.

La sala entera percibe el desajuste sin necesidad de explicaciones. Simmons entreabre los labios. Monroe frunce el ceño y Henderson deja escapar un «¿qué…?» casi inaudible. Nadie sabe ponerle nombre, pero todos sienten que, de un segundo a otro, la pelea de siempre ha dejado de ser la de siempre.

Los murmullos recorren la mesa y hay una mezcla de incomodidad y desconcierto que no suele acompañar a este tipo de enfrentamientos. Los miembros de la junta los miran con curiosidad, conscientes de que esta vez la discusión ya no sigue el ritmo conocido.

No es rivalidad, ni siquiera hostilidad.

Es algo que no debería estar ahí. Algo que irrumpe sin aviso y cambia las reglas sin permiso. Y todos, absolutamente todos, lo sienten.

La tensión acumulada amenaza con desbordarse cuando Monroe se aclara la garganta, lo bastante fuerte para devolver a la sala —e incluso a Rick— a una realidad que ninguno está gestionando especialmente bien.

—De acuerdo —dice, intentando reconducir lo que queda de la reunión—. Antes de que esto siga por un camino… creativo, vamos a organizarnos.

Simmons asiente con un gesto firme, mientras Henderson deja el móvil boca abajo, una señal inequívoca de que, por fin, están hablando en serio.

—La cadena necesita un especial de San Valentín que funcione, y lo necesita ya —retoma Monroe—. Así que vamos a tomar una decisión clara.

El silencio se produce de nuevo en la sala, y mientras Vera aprieta la carpeta entre los dedos, Rick se echa hacia atrás,

endereza la espalda y dibuja una sonrisa apenas perceptible, recuperando el control de la escena.

—Tenéis una semana —anuncia Simmons—. Siete días exactos para presentar un proyecto en firme.

Henderson levanta la mano y va enumerando, uno por uno, los requisitos que debe contener cada propuesta.

—Episodios, sinopsis, tono, presupuesto, calendario, viabilidad. Queremos un proyecto completo, no una lluvia de ideas.

—Dentro de siete días elegiremos cuál de los dos producimos —concluye Monroe—. Y no habrá apelaciones.

La sentencia queda suspendida sobre la mesa, formal y definitiva.

Vera inspira hondo, obligándose a mantener la compostura. Rick, en cambio, muestra esa seguridad irritante que siempre consigue sacarla de quicio, incluso cuando él finge que no le importa nada.

Y, aun así, cuando sus ojos se encuentran, algo se desplaza. No deberían mirarse así, no deberían quedarse anclados en ese segundo que se alarga más de lo razonable… pero ocurre. Y los dos lo notan. Aunque ninguno esté dispuesto a darle un nombre.

Si el CMA observara este momento —y lo está haciendo, con pánico y curiosidad a partes iguales— sabría que la colisión entre Deseo y Romance acaba de dar el salto a la Tierra. Las flechas que nunca debieron tocarse ya están trabajando en silencio, y el desastre empieza a moverse con una precisión impecable, de esas que no se frenan con voluntad ni con orgullo.

Y Skyflix, pobre Skyflix, queda justo en medio sin enterarse de nada.

Lo que en esa sala parece un simple choque de egos es, en realidad, el tipo de arranque que, en el CMA, se etiqueta con un suspiro largo y una preocupación inevitable: «Esto va a acabar en lío… pero de los buenos».

4

—¿Puedes dejar de toquetearlo todo un momento y centrarte, por favor? Necesito que me prestes atención.

No lleva ni media hora con Voluptas y San Valentín ya nota cómo la paciencia se le escurre a una velocidad preocupante. Hace apenas un siglo habría soportado casi cualquier cosa con dignidad celestial, pero entre la noticia de que Cupido se jubila y la oleada de empleados nuevos que pululan por los departamentos del CMA, la paciencia se le ha convertido en un recurso escaso, casi de lujo.

—Estás muy cascarrabias, Valen, mucho más de lo que recordaba —responde ella, encantada con su propio diagnóstico—. Venga, soy toda oídos… y alas.

Acompaña la frase con un movimiento deliberadamente exagerado de las alas doradas que lleva desplegadas a la espalda, haciéndolas brillar con entusiasmo, como si desfilara por una pasarela divina y el mundo entero tuviera que aplaudirle el estilismo.

—Eso no lo vas a poder llevar —le informa San Valentín, con una firmeza que no admite negociación.

—¿Qué? ¿Por qué no? Son preciosas. Doradas. Brillantes. Y…

—Porque bajamos a la Tierra y allí nadie lleva alas.

—¿Y qué me dices de las águilas, las gaviotas, las…?

San Valentín inspira hondo, sosteniendo la mirada en un punto indeterminado del pasillo, buscando en el aire una paciencia que ya no tiene.

Esto va a ser mucho más complicado de lo que ya sospechaba.

—Voluptas, escúchame bien. Tenemos que pasar desapercibidos. Yo no llevaré mi halo y tú vas a dejar las alas, el arco y las flechas aquí arriba.

—Espera, ¿las flechas también? Entonces, ¿cómo voy a trabajar? —pregunta, indignada, como si acabaran de recortarle el presupuesto vital.

—Porque esto es una operación de reversión —aclara San Valentín—, no de lanzamiento ni de expansión del caos romántico.

Voluptas ladea la cabeza, valorando la condición con esa pausa suya que nunca es calma: es cálculo, es travesura, es la duda de si aquello le parece razonable… o un reto personal.

—Pero eso es un coñazo. Yo quiero disparar…

—No puedo con esto —murmura San Valentín—. Voy a hablar con tu padre y…

—¡No! —lo interrumpe, arrepintiéndose en el acto—. No, no, lo siento. Te escucho. Prometo que te escucho. Nada de alas, ni arcos, ni flechas. Cero disparos.

San Valentín suelta el aire despacio y, resignado, decide seguir adelante antes de que ella cambie de idea por deporte.

—He preparado identidades terrenales para ambos —anuncia, y le entrega un *dossier* digital que flota ante ella—. Tú serás la señorita Bélos, la nueva CEO griega de la cadena.

—¡Qué nombre tan bonito! —exclama Voluptas, encantada—. Pero ¿por qué griega?

—«Bélos» significa flecha en griego —explica—. Y no es tu nombre, es tu apellido. Serás Voluptas Bélos. Además, por lo visto, lo de ser CEO y ser griego tiene cierta estadística a favor.

—¿En serio? ¿A favor de qué?

—No lo sé con exactitud, pero es lo que indican mis informes —responde con seriedad profesional—. Había que elegir entre griega o escocesa de las Tierras Altas, lo que viene a ser un *Highlander*. Pero eso tiende a asociarse más al género masculino y, además, tu nombre encaja mejor con Grecia. Y con los antecedentes de tu padre.

Voluptas pestañea, incrédula.

—Pero nosotros pertenecemos a la mitología romana. Es Eros y su hija Hédone quienes pertenecen a la griega.

San Valentín se queda en silencio un segundo de más. La mirada le baja al *dossier*, y sus dedos pasan páginas con una rapidez que delata un error que no le hace ninguna gracia.

—¿En serio? —pregunta, desconcertado.

—¿Conoces a mi padre desde hace más de mil años y ahora te enteras de que es romano y no griego? —lo acusa, cruzándose de brazos.

San Valentín endereza el cuello, intentando recuperar el control donde ya se le está escapando.

—Los hombres no nos fijamos en esas cosas —replica, disimulando y quitándole importancia al detalle—. Ahora tendré que reorganizarlo todo y…

—¡No! —vuelve a exclamar Voluptas, claramente ansiosa por bajar a la Tierra—. Eso es un detalle sin importancia y, además, me encanta mi nombre. Voluptas Bélos… —repite, probándolo con distintas inflexiones, saboreándolo como si fuera una marca de lujo recién registrada.

San Valentín la observa un segundo, valorando si merece la pena iniciar otra batalla. Decide que no.

—De acuerdo, entonces —dice, volviendo al informe y enderezando los hombros—. Nuestra labor es revertir el efecto de las flechas cruzadas. Eso solo puedes hacerlo tú. Yo estaré contigo para asesorarte, supervisar el proceso y asegurarme de que este desastre no comprometa la estabilidad del entramado emocional cósmico.

Voluptas parpadea.

—¿El qué?

—El delicado equilibrio que impide que el universo se convierta en una telenovela interminable —aclara—. Si esto se descontrola, no solo hablamos de dos humanos confundidos: hablamos de interferencias en patrones de vínculo, efectos dominó sentimentales y una alteración sistémica que el CMA tardaría siglos en corregir.

A Voluptas se le ilumina la expresión.

—Ah. O sea, que si lo hago mal, puedo liarla a lo grande.

—Exactamente.

Ella sonríe, encantada con la perspectiva.

—De acuerdo, ¿y tú quién serás en la Tierra?

—Yo seré el nuevo encargado de Recursos Humanos que has contratado para lidiar con los conflictos del personal —explica San Valentín, ajustándose la solapa con una seriedad impecable—. Aunque el único conflicto real sea el de Vera y Rick. Familiarízate con sus caras, sus nombres y con el resto del equipo de Skyflix. Yo seré el señor Valentine.

La carcajada de Voluptas estalla con tanta alegría que el eco alcanza incluso al Departamento de Incidencias Menores del Destino, ese rincón del CMA donde casi nunca ocurre nada reseñable y donde, de pronto, varios querubines administrativos alzan la cabeza, desconcertados, preguntándose qué se les ha escapado esta vez.

—¿En serio? —pregunta ella, llevándose una mano al pecho, entre fascinada y divertida—. Qué poco original. ¿Y tu nombre cuál será…? ¿San?

San Valentín inclina la cabeza un instante y un rubor suave le sube al rostro, casi del mismo tono que los pequeños corazones que rematan las flechas de Voluptas. Es evidente que ha pensado en esto más de lo que estaría dispuesto a admitir.

—Valentine es un apellido bastante común en Estados Unidos —responde, recomponiéndose—. Y para el nombre he optado por uno griego, para dar algo más de coherencia a nuestra historia. Me llamaré Hagios. Significa «santo».

Los ojos de Voluptas se agrandan con un entusiasmo desbordante, como si acabaran de anunciarle la renovación de su serie favorita por diez temporadas más.

—¡Me encanta el nombre de Hagios! —dice, saboreando cada sílaba—. Suena importante, elegante… y un poco misterioso.

San Valentín no consigue evitar que se le escape una sonrisa tímida, satisfecho de su elección.

—No está mal, ¿verdad?

—Nada mal —concede ella—. Podríamos empezar a llamarte así también en el CMA. Me gusta mucho más que Valen o Valentín. Suena muy antiguo y… Hagios te queda mejor.

Él carraspea, intentando recuperar la compostura y el tono profesional, consciente de que, si permite que Voluptas siga marcando el ritmo, la misión puede desviarse antes incluso de empezar.

—Sí, sí, vamos a centrarnos, ¿de acuerdo?

—¡Sí, señor! —responde Voluptas, llevándose la mano a la frente en un saludo exagerado y de corte militar, lista para bajar a la

Tierra y liarla con su sonrisa impecable.

—No exageres y baja la mano —le pide San Valentín—. Me estás avergonzando. No estoy aquí para mandarte, solo para asesorarte, enseñarte y orientarte sobre cómo se desenvuelven los humanos en la Tierra y la mejor manera de revertir las flechas cruzadas.

—Bueno, no te ofendas, Valen… digo, Hagios —rectifica, guiñándole un ojo—, pero tanto mi padre como tú estáis un poco anticuados en esto del romance contemporáneo.

—No me digas —responde él, escéptico—. ¿Y tú qué sabes, si nunca has bajado a la Tierra?

—Que no haya bajado no significa que no esté al tanto —replica Voluptas—. Mi padre me ha contado que no descendéis desde los ochenta. Créeme, no tenéis ni idea de lo que ha cambiado todo en diez lustros.

—Claro que lo sabemos —se defiende San Valentín, enderezándose ligeramente—. Que no nos hayamos… ya sabes, infiltrado físicamente entre los humanos no quiere decir que no sigamos las nuevas corrientes.

—¿Conoces las *apps* de citas? ¿El poliamor? ¿Las relaciones abiertas? —enumera Voluptas, moviendo los dedos como si pasara lista a un inventario celestial.

—Por supuesto —responde San Valentín, inflando el pecho con dignidad—. Y, bueno… el BDSM también.

Lo dice deprisa, demasiado deprisa, intentando aparentar interés en un tema que no va con él. La incomodidad se dibuja en su rostro antes de que pueda evitarlo y hace que Voluptas sonría de manera maliciosa y un poco condescendiente.

—Vale, vale, ya veo que alguna idea sí tienes. Pero, cariño… eso es el abecé del romance moderno. Eso era lo más rompedor hace dos décadas.

San Valentín la observa, atrapado a medio camino entre la ofensa y una confusión genuina que no intenta disimular.

—¿Entonces qué más hay?

—Muchísimo más —responde Voluptas, encantada de poder ilustrarlo todo con el entusiasmo de una maestra frente a un alumno aplicado, aunque claramente desfasado—. Por ejemplo, ¿has oído hablar de los *book boyfriends*?

—¿*Book*… qué?

—*Book Boyfriends* —repite, marcando cada sílaba con la paciencia más propia de una profesora de idiomas—. Humanos que intentan comportarse como los protagonistas de una novela romántica. Intensos, heridos, poéticos, tóxicos con encanto… Depende del subgénero.

—Eso suena preocupante —responde San Valentín, frunciendo el ceño.

—Oh, lo es. Y tremendamente adictivo. Pero, espera, que aún hay más.

Él abre la boca para protestar, pero Voluptas no le concede esa posibilidad.

—Tampoco conoces los *situationships*, ¿verdad?

—Suena a… relación… ¿de situación?

—Exacto. No son pareja, no son amantes, no son amigos. Viven en un limbo emocional permanente, muy moderno y muy angustioso.

—Vaya —dice con ironía el santo—. Qué saludable.

—Muchísimo —responde ella, sin el menor asomo de culpa—. Luego están las cláusulas románticas: parejas que firman acuerdos

del tipo «solo nos vemos los viernes», «nada de sentimientos» o «esto dura tres meses».

San Valentín se masajea el puente de la nariz, porque acaba de descubrir veinte formas nuevas y perfectamente innecesarias de complicarse la existencia.

Voluptas, en cambio, está encantada con el efecto que está produciendo y remata:

—Y no olvides el *slow burn* tóxico, el *friends to lovers* con trauma, o el *aftercare* erótico, que ahora es casi una religión.

—¿Qué? —pregunta él, claramente superado.

—Exacto —dice ella, dándole una palmada en el hombro con ternura burlona—. Sois dioses del amor, pero os habéis quedado en la temporada tres de una serie que ya va por la decimosexta.

San Valentín procesa la avalancha de términos nuevos en silencio. Finalmente suspira, pasándose una mano por el pelo con un cansancio que no trata de disimular.

—El amor siempre será el amor, Voluptas —dice al fin—. La gente siempre va a buscar a alguien con quien compartir la vida, a alguien que la acompañe, que le dé sentido a lo que siente. Da igual cuántas corrientes aparezcan. En el fondo, todos quieren lo mismo. Amor. Y punto.

Voluptas arquea una ceja, con esa mezcla de paciencia infinita y desesperación elegante que solo los dioses jóvenes pueden permitirse.

—Lo que tú digas… Hagios. Pero yo llevo preparándome para esto desde hace siglos —se señala a sí misma, orgullosa—. Es mi oportunidad. Y no pienso desaprovecharla. Creo que este puede ser mi propósito en la vida.

San Valentín deja escapar una risa por lo bajo que suena a cansada.

—¿En serio? ¿Como los veinte propósitos anteriores que te he oído en los últimos años?

Voluptas entrecierra los ojos, visiblemente ofendida.

—Eres igual de insoportable que mi padre cuando hablas del futuro, ¿lo sabías? —dice, cruzándose de brazos—. Estoy buscando mi vocación, Valentín. Como todos los de mi generación.

—Esto no es una vocación, Voluptas. Es una misión que trasciende lo terrenal y lo divino —responde él, exhalando despacio, con el peso de siglos concentrado en un solo gesto—. Los corazones humanos están sometidos a demasiadas presiones, a expectativas infinitas, a pantallas que interrumpen la magia de una mirada. La gente tiene que volver a creer en la maravilla de un primer encuentro que lo detiene todo, en los gestos diminutos que aceleran el pulso sin que nadie los note, en los mensajes que se releen mil veces solo porque susurran «te estoy pensando», en los abrazos que parecen suspender el tiempo, en ese amor que revuelve el estómago y hace que los ojos brillen sin motivo aparente… En el amor que es cursi, imperfecto y absoluto, pero que todavía merece la pena.

Voluptas lo observa con expresión divertida pero también un poco escéptica. Para ella, es como estar frente a un manual antiguo lleno de buenas intenciones que ya no encaja del todo con el mundo actual.

—Si la gente fuera capaz de hacer eso por sí sola, no nos necesitaría —dice al fin—. Pero dejemos los discursos románticos para después.

Le lanza una mirada traviesa y acompaña la frase con un gesto teatral, como si imitara dos flechas chocando en el aire.

—Nuestra misión es revertir lo que han provocado esas flechas. Y eso solo puedo hacerlo yo. Así que dime… ¿cómo empezamos?

5

La semana de plazo termina y Vera y Rick vuelven a encontrarse en la sala de reuniones principal, esta vez con sus proyectos listos para ser diseccionados ante el comité. El ambiente no se parece en nada al de la última reunión: no hay espacio para provocaciones gratuitas ni para discursos brillantes sin sustancia. Hoy no. Todos saben que lo que ocurra en esta sala puede decidir si Skyflix aguanta unos meses más o si empieza a desmontarse por dentro, pieza a pieza.

Henderson, el director financiero, ocupa la cabecera de la mesa con una carpeta de documentos y una expresión más sobria de lo habitual. Espera a que todos se sienten, a que el murmullo se apague y a que la sala adopte ese silencio disciplinado que solo aparece cuando el dinero entra en juego.

—Bien —dice al fin—. Ya sabéis cuál es el motivo de esta reunión. Hoy escucharemos vuestras propuestas y tomaremos una decisión sobre el especial de San Valentín. Sin embargo, antes necesito informaros de un cambio importante a nivel corporativo.

Hace una breve pausa. No para dramatizar, sino para medir el impacto y asegurarse de que nadie desconecta.

—Como sabéis, la situación económica de la cadena nos ha obligado a abrir una venta parcial de acciones para garantizar liquidez inmediata y asegurar la continuidad operativa. Durante este proceso, una empresa griega, *DeltaPi Media*, ha adquirido el cincuenta y uno por ciento del accionariado de Skyflix, convirtiéndose en el socio mayoritario.

El efecto es inmediato.

En la sala se levantan murmullos que crecen con rapidez, sillas que se desplazan, ojos que buscan respuestas en otros rostros. Simmons intercambia una mirada desconcertada con Monroe. Ambos intentan calcular cuántas cosas acaban de cambiar sin previo aviso. Rick niega con la cabeza, entre la incredulidad y el enfado, mientras Vera se tapa los ojos con ambas manos, en un gesto inútil frente a lo inevitable.

Henderson mantiene el tono estable, consciente de que ahora mismo su función no es convencer, sino sostener el peso de la reunión.

—Sé que es una noticia difícil de encajar —continúa—, pero es un movimiento necesario para evitar un escenario de quiebra. Dentro de un momento conoceréis a la nueva dirección ejecutiva y, a partir de entonces, trabajaremos con un plan de reestructuración que marcará las prioridades de la empresa.

El murmullo amenaza con desbordarse.

—Por favor, escuchadme —añade Henderson, elevando la voz lo justo para recuperar el control—. La nueva CEO ha sido designada para supervisar la transición, evaluar la estructura actual de la cadena y garantizar que Skyflix vuelva a ser rentable en el menor plazo posible.

—¿Pero precisamente ahora? —protesta alguien desde el lateral —. ¡Si la cadena lleva meses en venta!

—¿Y una empresa griega? —añade otra voz, cargada de escepticismo—. ¿Qué saben ellos del mercado de plataformas aquí? Esto va a ser un desastre. Va a terminar de hundirnos.

Henderson espera a que las protestas pierdan fuerza antes de continuar. No compite contra el pánico; prefiere dejar que se disipe por sí solo.

—Entiendo vuestra preocupación —dice, con un tono firme y medido—, pero esta decisión no es negociable. La operación ya está cerrada y no puede revertirse. *DeltaPi Media* es ahora el socio mayoritario y, nos guste o no, tenemos que adaptarnos.

Recorre la mesa con la mirada, deteniéndose lo justo en cada rostro, asegurándose de que el mensaje llega a todos con claridad.

—Así que estáis aquí para trabajar —concluye—. Para demostrar que Skyflix sigue siendo una plataforma viable. Si queréis conservar vuestro puesto, este no es el momento de lamentarse, sino de espabilar.

Hay una tensión latente en la sala, incómoda y medida. Todos tragan saliva y evitan mirarse. Pese a todo, la reunión sigue adelante.

Entonces, las puertas de la sala se abren.

La nueva CEO entra con paso seguro, sonrisa amplia y una energía que contrasta de inmediato con el ambiente cargado que la precede, como una corriente de aire fresco que nadie había pedido, pero que se nota al instante.

—Os presento a la señorita Voluptas Bélos —anuncia Henderson —, y a Hagios Valentine, nuestro nuevo responsable de Recursos Humanos.

En la mesa se impone un silencio respetuoso. De puertas para afuera, nadie se mueve; por dentro, más de uno siente cómo se le revuelve el estómago. El pensamiento es casi unánime y nadie se atreve a formularlo en voz alta: esa mujer griega, rubia, demasiado joven y demasiado guapa no encaja, a primera vista, con la idea de alguien capaz de salvar Skyflix del desastre.

—¡Buenos días, equipo! —saluda ella, con un entusiasmo que descoloca a más de uno.

A su lado, Valentine adopta de inmediato una expresión seria, medida, casi institucional, compensando con sobriedad el exceso de luz que ella irradia.

—Antes de nada —continúa Voluptas, avanzando un paso—, quiero deciros que es un placer estar aquí. De verdad. He estado revisando cifras, informes y proyectos, pero también vuestra trayectoria, porque Skyflix no es solo una plataforma: es una marca con historia, con identidad y con muchísimo potencial.

Hace un gesto amplio con las manos, sincero, casi afectuoso.

—Mi objetivo es ayudaros a reflotar la cadena, a devolverle fuerza y a que vuelva a ser un lugar del que sentirse orgullosos. No vengo a imponer ideas sin escuchar. Vengo a trabajar con vosotros.

Algunas miradas siguen siendo cautelosas, pero la atención es total.

—Y, por supuesto, uno de los retos inmediatos es el proyecto especial para el Día de los Enamorados, una fecha clave para conectar con el público.

Desde uno de los extremos de la mesa, Henderson asiente con naturalidad.

—Sí, el especial de San Valentín —añade—. Es uno de los días en los que siempre hemos tenido los mejores ratios de audiencia.

Voluptas ladea la cabeza, arquea una ceja y frunce el ceño; sus labios se tensan y un pequeño suspiro casi cómico escapa mientras procesa lo que acaba de escuchar.

—Bueno… sí y no —dice al fin, con una sonrisa que intenta mantenerse ejecutiva, aunque empieza a desviarse hacia un territorio más personal—. Quiero decir, es el Día de los Enamorados. No solo el día de San Valentín.

El ambiente se altera de inmediato, aunque nadie sabría precisar por qué. Las sillas se recolocan con movimientos discretos, alguien carraspea y Henderson abre la boca para intervenir… solo para cerrarla de nuevo, recalculando.

—El amor no es patrimonio exclusivo de nadie —continúa Voluptas, ganando terreno—. Está Cupido, por ejemplo. Y otras figuras importantes. Muy importantes.

San Valentín interviene al instante, recurriendo a ese tono templado que emplea cuando detecta que la conversación empieza a salirse del carril.

—No pasa nada, señorita Bélos —dice, tratando de restarle importancia—. Es un detalle menor. En el sector se utilizan ambas denominaciones indistintamente.

Voluptas vuelve la cabeza hacia él con una atención súbita, demasiado directa para pasar desapercibida.

—¿Detalle menor, Hagios? —pregunta, sin perder la sonrisa, aunque su incontenible energía ya no se molesta en disimularla—. No sé por qué motivo el Día de los Enamorados tiene que atribuirse siempre a San Valentín.

La sala entera se vuelve a quedar en silencio. No un silencio cómodo, sino ese que aparece cuando nadie sabe si intervenir o fingir que esto forma parte del guion.

—Quiero decir —prosigue, gesticulando con entusiasmo creciente—, históricamente no es así. Antes de San Valentín ya existía la Lupercalia. Una fiesta romana. Del trece al quince de febrero. Amor, fertilidad, deseo. Todo muy básico. Muy humano.

Rick no trata de disimular la expresión divertida que se le dibuja en el rostro. Mientras tanto, Vera, sin darse cuenta, se inclina hacia delante, fascinada por una deriva de la conversación que nadie había previsto.

—El catorce de febrero cae justo en medio —continúa Voluptas, ya lanzada—. La Iglesia colocó a San Valentín ahí para sustituirla. No fue casualidad. Son las mismas fechas, pero distinto relato.

San Valentín la observa entonces durante un segundo más de lo habitual. No la interrumpe. No la corrige. Inclina apenas la cabeza, lo justo para que ella lo vea. La advertencia no necesita palabras.

Voluptas la capta al instante pero, aun así, decide seguir con su exposición.

—Por eso Cupido encaja tan bien en todo esto —concluye—. Viene de un origen pagano, del deseo, de la fertilidad. No de un santo mártir elegido a conveniencia para disimular una celebración incómoda.

Nadie dice nada al respecto. Más de uno se queda con la idea y trata de digerirla a su manera.

Entonces San Valentín se aclara la garganta, intentando quitar tensión al momento.

—Voluptas…

—Pero bueno —interrumpe ella al instante, recomponiéndose con una sonrisa radiante, fingiendo que nada ha pasado—, llamémoslo como queramos. Lo importante es que es una fecha emocionalmente potente y quiero ver propuestas que la aprovechen de verdad.

Henderson carraspea, toma aire y decide —con muy buen criterio— no abrir ningún debate histórico-religioso adicional.

Voluptas baja la mirada al *dossier* un instante y, cuando vuelve a alzarla, adopta ese entusiasmo práctico que no sabe —ni quiere— disimular.

—Rick Winterlow —dice, señalándolo con naturalidad—. Vera Clayton. Sois vosotros quienes vais a presentar los proyectos,

¿verdad?

Rick tarda una fracción de segundo en reaccionar, sorprendido por lo directo del señalamiento, mientras Vera se endereza en la silla casi sin darse cuenta, con una atención repentina que la delata más de lo que pretendía.

—He leído sobre ambos —continúa Voluptas, con una curiosidad genuina—. Tenéis enfoques muy distintos… y eso me parece especialmente útil en un momento como este. Cuando una cadena está contra las cuerdas, o apuestas por lo seguro o te atreves a cambiar el juego. Así que estoy deseando ver lo que habéis preparado.

San Valentín da entonces un paso discreto al frente para presentar su cometido oficialmente a los miembros de la reunión.

—Mi función será acompañar este proceso desde Recursos Humanos —explica con tono sereno— y asegurar que los equipos trabajen en las mejores condiciones posibles durante esta nueva etapa. En un periodo de transición, la claridad y la coordinación son tan importantes como la creatividad.

Voluptas asiente con entusiasmo, satisfecha, aunque la palabra coordinación no es exactamente su preferida.

—Exacto. Así que, si os parece bien, vamos a empezar.

6

Vera enciende su portátil y se coloca frente a la mesa con una preparación meticulosa, muy de su estilo. No hay nervios visibles, solo concentración y una seguridad que nace de haber hecho los deberes. Lleva años presentando ideas en esta sala y, si algo ha aprendido, es que el comité perdona la emoción, pero no perdona la improvisación. Toma aire, coge el puntero y arranca.

En la pantalla aparece la primera imagen: una cabaña de madera rodeada de bosque, chimenea encendida, un porche amplio con mecedoras y luces cálidas colgadas de viga a viga. Es el tipo de casa que promete refugio, silencios compartidos y conversaciones largas al anochecer. El interior muestra estanterías llenas de libros, mantas dobladas con cuidado sobre el sofá, una cocina acogedora con una mesa central donde siempre parece haber café recién hecho y pastas caseras.

—La historia se sitúa en un pequeño pueblo —explica Vera—, un entorno reconocible y emocionalmente seguro para el espectador. El rodaje sería, principalmente, en localizaciones exteriores controladas, con un núcleo reducido de escenarios: la casa principal, la cafetería del pueblo, la plaza y un par de interiores recurrentes.

Pasa a la siguiente diapositiva con naturalidad, sin mirar a Rick, consciente de su presencia al otro lado de la mesa.

Detalla el presupuesto con precisión: costes ajustados, equipo técnico reducido pero sólido, uso eficiente de decorados permanentes para minimizar desplazamientos y tiempos muertos. Vestuario funcional, cálido, realista, sin artificios innecesarios; ropa que acompañe a los personajes y refuerce la sensación de intimidad sin disparar gastos.

Henderson, como siempre, toma notas de cada cifra y cada partida calculando de memoria cuánto terminará costando de más. Porque siempre cuesta mucho más. Incluso cuando el *excel* jura lo contrario.

—La propuesta contempla un reparto principal limitado y un grupo de secundarios bien definidos —continúa Vera—. Vecinos del pueblo, amigos de la protagonista, una figura mayor que funcione como eje emocional. No más de diez personajes secundarios con presencia recurrente.

Explica también el ritmo de producción: propone una miniserie compacta, de cuatro episodios, con una planificación diseñada para optimizar jornadas y reducir imprevistos. Nada excesivo, nada superfluo. Una producción modesta, de las que las plataformas han demostrado que funcionan cuando la historia es sólida y la emoción está bien construida.

Cuando termina la parte técnica, deja el puntero sobre la mesa, levanta la vista hacia el comité y cambia el tono. Ahora se dispone a hablar del guion.

—Se trata de un pueblo pequeño donde vive un chico al que han abandonado antes de casarse. Su novia de toda la vida lo deja semanas antes y él está destrozado.

Rick reacciona antes de ser consciente de ello. Algo en la frase lo alcanza de forma directa, sin rodeos, y por un instante la distancia irónica con la que suele protegerse no llega a tiempo. No dice nada. No hace ningún comentario. Pero hay un leve cambio en su expresión, lo bastante breve como para que solo quien esté atento lo perciba.

—Claro, ¿cómo no? —interrumpe, con una brusquedad que no disimula del todo el golpe—. No va a estar dando saltos de alegría, no te jode.

No es una interrupción espontánea. Es una costumbre aprendida, un reflejo afinado con el tiempo. La dinámica de siempre: Vera construye y Rick se prepara para poner a prueba la estructura, aunque solo sea con una frase.

Ella toma aire despacio. Le lanza una mirada capaz de congelar la sala entera, pero no le da el premio de una discusión inmediata.

—Luego tenemos a nuestra protagonista femenina, que es una…

—Espera, déjame adivinar —vuelve a interrumpirla Rick, sin molestarse en disimular—. Una chica de ciudad, ambiciosa, con carácter, que no cree en el amor hasta que conoce al rudo, atractivo y ligeramente paleto chico del pueblo. Roto por dentro, buen corazón y, por supuesto, un cuerpo que parece diseñado por una cadena de gimnasios.

Vera lo mira. Esta vez no hay diplomacia.

—¿Vas a callarte?

El silencio es inmediato y, por primera vez en la reunión, todas las miradas convergen en Rick. Henderson y un par de miembros de la junta le lanzan codazos discretos, lo justo para recordarle que en esa sala hay personas que deciden presupuestos… y despidos. Rick levanta las manos pidiendo disculpas de manera exagerada. Luego hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera invisible y lanzar la llave lejos.

—Continúa, Vera, por favor —interviene Simmons, la guionista, sin levantar la vista de su libreta—. Nos estabas hablando de la protagonista.

—Sí, bueno… —Vera devuelve la mirada a la pantalla, obligándose a recuperar el hilo—. En realidad, Winterlow ha descrito más o menos la idea, aunque me incomode admitirlo. Pero, tal y como defendí el otro día, es exactamente lo que la gente quiere ver: lo que nuestro público espera de nosotros, lo que funciona cuando

quieres que el espectador se quede, respire y vuelva a creer en una historia.

—¿Y qué más? Cuenta, cuenta —la anima Voluptas, con una atención tan genuina que durante un segundo parece fuera de lugar —. Quiero escuchar toda la explicación.

Todos los asistentes a la reunión se vuelven a mirarla. No es solo sorpresa; es desconcierto puro. En Skyflix, ningún CEO se ha detenido jamás a pedir detalles del argumento con interés real. Normalmente buscan cifras, previsiones y ratios de audiencia. Nunca el corazón de la historia.

Vera asiente, agradecida por esa atención inesperada, y decide explicarlo con más cuidado, consciente de que esa reacción de la CEO no es casual y de que conviene aprovecharla.

—La protagonista llega al pueblo por trabajo —explica—. Es una empresaria de éxito y, en realidad, ese lugar es donde nació. El sitio al que no ha vuelto desde el instituto. Viene con prisa, con objetivos claros y con la mentalidad de que todo es temporal, pero el pueblo empieza a devolverle recuerdos sin pedir permiso.

Vera cambia de diapositiva y aparece la imagen de una fiesta adolescente: luces de colores, un patio trasero, risas detenidas en una fotografía que parece vibrar con un pasado que no se ha ido del todo.

—El giro está en el pasado —continúa—. Él… él estaba enamorado de ella desde siempre. Y en una fiesta del instituto, jugando a «dos minutos en el cielo»… —hace una breve pausa, lo justo—, ya sabéis cuál es el juego, ¿no? Ese en el que te encierran en una habitación o en un armario con alguien al azar y te dan un par de minutos para hacer lo que se supone que no deberías hacer. Nada explícito. Solo besos. Algo inocente, casi torpe. Pero para él fue suficiente para que lo dejara marcado. La historia juega con eso durante toda la miniserie y se revela al final, cuando ella recuerda quién era él en realidad.

Hace una pausa, consciente de que ese es el punto donde todavía hay una pieza por encajar.

—Lo reconocerá por algo concreto. Un detalle inesperado que conecte todo y cambie la lectura de lo que hemos visto. Aún lo estoy afinando, y deberíamos estudiarlo Simmons y yo, pero tiene que ser un golpe final que haga que el público piense: «claro, por eso».

Voluptas abre los ojos con una emoción tan transparente que resulta imposible fingirla.

—Ay, pero qué romántico —dice, encantada—. Y el chico será guapo, ¿verdad? Porque estamos haciendo una película, no un ejercicio espiritual. ¿Tenemos a alguien así en plantilla o empezamos el *casting* fuera?

Los miembros del equipo se miran entre sí, revisan carpetas y acaban deslizando un par de fotos de catálogo sobre la mesa, haciendo que la reunión se convierta, sin aviso, en un *casting* improvisado.

Monroe toma la palabra, agradecido por volver a un terreno reconocible.

—En ese aspecto no habrá problemas, señorita Bélos. Tenemos varios actores externos con el perfil adecuado para el papel.

—¡Entonces perfecto! —responde Voluptas, satisfecha—. Continúa, Vera.

—Bueno, no hay mucho más que añadir —dice ella, intentando cerrar esa parte sin abrir otro frente.

Vera vuelve a mirar su guion, con intención de avanzar, pero Rick aprovecha el hueco sin perder el tiempo.

—Por supuesto que no —interviene Winterlow sin disimular la ironía—. Es el rollo de siempre. Lo único bueno es que podremos

usar la máquina de nieve que la cadena compró el año pasado, porque claro… habrá nieve, ¿verdad?

Vera se gira hacia él, con la paciencia a punto de agotarse.

—¿Y qué pasa si la hay? —responde, sin retroceder un milímetro —. A la gente le gusta la nieve. El frío es romántico. Hay guantes, gorros de lana, chimeneas… y todo eso invita a escenas bonitas al calor del fuego.

—Bonitas e irreales —replica Rick—. La gente no tiene sexo delante de una chimenea como tú lo quieres vender porque —¡aviso importante!— pueden saltar chispas en zonas que no lo agradecerían en absoluto.

Vera lo observa un segundo, valorando si está cuestionando el guion o su inteligencia. Decide que es ambas cosas.

—Eso es mentira. Las chimeneas modernas no hacen eso.

Rick arquea una ceja, encantado consigo mismo, disfrutando del terreno que pisa.

—Ah. Entonces lo has probado. Cuenta, cuenta… ¿No será con ese novio aburrido que tienes, verdad?

La reacción es inmediata, aunque nadie dice nada. Algo se detiene en la sala: Henderson deja a medias el gesto con el que iba a intervenir, Simmons levanta la vista del bloc por primera vez en varios minutos y Monroe se queda quieto, atento de golpe. No es escándalo ni sorpresa abierta; es la conciencia colectiva de que se ha cruzado una línea que no aparece en ningún contrato.

Vera no parpadea.

—De verdad que eres imbécil, Winterlow. No sé de dónde sacas tus tonterías, pero a veces parece que te entrenes a conciencia para ser cada día más capullo.

Rick sonríe, satisfecho. Ha encontrado una grieta y no piensa desaprovecharla.

—Te voy a decir una cosa —continúa—: que tú sueñes con esas cursilerías no significa que gusten ni que sea lo que la audiencia quiere ver. La gente está cansada del amor perfecto y de las parejas idílicas que lleváis décadas vendiéndonos.

—La gente no está cansada —replica Vera, firme—. Eso lo dices tú, que no tienes corazón y no te has enamorado en la vida. Tú, que sigues creyendo que las mujeres se dividen entre *strippers* y solteronas con gatos. Ese es tu nivel, Rick. Ese.

San Valentín se lleva una mano a la frente y cierra los ojos durante un instante. Necesita observar, analizar, comprender las dinámicas de los dos chicos… y, aun así, siente que su paciencia solicita auxilio urgente. Si pudiera taparse los oídos, lo haría, pero está en una misión, y las misiones no contemplan la opción de «me bajo del drama humano un momento».

Voluptas, en cambio, está fascinada. No lo disimula ni lo intenta. Va alternando la mirada entre Vera y Rick con el interés de quien asiste a una escena que no esperaba y que, por algún motivo, le parece maravillosa. Le falta muy poco para pedir palomitas y un asiento en primera fila.

La discusión no llega a mayores, pero Vera nota que algo se queda girando dentro de ella, incómodo y persistente. Las palabras de Rick tienen veneno, sí, pero también llevan un punto de verdad. Y eso es lo que más la enfurece.

Vera siempre ha perseguido el amor épico que ha visto en las películas. Se ha criado con historias grandes, con amores imposibles que terminan venciendo, con catorces de febrero llenos de flores, bombones y cenas a la luz de las velas. Ha buscado esa clase de promesa en la vida real con una determinación que, según el día, le parece valiente… o sencillamente agotadora.

Alfred, el novio «aburrido» al que Rick acaba de aludir con su mala leche habitual, es el último ejemplo de una lista que ya se le hace demasiado larga para sus treinta y cuatro años. Citas que empiezan con chispa y se apagan, relaciones que no terminan de cuajar, la sensación recurrente de estar intentando encajar en un molde que siempre le queda un poco grande o un poco ajeno.

Y por primera vez en mucho tiempo, la idea le asusta de verdad: tal vez el problema no es que no haya encontrado a nadie, sino que el tipo de amor que espera solo existe en una pantalla.

Y lo que más le incomoda no es la discusión, sino la sospecha de que, en el fondo, Rick podría tener razón en algo.

Y esa posibilidad es todavía peor.

7

Rick Winterlow toma la palabra.

Su presentación tiene exactamente su sello: directa, afilada, sin rodeos innecesarios. No hay intención de caer bien ni de pedir permiso. Aun así, incluso él es consciente —aunque no lo admitiría ni bajo juramento— de que no está defendiendo una idea cualquiera. Skyflix ya no se juega solo una franja de audiencia; se juega seguir existiendo. Y su propuesta, si sale adelante, puede salvar la cadena… o terminar de alejar a quienes todavía permanecen fieles.

Es una apuesta incómoda, deliberadamente provocadora y no apta para todos los públicos. Rick lo sabe. Precisamente por eso la defiende. Porque, con la plataforma al borde del colapso, seguir fingiendo que lo de siempre funciona le parece la forma más lenta y elegante de hundirse.

—Bueno —dice, apoyando las manos sobre la mesa—. Todos sabemos lo que es un *dark romance*, ¿verdad?

Algunas cabezas asienten con cautela. No hay entusiasmo abierto, ni falta que hace. La única excepción es Voluptas, cuya sonrisa delata un interés imposible de disimular. A su lado, San Valentín toma aire con calma, plenamente consciente de que acaban de poner un pie en terreno complicado.

—Propongo algo grande. Algo distinto —continúa Rick—. Arriesgado, sí. Pero perfectamente alineado con lo que ahora mismo está devorando el público. No se trata de inventar nada nuevo. Se trata de entender qué es lo que funciona… y hacerlo sin pedir disculpas.

Hace un gesto amplio, como si desplegara ante ellos un catálogo invisible.

—Estoy hablando de hacer un *dark romance* con estética de mafia. Trajes oscuros, coches imposibles, hombres peligrosos que no deberían resultar atractivos… y que, sin embargo, lo son. Un protagonista enmascarado, dominante, con un pasado lleno de decisiones cuestionables y una relación complicada con la violencia. Muy complicada.

Algunas miradas se cruzan, incómodas, pero Rick no se detiene.

—Relaciones tóxica —prosigue—. Dinámicas de poder claras. Control. Límites tensos. BDSM entendido como tensión emocional, no como manual técnico. Amor intenso, posesivo, al borde de lo insostenible. De ese que hace que el espectador piense "esto está mal" mientras no puede dejar de mirar.

Hace una pausa breve. La justa. La que permite que la idea se asiente.

—Y, como mandan los cánones, una mujer que no debería quedarse… pero se queda. La única a la que él no puede controlar ni romper. La que convierte al monstruo en alguien obligado a mirarse al espejo. Habrá redención, culpa, deseo, violencia contenida y sexo. Mucho sexo… pero sugerido. El suficiente para que nadie pueda fingir sorpresa después. —Se encoge de hombros con indiferencia—. No es una historia bonita pero es una historia que engancha. Es exactamente el tipo de producto que ahora mismo arrasa en listas, plataformas y redes. El que se critica en voz alta y se consume en silencio.

Recorre la sala con la mirada, deteniéndose lo justo en cada rostro. Henderson no asiente, pero tampoco lo frena; Simmons ha dejado de escribir y sostiene el bolígrafo en el aire, y Monroe mira un punto indeterminado de la mesa, haciendo números mentales con una expresión cada vez menos conforme.

—No propongo romanticismo ideal —continúa—. Propongo conflicto. Oscuridad. Morbo. Y un discurso lo bastante ambiguo para que cada espectador crea que ha entendido algo distinto.

Durante un instante nadie responde. Nadie parece tener intención de intervenir en primer lugar después de su exposición. Hay quien aparta la vista hacia la lámpara del techo y quien se reajusta en la silla con una lentitud demasiado evidente, buscando una postura que no delate lo que está pensando.

Rick vuelve a pasear la vista por la mesa. No necesita aplausos, le bastaría con un gesto mínimo, pero solo encuentra prudencia.

Voluptas, en cambio, sonríe, ajena a la incomodidad general.

—Me parece brutal —dice, con un entusiasmo inmediato—. Es rompedora. Es… muy de ahora.

Nadie replica. Nadie le discute a una CEO recién aterrizada de la que depende su sueldo, su hipoteca y el equilibrio general de la sala. Lo único que se mueve es la incomodidad, discreta, repartida en pequeños gestos.

Simmons carraspea, claramente dispuesta a seguir adelante antes de que aquello derive en algo aún más complicado.

—¿Puedes darnos algún detalle de cómo quieres llevar a cabo ese… proyecto? —pregunta, eligiendo cada palabra con cuidado.

—Por supuesto —responde Rick, encantado de recuperar el control—. Aquí tenéis un desglose del presupuesto.

Tiende carpetas hacia los miembros de la junta.

—Abridlas.

Ante el asombro general, dentro solo hay una hoja. Una sola. Cifras escuetas, bien ordenadas, y apenas un par de líneas de explicación.

—Como veis, no se necesita casi *atrezzo* —dice Rick—. Un par de localizaciones bien escogidas, una cama, un set que funcione, vestuario específico… y poco más. Es una producción técnicamente

contenida, mucho más barata de lo que parece, y con un potencial de viralidad enorme.

Vera, que hasta ese momento ha permanecido en silencio, siente cómo un calor intenso le nace de muy adentro y no hace nada por sacarlo fuera.

—No me lo puedo creer —estalla al fin—. ¿Lo que propones es rodar una película porno o qué? Porque esto es inaudito.

Rick casi ni reacciona, manteniendo la compostura y ese tono controlado que no concede demasiado.

—No es porno. Y lo sabes —responde—. No tiene por qué verse nada explícito. Estoy hablando de sugerencia, de tensión, de juego psicológico. De un tono adulto. No de… lo que estás insinuando.

—¿Y exactamente qué estás insinuando tú? —replica Vera, elevando un punto la voz—. No podemos emitir algo así para nuestra audiencia. La perderemos entera.

—Ganaremos otra —corrige Rick, sin titubear.

—Estás loco —replica ella, ya sin filtro—. Y eres un pervertido.

Rick sonríe. No es una provocación abierta, sino algo más calculado, una seguridad tranquila que siempre parece quedarse a un paso del exceso.

—Y tú eres una mojigata.

La sala entera se queda inmóvil otra vez, con la sensación clara de que la reunión acaba de cruzar una línea, otra más, que no figuraba en ningún orden del día. No es un punto técnico ni una discrepancia menor: es otra cosa, más incómoda, más difícil de encajar.

San Valentín cierra los ojos un instante, calculando en silencio cuánto daño colateral puede soportar una misión antes de empezar a parecer una penitencia.

Voluptas, en cambio, parece a punto de animarlos a continuar. Observa la escena con una atención divertida, claramente encantada con el rumbo que está tomando.

Mientras Rick y Vera siguen intercambiando argumentos, sin que ninguno de los dos lo advierta de inmediato, la distancia entre ellos se reduce. No hay un paso evidente ni un gesto consciente; simplemente, cuando reaccionan, están demasiado cerca para que la discusión siga siendo profesional y demasiado expuestos para fingir que no ocurre nada.

Los presentes lo notan casi al mismo tiempo. De manera más o menos disimulada, están pendientes de ellos dos. Alguien carraspea con torpeza. Simmons deja de escribir a mitad de palabra, desconcertada, sin saber muy bien qué debería anotar ahora.

Rick y Vera se miran fijamente.

Ella nota cómo la respiración se le acelera, cómo el pecho le sube y baja con una agitación que no consigue controlar y que, para su enfado, no tiene nada que ver con la rabia. Mantiene la mirada sin ceder un milímetro; apartarla ahora sería retroceder, y no piensa hacerlo.

Rick es el primero en romper el equilibrio.

Baja los ojos durante un instante mínimo, un gesto automático, casi reflejo. El escote de Vera es discreto, elegante, nada provocador… y, aun así, se descubre mirándolo más de la cuenta. La cercanía lo descoloca. Nota la reacción antes incluso de procesarla: las pupilas responden, el cuerpo se adelanta. Se humedece el labio inferior sin darse cuenta, traicionado por un impulso que no ha pedido.

Cuando reacciona, alza la vista de golpe, tenso, incómodo, consciente de que se ha delatado con ese gesto espontáneo y de que Vera lo ha notado perfectamente.

Para su sorpresa, la chica, en lugar de reaccionar, se queda con los ojos abiertos, sin capacidad para la réplica. Enseguida llega algo peor: una sacudida interna, rápida y clara, al darse cuenta de que la manera en que él la ha mirado no le ha resultado incómoda. Ni mucho menos. Aparta la vista con brusquedad, molesta consigo misma por haber permitido ese pensamiento.

Henderson se mueve inquieto en la silla. Monroe revisa una carpeta que no necesita revisar. Nadie dice nada, pero todos han notado que algo extraño acaba de suceder.

Rick se recoloca, rígido, demasiado consciente de su propio cuerpo mientras Vera cruza los brazos con una firmeza que no engaña a nadie.

San Valentín interviene entonces, justo a tiempo para cortar la deriva de la conversación.

—Bien —dice, firme—. Continuemos, por favor.

Ambos retroceden un paso y la reunión sigue.

El silencio que queda después no es cómodo, pero sí útil. Se siente como un reajuste a la fuerza: los componentes de la reunión tratan de recuperar el hilo de la misma, pero a todos parece costarles recordar que han venido a hablar de proyectos, no de… lo que sea que acaba de pasar.

Henderson es el primero en aclararse la garganta y trata de hacerse de nuevo con el timón con esa solemnidad de ejecutivo que ha visto demasiadas crisis como para permitirse dramatizar.

—Bien —dice, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Tenemos dos propuestas muy diferentes. Dos tonos, dos públicos objetivo y dos riesgos claros. Antes de avanzar, necesitamos valorar la viabilidad.

Simmons levanta la mano casi al mismo tiempo. El gesto es profesional, pero la expresión le delata una alarma perfectamente

razonable.

—Con todo el respeto —empieza—, estamos hablando de dos universos narrativos opuestos. Dos estilos, dos ritmos, dos tipos de escritura. Es… complicado.

Monroe asiente de inmediato. Apoya los codos en la mesa y va directo al terreno que le compete.

—Y desde la realización ocurre algo parecido —añade—. Son producciones muy distintas, con ritmos de rodaje, planteamientos visuales y necesidades técnicas completamente diferentes. No se pueden abordar a la ligera.

Henderson, responsable de todo lo que se refiere a la parte económica, retoma la palabra.

—Tendremos que votar o escoger la opción con mejor viabilidad. La que ofrezca mayor probabilidad de éxito con el menor impacto económico. Hay que sopesar riesgos, ahora más que nunca.

Rick y Vera, cada uno desde un extremo de la mesa, escuchan los argumentos con atención, pero lo hacen desde un lugar distinto al de los demás. La tensión de hace un momento todavía les late demasiado; se les nota en la forma de mirar, en lo rápido que vuelven a ponerse serios. Sus miradas se cruzan sin querer, se apartan con prisa, se encuentran otra vez de manera torpe. Ambos están desconcertados, inquietos, y no solo por saber cuál de los proyectos va a imponerse.

Voluptas, en cambio, escucha con una atención que deslumbra: los ojos muy abiertos, asintiendo aquí y allá, como si cada intervención encajara una pieza nueva de un rompecabezas fascinante.

Cuando todos terminan de hablar, se inclina ligeramente hacia delante, y San Valentín lo nota, lo siente en lo más hondo de sus entrañas. Esa sonrisa anuncia problemas.

—Pues a mí me han gustado los dos —declara, sin la menor duda—. Gustarme no… es que me han encantado.

Lo dice con una alegría transparente y casi infantil. Parece que acaba de descubrir un juguete nuevo y todavía no entiende por qué los demás no están igual de emocionados.

El entusiasmo contrasta al instante con el gesto de San Valentín, que la mira con inquietud. Han venido a revertir el efecto de las flechas. Es algo rápido y concreto pero ahora Voluptas parece haberse metido demasiado de lleno en su identidad humana y lo peor de todo es que parece encantada con ello.

—Señorita Bélos —interviene Henderson—, nos alegra que le hayan gustado ambas exposiciones, pero debemos escoger una.

—¿Por qué?

La pregunta es tan simple, tan limpia, que descoloca.

Un murmullo recorre la sala. Varias miradas se cruzan, tensas. Nadie se atreve a decir en voz alta lo que piensa: que la nueva CEO convierta esa reunión en una prueba de resistencia… o en un juego.

—Bueno… estamos aquí para eso —apunta Simmons, con un tacto que roza la súplica.

Rick y Vera salen del ensimismamiento en el que han quedado atrapados y se incorporan un poco en sus sillas. Ahora sí están atentos a su jefa.

Voluptas, por su parte, se pone en pie con un gesto decidido y camina hacia el proyector con una teatralidad que le viene de serie y de herencia. Es su manera natural de moverse por el mundo: como si todo fuera un escenario que le pertenece.

—Podemos hacer las dos —anuncia.

El murmullo sube de volumen.

—¿Las dos? —repite Monroe, incrédulo—. Eso supone duplicar rodajes, dividir equipos y asumir que vamos a trabajar al límite durante meses.

Simmons niega con la cabeza, haciendo ya cálculos mentales que no le gustan. Dos guiones completos, dos procesos creativos paralelos, dos supervisiones constantes… No es solo escribir más, es mantener coherencia y calidad en ambos proyectos.

Henderson se inclina hacia delante, haciendo números a una velocidad vertiginosa.

—Y desde el punto de vista financiero, eso implica duplicar inversión inicial, asumir más riesgo y confiar en que ambas producciones funcionen. Ahora mismo, Skyflix no está para jugar a la ruleta.

Voluptas los escucha sin perder la sonrisa. Al contrario: asiente con interés, mirando a cada uno como si estuvieran contándole algo fascinante, un montón de reglas de un juego que acaba de aprender.

—Vale —dice, casi contenta—. O sea, que lo difícil es… hacerlo bien.

Nadie responde, y esa falta de respuesta parece animarla.

—El dinero no será un problema —añade entonces, con una ligereza que hace que varias cabezas se giren de golpe—. Mi padre me ha dado total libertad para invertir en lo que crea conveniente.

Se detiene un segundo. Parpadea, y se corrige a sí misma en el acto.

—Quiero decir… mi familia. Los inversores. Confían plenamente en mi criterio.

Sonríe, satisfecha, y esa satisfacción tiene algo peligroso: no pide permiso, no negocia; decide.

—Así que podemos permitirnos apostar fuerte. Por las dos historias.

La sala queda en silencio e, incluso, San Valentín no dice nada.

El caos de las flechas es enorme, pero ver a Voluptas tan cómoda en su papel de CEO le confirma que la misión acaba de complicarse por motivos muy distintos.

8

Cuando la sala de reuniones se vacía, el eco de las decisiones pendientes se desliza por los pasillos de Skyflix. Productores, guionistas y ejecutivos se dispersan con paso rápido, hablando en voz baja, ya atrapados en cálculos de calendarios imposibles y presupuestos que no admiten un solo error.

Voluptas cruza el pasillo principal y se dirige al despacho que le han asignado. Es amplio, acristalado, con vistas abiertas a la ciudad y una mesa minimalista que todavía no siente suya. La pantalla mural permanece apagada, en espera, como si guardara la respiración.

Frente a ese despacho, al otro lado del pasillo, una puerta más discreta luce una placa recién instalada:

Hagios Valentine.

Pero San Valentín no entra, va directo al despacho de Voluptas. Cierra la puerta tras de sí y, antes incluso de llegar a la mesa, habla.

—¿Pero estás loca? —dice, dejando escapar una tensión que rara vez se permite—. ¿Por qué has hecho eso? Lo único que teníamos que hacer era revertir cuanto antes el efecto de las flechas, no poner en marcha dos proyectos de esta envergadura. Esa no es nuestra misión, Voluptas.

Ella ya está sentada en la silla giratoria del despacho de la CEO, dándose una vuelta lenta, cómoda, demasiado cómoda para lo que acaba de provocar.

—Es que yo no creo que Rick y Vera sean tan incompatibles —responde, inclinándose hacia delante—. ¿Los has visto? ¿Has visto cómo se miran? Hay algo ahí. Una tensión enorme. Una pasión que

a duras penas logran disimular. Saltan chispas cada vez que coinciden. Son puro fuego.

San Valentín se pone la mano en la frente mientras niega con la cabeza, conteniendo un suspiro que amenaza con convertirse en sermón.

—Precisamente eso es lo preocupante —replica—. Ese fuego no es real. Es el efecto de las flechas cruzadas. El error monumental de los operarios del Deseo. No es destino, no es compatibilidad, no es magia auténtica. Es… trampa.

Voluptas frunce el ceño, poco convencida, y el gesto tiene algo casi infantil: es una mezcla de disgusto y berrinche ante una norma que no le gusta.

—No se puede inventar algo así —insiste—. Esa intensidad no sale de la nada. Estoy convencida de que esos dos tienen posibilidades.

—No, Voluptas —dice él, con una paciencia cada vez más tirante —. No las tienen.

Da un paso al frente y despliega en el aire una proyección holográfica que se ordena con una precisión casi ceremonial, hasta que la luz termina por estructurarse en columnas de datos, informes cruzados y advertencias resaltadas en rojo.

INCOMPATIBILIDAD BASE: 87 %

CONFLICTO DE VALORES: 92 % (CRÍTICO)

RIVALIDAD PROFESIONAL ACTIVA: 89 %

ESTILOS DE VÍNCULO OPUESTOS: 94 %

PRONÓSTICO A MEDIO PLAZO: COLISIÓN (81 %)

RIESGO EMOCIONAL: EXTREMO (96 %)

—Esto —continúa San Valentín, señalando la lista con un gesto preciso— no es una opinión ni una intuición personal. Es el análisis completo del Departamento del Romance: compatibilidades evaluadas, escenarios simulados, proyecciones emocionales contrastadas y recalculadas. Rick y Vera no funcionan y no lo harán jamás, y lo que ahora mismo parece una conexión no existiría sin la intervención directa de la magia de las flechas.

Voluptas observa el holograma con atención, ladeando ligeramente la cabeza, más interesada que alarmada y muy lejos de la reacción que él esperaba provocar.

—O quizá —dice al cabo de unos segundos— el problema es que lleváis demasiado tiempo decidiendo qué funciona y qué no antes siquiera de permitir que suceda. Antes de darles una mínima oportunidad.

San Valentín desactiva la proyección con un gesto rápido, haciendo desaparecer esos porcentajes antes de que ella los incorpore a su propio razonamiento.

—Nuestro trabajo no es permitir que suceda —responde—, sino impedir que el caos se confunda con amor o destino.

Ella sonríe con calma, con una expresión que transforma la advertencia en desafío y, en ese instante, San Valentín lo comprende con una claridad total: Voluptas no está razonando como una ejecutiva que evalúa riesgos, sino como alguien que ha empezado a ejercer, con plena convicción, la función de Cupido; no para corregir un error, sino para empujar una unión que ahora ella ve viable y considera inevitable.

Vera no llama a la puerta.

La abre de golpe y entra en el despacho de Rick con pasos firmes, teniendo muy presente todavía lo ocurrido en la reunión. Rick alza la vista del portátil, sorprendido apenas un segundo, antes

de recostarse en la silla con una tranquilidad que consigue irritarla de inmediato.

—Tienes que retirar esa propuesta —dice ella, sin rodeos.

Rick arquea una ceja, divertido.

—¿Perdona?

—Lo que has presentado hoy. Ese… disparate. Tienes que retirarlo.

—¿Tú alucinas o qué? —responde, incorporándose despacio—. No pienso retirarla. Mi proyecto va a salvarle el culo a esta cadena. A todos, en realidad. Deberías estar dándome las gracias.

Vera deja escapar una risa breve, incrédula y cargada de enfado.

—Te equivocas. Vas a terminar de hundir Skyflix y, de paso, nos arrastrarás contigo. Esa idea tuya no puede salir bien. No en esta cadena ni en un especial como el de San Valentín.

Rick se levanta y se aproxima a ella mientras habla. Primero un paso, luego otro, sin darse cuenta de lo cerca que está hasta que el espacio entre ambos deja de ser cómodo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Vera? —dice—. Que te crees moralmente superior. Piensas que tu manera de entender el amor, las historias, la vida… es la única válida. Y todo lo que se sale de tu esquema de vida te parece basura.

Ella avanza también, negándose a retroceder.

—¿En serio? —replica—. ¿Tú me hablas de superioridad moral? Tú, que te dedicas a soltar estereotipos machistas y a despreciar a cualquiera que no encaje en tu idea de lo «interesante».

—Yo no desprecio a nadie —contesta—. Digo lo que pienso. A diferencia de ti, que te refugias en cuentos de hadas para no

enfrentarte a la realidad.

—No son cuentos de hadas —responde Vera, con la voz cargada de indignación—. Son historias de amor. De las que hacen sentir algo. De las que la gente busca cuando está cansada, sola o decepcionada. La gente quiere creer que todavía puede pasar algo bonito.

Rick la observa un segundo más de lo habitual antes de responder, y esta vez no hay burla en su expresión.

—La gente quiere lo que consume —dice—. Y ahora mismo consume otra cosa. Relaciones imperfectas, deseos incómodos, personajes que no son ejemplos morales. Despierta, Vera. Las mujeres ya no buscan príncipes azules ni promesas limpias. Buscan intensidad.

Ella niega con la cabeza, incrédula, con una tensión que ya no es solo ideológica.

—Eso es lo que tú crees. Confundes provocación con profundidad. Sexo con emoción. Espectáculo con verdad.

Rick abre la boca para replicar, pero se detiene. Hay algo en el tono de Vera que da de lleno en un lugar inesperado. No es solo enfado; hay cansancio, hay convicción, y de pronto entiende que ya no está defendiendo un proyecto. Está defendiéndose a sí mismo.

—No quiero engañar a nadie —dice, bajando la voz—. Quiero darles algo honesto. Algo que no finja que el amor siempre es amable.

—El amor no tiene que ser cruel para ser real —responde ella—. No tiene que doler para valer la pena.

Se miran.

Y, en ese silencio, Rick comprende algo que lo desconcierta más que cualquier argumento: la discusión dejó de ser profesional hace

rato. Ya no habla como productor ejecutivo, ni ella como responsable de contenido. Hablan desde un lugar demasiado expuesto para reconocerlo sin consecuencias.

Se acercan un poco más. Luego otro poco.

No hay acuerdo ni tregua, tampoco rendición. Solo una cercanía absurda para dos personas que, minutos antes, estaban a punto de despedazarse a palabras. Vera es consciente del cuerpo de Rick demasiado cerca y aprieta la mandíbula, irritada consigo misma por no dar un paso atrás.

—Sigues sin tener razón —le dice.

—Y tú sigues viviendo en una fantasía —responde él, igual de cerca—. No entiendo cómo alguien tan inteligente puede ser tan ingenua.

—No me llames ingenua.

—Entonces deja de mirarme así.

Ella abre la boca para responder, pero se queda a medio camino. No porque le falten palabras, sino porque, de pronto, es consciente de algo mucho más inquietante: no sabe cómo lo está mirando. Solo sabe que no consigue apartar los ojos.

Rick tampoco entiende qué demonios le ocurre. Nunca se ha detenido en su boca, en la forma en que respira cuando se enfada, en esa energía que siempre le ha resultado insoportable y que ahora lo golpea con una intensidad difícil de justificar.

—Esto es ridículo —murmura Rick.

—Totalmente —contesta ella.

Se quedan ahí, demasiado cerca.

Vera alza la mano para empujarlo. Rick le atrapa la muñeca antes de pensarlo, como si el cuerpo hubiera tomado la decisión por

él.

—Suéltame.

—No te estoy agarrando —dice él, con la mano todavía ahí.

Se miran. Demasiado cerca.

El tiempo se estanca lo justo para que algo ceda, apenas un milímetro. Rick frunce el ceño, descolocado, porque siente que ha perdido el control de la situación. Vera nota otra sacudida entonces, breve e incómoda, al verlo así: sin la seguridad que suele irritarla, expuesto de una forma que no esperaba.

—Te juro que te odio —dice ella, en voz baja.

—Créeme, el sentimiento es mutuo.

Y entonces ocurre.

No hay aviso ni gesto previo que lo anuncie. No hay tiempo para medir consecuencias. Un movimiento torpe, mal calculado, nacido del impulso… y sus bocas se encuentran. El choque es brusco, desorientador, fuera de lugar, más cercano a una colisión que a un beso pensado.

Vera se queda inmóvil un instante, sorprendida por la violencia del contacto. Rick también. Pero alguna especie de fuerza invisible insiste, presiona desde un punto donde la lógica ya no manda, y el beso se afirma sin ningún sentido, cargado de rabia acumulada, de tensión retenida durante demasiado tiempo y de una atracción que ninguno comprende del todo o estaba dispuesto a admitir.

No hay delicadeza al principio. Hay urgencia. Hay una necesidad mal encajada que empuja.

Rick la atrae hacia sí con una fuerza precisa, lo justo para borrar el espacio entre ambos, y apoya una mano firme en su espalda, cerrando cualquier posibilidad de distancia. Vera responde sin

pensarlo: lo abraza con la misma intensidad y le sujeta la nuca, obligándolo a inclinarse un centímetro, confirmando así, que esto, sea lo que sea, está ocurriendo de verdad.

El beso se vuelve profundo, desordenado, falto de cualquier coreografía. No hay cálculo ni cuidado. Solo una intensidad que desborda todo lo que ambos llevan años discutiendo, negando, disfrazando de principios. Rick deja escapar un sonido ahogado entre sus labios, sorprendido por la respuesta inmediata de su propio cuerpo, por lo fácil que resulta perder el equilibrio cuando ella está tan cerca. Vera siente algo distinto en el pecho, un estremecimiento que no se parece a nada que haya conocido antes, ni siquiera a las escenas que siempre creyó entender desde fuera.

Porque esto no es una imagen construida a base de guiones perfectos.

Es calor real, respiraciones que se rompen, manos que buscan sin negociar y un deseo que no se justifica. Es impulso sin filtro. Es todo lo que no debería estar sucediendo entre ellos y, sin embargo, ocurre.

Durante unos segundos —demasiados y, al mismo tiempo, insuficientes— el mundo se reduce a eso: bocas que se reclaman con torpeza, cuerpos que reaccionan antes de que la cabeza consiga intervenir y la certeza inexplicable de estar cruzando una línea que ninguno reconoce como propia.

Cuando se separan, lo hacen de golpe.

No hay pausa ni gesto cómplice. Hay un paso atrás casi inmediato, aire recuperado a trompicones y miradas que se esquivan antes de volver a encontrarse, cargadas de incredulidad.

Rick parpadea, descolocado, porque nada de lo que acaba de suceder le encaja. Vera se lleva una mano a los labios sin darse cuenta, todavía alterada, con el pulso desbocado y una pregunta golpeándole la cabeza con insistencia.

Se miran y no hay sonrisas que siguen a un beso. No hay alivio ni complicidad.

Solo desconcierto y una pregunta inquietante: ¿Qué coño acaba de pasar?

9

—He besado a Vera Clayton —le suelta Rick a Jimmy, sin preámbulos, en cuanto se sientan.

Están en la cafetería de siempre, la que queda a dos manzanas de Skyflix y a años luz del resto del mundo cuando Rick necesita que alguien le diga una verdad, incluso cuando duele. A él le pilla de paso; a Jimmy, en cambio, le pilla «perfectamente», porque Jimmy ha decidido que su crisis creativa se combate con caminatas interminables, cafés caros y la convicción firme de que la inspiración es una amante caprichosa a la que hay que perseguir sin dignidad.

Jimmy se queda con el vaso a medio camino. Lo mira como si acabara de confesar que él mató a Kennedy y parpadea una sola vez.

—Perdona… ¿has dicho que has besado a Vera Clayton?

Rick le sostiene la mirada con gesto serio.

—Sí.

—Vale. —Jimmy deja el vaso sobre la mesa con calma—. Solo quería asegurarme de que he oído bien y de que no era el universo tomándome el pelo.

—No es ninguna broma.

—Entonces, para resumir —continúa Jimmy—: ¿has besado a la estirada, mojigata y puritana compañera a la que no soportas?

La pregunta le parece tan graciosa que casi se aplaudiría solo, sin embargo a Rick le molesta aunque no entienda muy bien el motivo.

—No la llames así, ¿vale?

Jimmy Klingstein, reputado escritor de *thrillers* y especialista en ganar discusiones sin despeinarse, su amigo desde la infancia, se queda observándolo, sin prisa por reaccionar. Luego saca el móvil, abre el chat con Rick y, sin pedir permiso, reproduce el último audio de dos días antes.

—Esa tía es una estirada, mojigata y puritana. No la soporto —se escucha, bajito, con la voz inconfundible de Rick.

Este cierra los ojos un segundo. No le molesta haberlo dicho; lo que le irrita es que su amigo tenga siempre el archivo listo, clasificado y esperando su momento.

—Tienes demasiado tiempo libre —murmura—. ¿Por qué no buscas una nueva saga y me dejas en paz?

Jimmy se anima al instante, y lejos de ofenderse, parece que se le haya encendido una bombilla.

—Estoy en ello, Ricky. De hecho, estoy trabajando en una escaleta para mi próxima saga, verás…

—Para, tío —lo corta Rick—. Estábamos hablando de mí. ¿Recuerdas?

—Tienes razón —concede Jimmy, fingiendo una dignidad que ahora mismo no tiene—. Además, es mentira. No tengo ninguna buena idea… todavía. Pero sí puedo tener una teoría sobre Vera Clayton y tú.

Rick suspira, ya resignado.

—No, por favor. Otra de tus teorías no.

—Sí. Es mi café y mi derecho constitucional. —Jimmy se inclina hacia delante—. A ver: Vera Clayton es… todo eso que dijiste. O eso creías que era, claro. Pero…

Rick guarda silencio un instante; conoce demasiado bien esa pausa.

—¿Esa frase tiene un final? —lo apremia.

Jimmy no tarda ni medio segundo.

—Pero está buena, ¿no?

—Joder, Jimmy —resopla Rick—. No es solo eso. Es… no sé lo que es. La conozco desde hace años, pero nunca la había visto de esta manera.

—Es curioso —dice Jimmy, encantado de escucharse—, porque esa tía lleva años estando buena. De hecho, mejora con el tiempo. Es de esas personas que no se desgastan. Resulta casi ofensivo.

—No tiene nada que ver con el físico —insiste Rick, más serio—. Y por mucho que a todo el mundo le encante esa fama que me han colgado, tú sabes que no es lo único en lo que me fijo.

—Lo sé, amigo —responde Jimmy, con una condescendencia de años de amistad, mientras le da una palmada en el hombro—. Y me parece precioso. Extraño, pero precioso.

Rick le aparta la mano sin mirarlo, todavía demasiado metido en sus propios pensamientos.

A su alrededor, la cafetería bulle: gente que entra, gente que sale, pedidos cantados en voz alta, el sonido de la taza de café al depositarla sobre la mesa. Un día cualquiera en Los Ángeles, con su ruido habitual y su coreografía automática. En su mesa, en cambio, se percibe un silencio incómodo que Rick no sabe muy bien dónde colocar.

Jimmy interviene con seguridad, la que siempre aparece cuando cree haber entendido algo antes que los demás.

—Eso es que llevas demasiado tiempo soltero. Y, en el fondo, eres un romántico empedernido. Desde que te dejó Elizabeth no has vuelto a levantar cabeza.

Rick gira el rostro hacia él, cansado de una conversación que ya han tenido más veces de las que quiere recordar.

—Lo de Elizabeth es agua pasada. Lo tengo superado.

Jimmy alza una ceja y se toma un segundo antes de responder.

—¿Sí? Porque, desde entonces, no has tenido una relación sana con nadie.

—Claro que sí. Estuve con… —Rick se pone a pensar, buscando el nombre—. Estuve con Hailey. Casi dos meses.

—Esa chica era tóxica, tío —replica Jimmy—. Me dio miedo por ti, te lo juro. Te hablaba como si fueras su cuenta bancaria, y tú encima le sonreías. Parecías un anuncio de tarjeta de crédito.

Rick no responde. En ese momento, una mujer pasa junto a su mesa camino de la barra y Jimmy la sigue con la mirada durante un segundo, por pura inercia, antes de volver a centrarse en él.

—¿Y Margot? —pregunta Rick.

—Margot estaba muy bien, sí —concede Jimmy—, pero ya te dije que, cuando todavía era tu novia, me tiró los tejos a mí justo después de que publicara mi última novela. Pensó que iba a convertirme en un *bestseller*. El amor, según Margot, era una estrategia de *marketing*.

Rick se queda mirando su capuchino, buscando en el remolino de espuma una explicación que no llega. En otro universo —uno más generoso— no habría pagado tantas cenas carísimas para coleccionar conversaciones vacías.

—Vale. Puede que no tenga suerte con las mujeres —admite al fin, de mala gana.

Jimmy asiente, satisfecho, pero no se burla. Baja un poco la voz y el gesto le cambia, no porque deje de ser Jimmy, sino porque decide tomárselo en serio.

—Y puede que, además, estés eligiendo mal. Porque todas esas chicas con las que sales… no son tu tipo.

—Esas chicas son el tipo de todos, colega —se defiende su amigo soltando un bufido—. ¿Estás ciego o qué?

—No, Rick. Estoy bastante bien de visión —dice Jimmy, haciendo una pausa antes de continuar—. Mira, lo que voy a decir puede volverse en mi contra en algún momento de nuestra amistad, pero tengo que soltarlo.

Rick lo mira con recelo.

—¿Vas a citarte a ti mismo?

—Todavía no. Dame diez minutos.

Jimmy se inclina hacia delante, dispuesto a soltar una confesión con más dramatismo del estrictamente necesario.

—Esas chicas eran demasiado jóvenes para ti. Y no hablo solo de edad —continúa—. Hablo de energía. De expectativas. De profundidad. Sé que Elizabeth te marcó y que, desde entonces, has buscado justo lo contrario: relaciones sin compromiso, chicas con las que pasar el rato sin futuro, sin riesgo… sin nada que pudiera volver a romperte. Pero tú no eres así. Nunca lo has sido.

Rick hace el amago de interrumpirlo, pero Jimmy no le da espacio.

—Tú eras el más cursi del grupo. El de las flores, el de los detalles, el que nos dejaba fatal al resto porque, mientras nosotros

fingíamos que no nos importaba nada, tú ibas en serio. Y luego te partieron en dos. Elisabeth te rompió Así que te hiciste el duro. Te colgaste esa reputación y la has mantenido porque es más fácil que reconocer que sigues siendo ese tipo. El problema es que, desde entonces, has estado buscando justo lo contrario de lo que te gusta.

—Lo que no me gusta es lo que ella me hizo sufrir —dice—. El daño que me hizo. No quiero volver a sentirlo, ¿entiendes?

Jimmy lo observa un instante. Se apiada de su amigo y deja la broma aparte, consciente de la seriedad del momento.

—Te entiendo. De verdad —responde—. Pero entonces cura esa herida de una vez. Ciérrala. Y vuelve a intentarlo. La gente se cae, se levanta y sigue. Tú, en cambio, llevas años viviendo con la sensación de que el amor es un juicio del que tienes que salir absuelto.

Rick da un sorbo a su capuchino, dejando que las palabras se asienten. Y aunque no quiere admitirlo, sabe que hay verdad en ellas. Cuando Elizabeth lo dejó plantado en el altar, algo se cerró dentro de él. Algo que, desde entonces, no ha terminado de encajar.

—Lo de Elizabeth está completamente cerrado, Jimmy —le contesta bajando la vista—. En serio.

Luego se queda inmóvil, con la taza detenida a medio camino. Entonces Jimmy remata, sin dramatismo.

—Pues déjame decirte, que por lo que me has hablado de esa chica, Vera Clayton es lo que siempre has estado buscando.

Vera abre la puerta de su apartamento y entra sin encender la luz.

Deja el bolso en cualquier sitio, se quita los zapatos de manera descuidada y va directa a la cocina. Coge un vaso, lo llena de agua y se lo termina de un trago. Vuelve a llenarlo. Esta vez bebe despacio,

apoyada en la encimera, con la mirada fija en el punto donde la pared se encuentra con el mueble.

Entonces lo ve. Christian está ahí.

No habla. No interviene. Permanece presente con una atención intimidatoria que a Vera le resulta molesta y un poco inquietante. Siente esa mirada y le irrita, sin saber muy bien el motivo, porque tiene la sensación de estar siendo juzgada.

—No empieces, ¿vale? —murmura, sin mirarlo—. Hoy no estoy para sermones.

Apura el último sorbo y deja el vaso sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

—Sí. He besado a Rick Winterlow —añade como una confesión —. Al idiota de Winterlow. Y no me mires así, porque no tengo ni idea de por qué lo he hecho.

Por fin se gira y lo señala con el dedo.

—Es la verdad, no tengo ni idea.

Christian sigue sin decir nada y eso consigue enfurecerla un poco más.

—Vale, sí. —Vera se pasa una mano por el pelo—. Me atrae. ¿Contento? Ya está. Lo he dicho. Me atrae. Y no debería, porque es insoportable, narcisista, egocéntrico, cree que siempre tiene razón y va por la vida convencido de que todo gira a su alrededor. Y, aun así…

Se interrumpe, cierra los ojos y aprieta los labios.

—Y, aun así, siempre me ha pasado algo con él.

Camina hasta el salón, coge el mando y enciende la televisión. Pone *Primeview*, la cadena de la competencia, y el salón se llena con esa luz limpia y artificial que vuelve todo un poco más falso. Navega

sin prestar demasiada atención hasta detenerse en una película romántica de temporada: *Navidad en Evergreen Falls*. Pulsa reproducir.

—No digas nada —advierte—. Hoy no, por favor.

Christian obedece. Se queda quieto, a una distancia prudencial y dejándole el espacio que Vera cree necesitar pero, que al mismo tiempo, le resulta irritante.

—No hace falta que te pongas tan educado —resopla mirándolo de reojo.

Christian no se inmuta ante el comentario y sigue en su lugar, sin invadir ni presionar.

—Todo el mundo piensa que soy una mojigata. —dice, dejando la frase en el aire—. Rick el primero, por supuesto. Cree que, por defender historias románticas de pueblo pequeño y finales felices, soy incapaz de desear nada más. Que no sé lo que me gusta o que no puedo divertirme.

Se deja caer hacia atrás en el sofá y estira el brazo hacia la mesa. Coge la botella de agua, da un trago largo y la deja de nuevo en su sitio antes de soltar un suspiro que suena a cansancio.

—¿Sabes lo irónico? Que Alfred era infinitamente más aburrido que cualquier cosa que haya salido de mi cabeza. Era correcto, previsible y seguro. —Hace una mueca—. Sexo programado, conversación educada y cero riesgo. Eso sí que era un drama.

Christian inclina ligeramente la cabeza.

—No, no me mires así —le dice—. No estoy diciendo que quiera caos. Estoy diciendo que no soy de piedra. Y que no todo es blanco o negro. Hay todo un espectro de grises.

En la pantalla, la protagonista de la película tropieza con un tipo atractivo en una librería decorada con luces navideñas. Vera resopla

y niega con la cabeza.

—¿Ves? —añade, señalando el televisor—. Esto es lo que la gente quiere ver. Pero lo que ese tío quiere rodar… eso no. No puedo con ello. Un asesino, mafioso. Un tipo con máscara, látigos, humillación, violencia… y encima venderlo como romance. ¿En San Valentín? ¿En *prime time*?

Sigue hablando, cada vez más alterada, ante la atención constante de Christian.

—Y luego están esas novias con las que siempre se ha presentado a las cenas de empresa. Modelos perfectas sacadas de un catálogo de *Victoria's Secret*. Superficiales. Como él.

Entonces se toma un segundo antes de añadir:

—Señor Grey, ¿puedes ayudarme con esto?

Christian levanta la cabeza al escuchar su nombre completo y se acerca a ella sin prisa. Roza la pierna de Vera, se sube al sofá con la elegancia de quien se sabe dueño del lugar y le empuja la mano con la frente.

Entonces ronronea.

—Gracias.

Vera deja caer la mano sobre su lomo y le acaricia la cabeza sin pensarlo, de manera automática.

—Vale. Sí —admite, más bajo—. Tú también atabas a Anastasia. Y tenías tus cosas raras. No voy a negarlo.

Christian parpadea despacio, atento.

—Pero no la matabas, ¿verdad? —continúa ella, inclinándose un poco hacia él—. No la humillabas para luego convertirlo en espectáculo. No pretendías venderlo como amor perfecto en horario familiar de máxima audiencia.

Suspira, cansada incluso de su propio discurso.

—Ya lo sé. —Niega con la cabeza—. Suena hipócrita. Mucho. Criticarlo a él mientras yo… —hace un gesto vago— leo cosas peores antes de dormir.

Christian ronronea, imperturbable.

—Pero no lo soporto —insiste—. No soporto esa seguridad suya. Esa manera de hablar como si todo fuera sencillo. Como si el deseo no tuviera consecuencias.

Vera calla un instante, con la mirada fija en la pantalla pero sin verla.

—Es… —Se queda a medio camino y cierra la boca un instante —. No sé qué me ha pasado esta tarde, te lo juro. No sé en qué momento he dejado de pensar.

Christian levanta un poco la cabeza.

Vera lo mira entonces un segundo más de lo habitual. Se acomoda sobre el respaldo del sofá, como recolocándose por dentro, y deja que el aire le baje hasta el pecho antes de hablar. La firmeza llega tarde, sí, pero llega: no es un muro, todavía no, más bien una línea que decide no cruzar hacia atrás. Y aun con esa fragilidad vibrándole en la garganta, le basta para mantenerse en su idea y decirlo.

—Lo de hoy no va a volver a suceder nunca más.

El gato no se inmuta. Se limita a acomodarse mejor contra su muslo con una tranquilidad absoluta.

—No me mires así —resopla Vera.

En la pantalla, los protagonistas de *Navidad en Evergreen Falls* se besan bajo una lluvia de luces cálidas. Vera baja la mirada un segundo y, sin querer, el recuerdo del beso de Rick vuelve con una

nitidez incómoda: torpe, intenso, imposible de colocar en ninguna de las categorías que suele manejar con soltura.

Inspira hondo.

—Nunca más —repite, esta vez con la esperanza de que suene a verdad.

Christian responde con un ronroneo lento y constante, instalado ya en una comodidad que no admite discusión. Vera se queda mirando la pantalla un segundo más de la cuenta, convencida de que ese «nunca más» es definitivo y no admite ninguna excepción.

10

El milagro de quererte es el título provisional que le han encasquetado a la película de Vera.

Al final, después de mucha negociación, el equipo creativo, junto con la junta directiva, los ejecutivos y la nueva CEO de la cadena, deciden que, en vez de rodar dos miniseries, producirán dos películas cortas: no más de noventa minutos cada una. Así, al menos sobre el papel, hay margen para que salgan las dos sin que la plantilla muera en el intento.

La semana pasa volando entre ajustes de guion, elección de reparto y búsqueda de localizaciones. Para el resto del personal —vestuario, arte, decorados— es directamente una carrera contrarreloj: llamadas que se encadenan, pruebas que se solapan, telas que llegan tarde, listas que se reescriben a cada hora, y la sensación constante de que todo pende de un hilo.

Empezar con la de Vera resulta una decisión fácil. La mayoría del vestuario y los decorados son reutilizables; es el tipo de producción que ya tiene antecedentes y suficiente material almacenado. El guion, por muy exigente que sea desde un enfoque emotivo, es mucho más sencillo en ejecución y están acostumbrados a rodar este tipo de películas todos los años.

Rick tiene sus problemas con eso. Siempre anticipando lo peor, está convencido de que, cuando llegue el momento, ya no quedará tiempo para su película y la cadena se conformará con el mismo producto de todos los años: luces cálidas, nieve falsa y un beso en el minuto ochenta y ocho.

Por otro lado, las cosas entre él y Vera han estado… latentes.

Por supuesto, el beso no trasciende. Se evitan como dos imanes con el mismo polo: se detectan a distancia y, en cuanto el otro aparece, algo los empuja en dirección contraria. Apenas coinciden, ni en los despachos ni siquiera en los pasillos de Skyflix.

Pero esta vez la presencia de Rick es imprescindible. Y, como era de esperar, las chispas vuelven a saltar en cuanto comparten oxígeno.

Los jóvenes actores encargados de interpretar a los protagonistas de la historia de Vera no dan crédito a la escena de la que son testigo. Desde fuera, los gritos, los reproches y algún insulto cruzan el plató como si formaran parte del guion, aunque nadie les ha explicado dicha escena.

Mientras tanto, Voluptas observa las peleas desde su posición privilegiada de CEO de la cadena, disfrutándolas con el entusiasmo de quien ha conseguido entradas para el mejor espectáculo de la temporada. Al otro lado de la mesa, la paciencia empieza a agotarse.

Con cada minuto que pasa, la certeza se hace más sólida: esa combinación —Rick y Vera, deseo y resistencia, orgullo y atracción mal gestionada— puede acabar exactamente como el título de la película que rodarán después de *El milagro de quererte*: *San Valentín mata dos veces.*

El título provisional que Rick propuso para su película, concebido para provocar, ahora empieza a funcionar como diagnóstico. Lo que San Valentín observa —discusiones que escalan demasiado rápido, una atracción que no se disimula bien, orgullo y resistencia alimentándose mutuamente— le confirma que una flecha cruzada, cuando cae sobre dos personas tan incompatibles, no se limita a alterar el ambiente: puede convertirse en un problema serio.

Y con esa certeza ganando a cada momento más fuerza, San Valentín entiende que ya no puede limitarse a mirar.

El mensaje llega al final de la jornada, cuando el equipo se dispersa y el cansancio se instala en cada gesto.

Citación: despacho de Hagios Valentine. Inmediato.

Rick y Vera lo leen casi al mismo tiempo. Nadie comenta nada. Nadie pregunta «por qué». No hace falta: el motivo ha sido perfectamente audible para medio estudio y para los santos patrones del estrés corporativo.

El despacho de Hagios Valentine es sobrio, pulcro, excesivamente ordenado para el caos que ha tenido que contener últimamente. Los espera detrás de la mesa con una expresión que intenta mantenerse profesional, aunque ya roza la resignación.

—Como sabéis —empieza, con las manos entrelazadas sobre la mesa y la voz medida—, una de mis funciones en Skyflix es mediar en conflictos laborales, facilitar la convivencia entre equipos y evitar que las tensiones personales deriven en problemas profesionales.

Los mira a los dos, evaluando sus reacciones con calma. Desde fuera, la escena podría confundirse con la de un director de instituto mediando entre dos alumnos enfrentados.

—Y sinceramente, en todos mis años dedicándome a esto, nunca había visto una animadversión tan clara entre dos compañeros.

Rick se adelanta un poco en la silla, dispuesto a replicar, mientras Vera ajusta la postura con la misma firmeza para no ceder terreno. Hagios Valentine, en cambio, se limita a mirarlos, atento a un enfrentamiento que ya no parece tener un origen claro.

—Esto no es el patio de un colegio —prosigue—. No estamos aquí para medir quién tiene más ego o quién grita más fuerte. Sois profesionales brillantes… pero, por lo que he observado en el poco tiempo que os conozco, os comportáis como dos adolescentes incapaces de estar en la misma sala sin convertirlo en un duelo.

Se inclina ligeramente hacia delante, sin perder el tono, pero endureciendo el mensaje.

—Y si no sois capaces de separar lo personal de lo profesional, os aseguro que el problema no va a ser el rodaje. Va a ser vuestra continuidad en este proyecto.

Deja unos segundos para que los dos digieran sus palabras. Luego, como si recordara de pronto un detalle menor, carraspea y baja la vista hacia una carpeta antes de volver a mirar a Rick.

—Ah, por cierto… Rick. El título de tu película.

Rick alza una ceja, fingiendo inocencia.

—¿Qué pasa con el título?

San Valentín tarda un segundo en responder. Ese segundo lo dice todo: incomodidad, prudencia, y una pizca de irritación elegantemente empaquetada.

—Quizá podríamos… afinarlo un poco —dice al fin—. *San Valentín mata dos veces* no es exactamente… el tipo de concepto que encaja bien con cierta sensibilidad institucional ni con el espíritu romántico que esta plataforma intenta proyectar.

—De eso se trata, ¿no? —replica Rick—. Mi idea es esa: provocar, dar que hablar, incluso herir ciertas sensibilidades. Es justo lo contrario a *El milagro de quererte* y…

—Es solo una sugerencia —lo corta, con una cordialidad impecable que no deja espacio a la réplica—. En cualquier caso, si el comité lo aprueba, no hay más que hablar.

Vera y Rick salen del despacho de Hagios Valentine todavía con el cuerpo en guardia, sin haberse sacudido del todo la bronca. No se miran, porque no hace falta: ambos saben que cualquier gesto de más sería imprudente delante del nuevo responsable de Recursos Humanos… y delante de cualquiera que pudiera estar observando.

Cruzan la zona de despachos con paso firme, casi demasiado rápido. Saludan a quien se les cruza con sonrisas profesionales, de esas que se sostienen por educación y se apagan en cuanto pasan de largo, acompañadas de algún «hola» automático y de un leve asentimiento de cabeza. Nadie se detiene. Nadie pregunta. En Skyflix, cuando dos jefes caminan así, lo sensato es hacerse a un lado y no interponerse en su camino.

Vera no frena al llegar al pasillo que conduce al plató. Rick mantiene el paso, lo bastante cerca para notarla, lo bastante lejos para no tocarla.

El bullicio del rodaje los recibe de golpe: voces que se solapan, indicaciones técnicas lanzadas al aire, focos encendidos y figurantes esperando su turno. Todo se mueve, todo parece avanzar con una eficacia casi coreografiada, bajo una sensación de control que solo es aparente.

Vera se detiene de pronto y se gira lo justo para que la oigan quienes están cerca.

—La actriz no está cómoda con el vestido de la escena de la chimenea —dice, ya en modo productora ejecutiva—. Voy a buscarle otra opción.

Nadie lo discute porque no hay necesidad de hacerlo. Entonces ella se desvía hacia el almacén de vestuario sin mirar atrás.

Entra y cierra la puerta tras de sí. El ruido del plató queda amortiguado, distante, como si alguien, de pronto, hubiera bajado el volumen del mundo. El almacén es amplio y meticuloso: hay percheros repletos de abrigos, vestidos ordenados por gamas de color, cajas apiladas con etiquetas escritas a mano. Todo responde a una lógica precisa. Todo parece bajo control.

Justo lo que ella necesita en estos precisos momentos.

Apoya las manos en la mesa central y cierra los ojos un instante. Respira hondo, intentando recuperar ese control que Rick le ha arrebatado, pero el pensamiento vuelve con una insistencia cruel: no debería haber pasado. Nada de eso debería estar pasando.

—¿Has visto lo que has conseguido?

La voz de Rick suena a su espalda. A Vera le sorprende pero no se gira.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta, mirando a la mesa—. ¿Por qué me has seguido?

Rick avanza un paso dentro del almacén y la puerta termina de cerrarse tras él.

—Esto… no… no deberíamos… —empieza, sin encontrar el orden de las palabras—. La situación puede…

Vera se vuelve de golpe y lo atraviesa con la mirada.

—¿Vas a terminar alguna de esas frases, Winterlow? ¿O pretendes que adivine cuál es la próxima estupidez que va a salir de tu boca?

Rick pone cara de pocos amigos.

—¿Por qué me insultas?

—¿Insultarte? —Vera deja escapar una exhalación áspera—. Eso no es un insulto. Es una constatación. Un insulto es el guion que estáis cocinando Simmons y tú.

—¿Lo has leído? —responde él, arqueando una ceja—. Entonces te ha dado por interesarte. Qué sorpresa.

—No es interés —replica ella—. Es supervivencia. Solo quiero saber cuándo voy a tener que empezar a buscar otro trabajo.

Le da la espalda y se pone a rebuscar entre los percheros, separando vestidos, rozando telas, revisando etiquetas sin leerlas de verdad. Sus movimientos son metódicos, casi automáticos, y Rick lo entiende enseguida: no está buscando nada en concreto. Solo está buscándose una excusa para no mirarlo.

—El beso del otro día… —dice él.

—Fue un error —se apresura a aclarar Vera girándose de golpe —. Y no volverá a pasar.

—Por supuesto que fue un error —responde Rick, con una carcajada incrédula—. ¿Qué te has creído? ¿Que quiero repetir algo así? He tenido hasta pesadillas durante toda la semana.

Vera entrecierra los ojos.

—Perdona… ¿Estás insinuando que mis labios te han provocado pesadillas? No me hagas reír, por favor.

Rick da un paso hacia ella, sin darse cuenta.

—Insinuando no, bonita —dice—. Lo estoy afirmando. Pesadillas de las peores que recuerdo.

De nuevo, y de una manera tan inevitable como inexplicable, se acercan hasta quedar a escasos centímetros.

Lo peor es que ambos intuyen perfectamente cómo va a acabar aquello. Justo de la forma en la que han jurado —con más orgullo que convicción— que no volvería a suceder.

Y lo peor es que no pueden evitarlo.

Sus cuerpos se aproximan empujados por una fuerza que no controlan, externa, inevitable. La resistencia dura lo justo para fingir que todavía hay elección, mientras el espacio entre ambos no ha desaparecido del todo. Lo intentan. De verdad que lo intentan. Pero ese impulso termina imponiéndose siempre.

Las supuestas pesadillas de Rick se cumplen al instante.

Los labios de Vera —cálidos, firmes, sorprendentemente suaves — lo envuelven y lo desarman con una precisión cruel. No hay duda, ni torpeza, ni titubeo. Solo un beso que lo eleva y lo deja sin aire.

Ha dicho que había tenido pesadillas con sus labios.

Ha mentido. Como un bellaco. Brutal y descaradamente.

Porque desde la semana pasada, desde el segundo exacto en que la besó por primera vez en su despacho, no ha dejado de pensar en ese momento. Despierto. Dormido. Todo ese tiempo con la sensación, cada instante que pasa sin tocarla, de que algo le falta sin ser consciente de qué.

Por las noches, Vera regresa una y otra vez, ocupando su mente de una manera que no admitiría jamás.

Y no hay nada de pesadillas en eso.

Al contrario. Son sueños dulces e intensos, marcados por el recuerdo claro del sabor de sus labios. Sueños que no se quedan en la sugerencia, que avanzan hacia lo explícito y le llenan las noches de un deseo constante, incómodo, difícil de ignorar. También lo hacen sentir débil.

Vera lo atrae con fuerza por la nuca, sin delicadeza y sin pedir permiso. Durante un instante ninguno de los dos piensa; se limitan a sentirse, a reconocerse en la urgencia del contacto. Rick responde al momento, rodeándola por las caderas y acercándola sin dejar espacio para la duda, para la cordura, para nada que no sea ese instante.

Se besan apoyados contra una mesa de *atrezzo,* desplazando cajas, haciendo que un perchero se balancee peligrosamente a su lado. Las telas rozan la piel, las prendas se interponen y estorban, las manos buscan sitio sin encontrarlo nunca del todo. El almacén se transforma en un escenario improvisado de urgencia y necesidad.

Todo ocurre rápido. Demasiado rápido y demasiado intenso.

El beso se rompe solo para volver a empezar, más torpe, más profundo, con la necesidad casi desesperada de comprobar que aquello está sucediendo de verdad. Vera tropieza contra los percheros. Rick la sigue. Ella vuelve a atraparlo por la nuca. Él la sostiene con firmeza, incapaz de concebir la idea de soltarla.

No hay palabras.

No las necesitan.

Solo el sonido de respiraciones aceleradas, de telas arrugándose bajo manos impacientes, de dos cuerpos que han dejado de fingir que pueden controlarse.

Y llega lo inevitable.

El deseo y la necesidad toman el mando y apartan sin miramientos a la cordura, a la lógica, a cualquier resto de prudencia.

Lo sensato sería separarse. Apartarse ahora mismo. Volver cada uno a su puesto de trabajo con la dignidad mínimamente intacta. Fingir que esto —otra vez— no ha sucedido. Convencerse de que pueden cruzarse en un pasillo sin que el cuerpo reaccione o recuerde y prometerse no repetirlo nunca.

Pero la cordura los abandona sin miramientos. Los deja solos, a la deriva y rendidos al deseo.

—Vera —dice Rick, apartándose apenas lo justo para recuperar el aire—. ¿Qué coño estamos haciendo?

Ella lo mira con los labios entreabiertos, el pulso desbocado y el cuerpo en llamas bajo la ropa. En sus ojos no hay vacilación. Solo una necesidad urgente, imposible de disimular.

—No tengo ni idea —responde—. Pero ahora ponte un condón y fóllame.

La frase rompe el último hilo de contención y la urgencia regresa con una fuerza brutal. Cualquier resto de razón —si es que la hubo en algún momento— desaparece de la estancia.

Rick la levanta sin esfuerzo y la sienta sobre la mesa de *atrezzo*. La madera aguanta. Todo parece aguantar excepto ellos. Le sube la falda con manos impacientes, le abre las piernas y se acerca sin margen para la duda ni para el arrepentimiento. Vera se aferra a sus hombros, lo atrae con una fuerza que no admite discusión.

El primer movimiento es brusco. Profundo. Preciso.

Ambos gimen al mismo tiempo, un sonido bajo y entrecortado que se pierde entre percheros que se balancean, bufandas que caen al suelo y máquinas de nieve artificial vibrando a su alrededor. Rick se mueve empujado por algo que no controla demasiado bien mientras Vera marca el ritmo con el cuerpo, lo acompaña, le exige, le clava las uñas en la espalda sin preocuparse por las consecuencias.

Y, al igual que el beso, el sexo llega demasiado rápido y demasiado intenso.

Las respiraciones se mezclan, el sudor se acumula, la ropa estorba, cae a medias, deja de importar. No hay caricias suaves ni promesas. Solo hay urgencia, hambre y una necesidad primaria que arrasa con cualquier pensamiento coherente.

Y cuando ambos llegan al orgasmo, lo hacen sin aviso y sin palabras.

Rick apoya la frente contra la de Vera, todavía encerrados en el cuarto de *atrezzo*, entre restos de telas y complementos. Ella mantiene los ojos cerrados; no por pudor, sino porque abrirlos ahora exigiría una claridad para la que no está preparada. Lo que queda entre ellos no ofrece alivio: pesa, incomoda, reclama respuestas que ninguno tiene.

Se separan despacio, con una cautela impropia de lo que acaba de pasar, conscientes de que cualquier movimiento puede volver evidente algo que todavía no saben cómo afrontar.

Fuera, el rodaje continúa. Voces que se cruzan, risas, indicaciones técnicas lanzadas al aire. La maquinaria sigue funcionando.

Dentro del almacén, en cambio, algo ha cambiado de forma irreversible.

Y cuando por fin se miran, lo hacen de otra manera, con una atención nueva, sin saber en qué punto exacto todo dejó de ser como antes.

11

—He tenido sexo con Vera Clayton.

Jimmy se queda inmóvil. Literalmente inmóvil. La taza se detiene a medio camino de sus labios, como en una de esas películas en las que el tiempo se congela justo antes de que alguien diga algo que lo cambia todo.

—¿Qué cojones? —exclama, con los ojos muy abiertos.

—Eso pienso yo.

La misma cafetería. La misma mesa de siempre. Apenas una semana de diferencia y, aun así, todo parece haber perdido su ritmo habitual.

Jimmy deja la taza en el plato despacio, y en ese gesto Rick entiende que le esperan muchas explicaciones.

—No puedo creerlo. De verdad. —Luego sonríe, encantado—. Voy a dejar el *thriller*. Me paso a la novela romántica, joder. Contigo tengo material para dos sagas completas y un *spin-off* navideño.

—¿Romántica? —resopla Rick—. ¿Qué tiene eso de romántico? Si acaso erótico. Fue… intenso.

—No me jodas, tío. — Jimmy abre todavía más los ojos—. Cuéntame. Y no te dejes ni un solo detalle jugoso, húmedo, caliente…

—En serio, Jimmy —lo corta—, recuérdame por qué somos amigos, porque a veces se me olvida.

—Precisamente por esto, idiota. —Se recuesta en la silla—. Porque solo quedamos nosotros y todos nuestros amigos están

felizmente casados. Al menos eso dicen. Además, Mark, Diego y Vincent tienen ya un niño cada uno… que yo recuerde. —Se queda pensativo—. Y creo que la mujer de Alan vuelve a estar embarazada.

—¡No jodas! —Rick alza la vista—. ¿Cuándo ha pasado eso? ¿Es que no tienen televisión en casa?

Jimmy abre la boca para responder… y se detiene.

—Vale. Esa expresión se ha quedado anticuada. La televisión hoy en día es tan aburrida que… —Se interrumpe al darse cuenta de qué es a eso precisamente a lo que se dedica su amigo—. Bueno. Tú ya me entiendes.

—Sí. Ya… —murmura Rick.

—La cuestión es que soy el único amigo soltero que te queda —continúa—. Así que reza para que no me eche novia formal y te quedes tú solito, colega. Te veo apuntándote a clases de baile de salón para conocer solteras y divorciadas.

—¿Eso se lleva?

—Muchísimo. Ríete tú de Tinder —dice—. Ahora la gente usa Hinge, Raya… lo sofisticado. A ti es posible que te admitieran en Raya, por lo de trabajar en televisión y eso… Pero las solteras de verdad están en esos estudios de baile. Y los profesores que no son *gays*, te aseguro que se ponen las botas.

—¿En serio?

—Sí. El problema es que después de acostarse con ellas, se quedan sin alumnas, no tienen muy claro lo de «donde tengas la olla, no metas la polla» y… —Se detiene— bueno. ¿De qué estábamos hablando?

Rick lo mira, imperturbable.

—De Vera Clayton.

—Ah, sí. —Jimmy se inclina hacia delante, con una sonrisa cargada de intención—. Cuéntame. ¿Cómo es la mojigata en la cama? ¿De las que te hacen firmar un consentimiento para tocar según qué sitios? —Alza las cejas—. ¿O es solo fachada y luego te deja… jugar?

—Jimmy… —le advierte.

—¿Qué?

—No pienso darte ningún detalle. Y deja de hacer gestos, en serio. —Rick le coge la mano para bajarla—. La gente te está mirando.

—Vale, vale. —Se rinde—. Entonces no me cuentes los detalles. Dime solo qué pasó.

—Te lo acabo de decir. Nos acostamos, pero no en una cama. —Rick traga saliva—. En el almacén de vestuario y *atrezzo*.

Jimmy silba, impresionado.

—¡Toma ya! Sexo en el trabajo. No me extraña que Skyflix esté en la quiebra, joder.

—Tío, por favor —continúa Rick, negando despacio—. Dime qué me pasa. No me entiendo ni yo. Desde que nos besamos no he podido quitármela de la cabeza y ahora… —Alza la mirada— ¿Qué crees que me pasa ahora que nos hemos acostado? Estoy desesperado.

Se cubre la cara con las manos. El gesto no es teatral, sino cansado, casi derrotado.

Jimmy deja de sonreír al instante y se incorpora en la silla. Esta vez no hace ninguna broma. Sabe que su amigo necesita una respuesta.

Vera, entretanto, da vueltas por su apartamento como una peonza. Confusa. Demasiado nerviosa para su propia estabilidad emocional, para esa calma que suele mantener con rutina, con orden y con una disciplina que hoy no le sirve de nada.

¿Qué demonios ha pasado? ¿Qué se le ha cruzado por la cabeza para pensar que tener sexo con Rick Winterlow era una buena idea? Y encima así: como dos adolescentes sin frenos, sobre la mesa de *atrezzo* del almacén, entre decorados y vestuario de la película, con la crudeza del fluorescente encima y el silencio del lugar volviéndolo todo más real, más difícil de negar.

¿En qué cojones estaba pensando?

Evidentemente, en nada. La sangre le bajó de golpe a ese lugar que apaga el raciocinio y hace funcionar a cualquiera por impulso, con el cuerpo marcando el ritmo y la mente llegando tarde. Quizá tiene algún tipo de… no sabe. ¿Un apagón mental? ¿Una desconexión temporal, de esas en las que actúas y solo recuperas el sentido completo cuando ya no hay vuelta atrás, cuando lo único que te queda es esa lucidez brutal de «pero qué he hecho»?

Sí. Debe ser eso. Una desconexión. Una explicación provisional, lo bastante decente para no tener que pronunciar el resto.

Lo leyó una vez en un *post* de Instagram: que a veces hacemos cosas sin querer, que confundimos el deseo con el estrés, con la adrenalina, con la necesidad de romper una norma para comprobar que sigue siendo una norma.

Espera. Idiota.

¿«Sin querer»? ¿Cómo que sin querer? Por supuesto que quería. Estaba ardiendo desde que salió del despacho de Hagios, con una tensión pegada a la piel que no se le ha ido en toda la mañana, por más que se repitiera que era rabia profesional y nada más. Solo que se ha negado a aceptarlo hasta ahora, porque aceptarlo implicaría admitir otras cosas que no le apetece ni tan siquiera procesar: lo

rápido que se le desarma el autocontrol con él cerca, lo fácil que Rick le encuentra el punto exacto, lo poco que le importa la coherencia cuando el deseo toma el mando.

Pero… ¿desde cuándo le pone tanto Rick?

Es cierto que es atractivo, joder. Esa estructura firme del rostro, el pelo castaño que siempre parece colocado sin haberle dedicado más de unos segundos, y esos ojos color miel que sostienen la mirada con una calma desconcertante, sin prisa, sin retroceder.

¡Mierda!

¿En serio está repasando los atributos físicos de Rick uno a uno?

¡Joder!

Christian Grey se acerca y se enreda entre sus piernas en busca de atención. Vera lo esquiva con una torpeza poco habitual en ella y casi tropieza con la alfombra, todavía demasiado metida en su propia cabeza como para calcular bien los movimientos.

—¡Christian, por favor! —le suelta al señor Grey—. Vamos a intentar llevarnos bien, porque ya no puedo volver al trabajo… y hasta que encuentre otro, vas a tener que conformarte con el pienso. Olvídate de las latas.

El timbre suena.

Vera se queda quieta un segundo, intentando recordar si ha pedido algo a domicilio o si ha olvidado alguna cita absurda en su calendario. Nada. Cuando abre la puerta, a la última persona que imagina encontrarse es a Alfred.

Su ex.

—Hola… —dice ella, parpadeando—. ¿Qué… qué haces aquí?

Es absurdo, pero Vera tiene la sensación de que Alfred —o cualquier persona con ojos en la cara— podría notar lo que ha hecho

hace apenas unas horas. La culpa le cae encima de golpe, incómoda, persistente, instalada en el cuerpo más que en la conciencia.

—Habíamos quedado para que recogiera mis cosas, ¿recuerdas?

—Ah. Eso. ¿Era hoy? —Vera se aparta—. Pasa, claro.

En realidad, «sus cosas» se reducen a un cepillo de dientes bastante gastado y una sudadera vieja que Alfred olvidó la última vez que se quedó a dormir. Tarda menos de dos minutos en reunirlo todo, pero Alfred no se marcha enseguida. Se queda allí, de pie, sin terminar de decidirse, con la sudadera doblada entre las manos.

Como no podía ser de otra forma, el silencio se vuelve incómodo.

Alfred la mira con esa expresión de perro abandonado que siempre le ha funcionado con medio mundo. Pero ella no reacciona.

—Vera, yo… —empieza, nervioso—. Sé lo que dijiste el otro día, pero… ¿de verdad no podemos intentarlo otra vez? Yo te quiero.

La frase, después de lo que ha pasado hace apenas unas horas con Rick entre telas, cajas y decorados cubiertos de corazones, suena casi… cruelmente inoportuna. Durante un segundo, Vera piensa que el universo tiene un sentido del humor muy concreto y poco considerado.

Traga saliva.

—Alfred, no creo que funcione —dice con cuidado, midiendo cada palabra—. Ya te lo dije. Eres un encanto, de verdad, y me gustaría poder decirte otra cosa… pero no estoy enamorada de ti. Y dudo mucho que, si no ha pasado eso en todos estos meses, vaya a surgir de repente o más adelante. ¿Me entiendes?

Alfred se aferra a la palabra como a una cuerda lanzada a destiempo.

—¿Eso? ¿A qué te refieres con «eso»? —pregunta, con un hilo de esperanza—. Puedo darte lo que necesites.

Vera aprieta los labios y toma aire, sintiendo el cansancio de una conversación que ya ha tenido demasiadas veces.

—No es cuestión de necesitar nada —responde, frustrada—. Es… ESO. ¿Entiendes?

—¡No! ¡No lo entiendo! —exclama, al borde de la desesperación.

Vera suspira, agotada de explicarse y, al mismo tiempo, incapaz de ser cruel.

—Pues esa magia. Esa chispa. Eso que te enciende por dentro. Ese «no sé qué me pasa» que te cambia el aire cuando alguien entra en una habitación —dice, y la imagen de Rick se cuela en su cabeza—. Ese «eres todo lo que he estado buscando». —Hace una pausa, breve pero definitiva—. Lo siento.

Alfred la observa un segundo más. Luego frunce el ceño, inclina la cabeza y señala con una atención repentina que a Vera no le gusta nada.

—Espera. ¿Eso de ahí… es un chupetón? —dice, ahora con un tono seco, muy distinto al de hace un momento.

Vera se lleva la mano al cuello por puro instinto, justo al lugar exacto donde recuerda perfectamente la boca de Rick.

Y, con ese gesto, el almacén de *atrezzo* le vuelve en oleadas: la cercanía, el contacto, la forma en que el cuerpo le respondió sin pedir explicaciones. El recuerdo la sacude con una intensidad que no ayuda en absoluto a la situación.

Vera se dirige a la cocina, buscando aire, con Alfred pisándole los talones y preguntándole, ya sin rodeos, si el motivo real de la ruptura es que hay alguien más.

¿Alguien más?

La idea le cruza la cabeza mientras se sirve un vaso de agua y se lo bebe de un trago. Desde que besó a Rick por primera vez ha descubierto que necesita beber más a menudo; algo en su cuerpo se lo pide, aunque no sepa muy bien por qué. Llena el vaso de nuevo y bebe despacio, intentando ordenar las palabras, construir una explicación que no suene ridícula.

La excusa que podría darle a Alfred es pobre. Demasiado. Porque la verdad es que rompieron antes de que pasara nada con Rick. Días antes. Y en aquel momento está segura de que Rick no ocupaba su cabeza.

¿Pero ahora?

¿Por qué no puede dejar de pensar en sus manos subiéndole la falda, en sus dedos tocándola por encima de las bragas y en su… joder, en su polla entrando en ella, arrancándole el aire, haciéndola perder pie y ver las estrellas?

Mierda.

De todos los hombres con los que ha estado, ¿por qué demonios Rick Winterlow tiene que ser el que le ha dado el mejor orgasmo de su vida?

Alfred sigue esperando una respuesta, pero Vera solo puede pensar en lo poco preparada que está para explicar nada de esto. Sobre todo porque ni ella misma entiende todavía qué demonios le está pasando.

12

El rodaje de *El milagro de quererte* avanza ajeno a las movidas mentales y sentimentales de Vera y Rick. Las cámaras no entienden de impulsos ni de errores recientes: solo piden emoción limpia, luz bonita y una historia que funcione y enganche a la audiencia.

Vera se vuelca en la producción de su película con una intensidad casi excesiva. Supervisa planos, ajusta tiempos, revisa vestuario, opina sobre decorados que no le corresponden. Todo vale con tal de no pensar más de lo estrictamente necesario. En Rick. En sus labios. En sus manos. En su polla dura contra ella, recordándole con una precisión incómoda lo poco profesional que fue perder el control.

No, joder Vera. Trabajo. Concéntrate. Esto es lo que sabes hacer. Esto es lo que controlas.

Jason y Penélope, los actores protagonistas de la película, parecen salidos de un catálogo de ropa juvenil: guapos, accesibles, perfectamente reconocibles. De esos rostros que inspiran confianza inmediata. Son encantadores en el trato y, aunque fuera de cámara no resulten especialmente profundos, frente al objetivo tienen química y funcionan a la perfección.

—Vale, vamos otra vez —dice Monroe desde el monitor—. Jason, entra un segundo más despacio. Penélope, espera un poco en tu marca antes de mirarlo.

—¿La mano aquí o más arriba? —pregunta ella, señalando el pecho de Jason, todavía dentro del personaje.

Monroe tarda un segundo en responder. Está revisando el encuadre, calibrando la escena.

—Ahí está bien —interviene Vera antes de que él abra la boca, atenta al conjunto—. Natural. Sin pensarlo demasiado.

Jason asiente, concentrado, agradecido por una indicación clara.

Monroe ladea la cabeza un poco, lo justo para que Vera note que ha hablado fuera de turno. No dice nada. Sigue mirando el monitor.

—¿Crees que ayudaría si me quito la camiseta? —pregunta Jason—. Para la escena, digo. Para que se note más la intimidad.

Monroe se queda callado mientras valora la propuesta. No es necesario, pero tampoco absurdo. Es el tipo de sugerencia que los actores lanzan cuando buscan empujar la escena desde el cuerpo.

Vera abre la boca para responder… y en ese preciso momento es cuando detecta movimiento al fondo del plató.

Rick está allí.

No sabe cuánto tiempo lleva observando, pero el suficiente para que su presencia le altere el pulso, para que el corazón se le acelere más de la cuenta y la cabeza tarde un segundo extra en reaccionar.

—Sí —dice Vera, sin pensarlo—. Hazlo, puede funcionar.

La frase apenas ha salido de su boca cuando Monroe gira —descaradamente esta vez— la cabeza hacia ella. No es una reprimenda abierta, pero la mirada es clara: *esa decisión no era tuya y te estás metiendo en mi terreno*.

Y, antes de que nadie diga nada más, la voz de Rick irrumpe en el plató.

—Vaya, vaya…

Vera se gira en su dirección. Ahora se apoya en una de las estructuras del decorado, con los brazos cruzados y una expresión imposible de leer.

—Perdona —vuelve a decir Rick, señalando con la barbilla a Jason—, ¿me he perdido algo o estamos adelantando el rodaje de *San Valentín mata dos veces*?

Un silencio incómodo se extiende por el set.

—¿Qué? —pregunta Vera, a la defensiva.

—Ya me has oído. ¿Acaso *El milagro de quererte* se ha convertido en *El milagro de follarte* o algo parecido? Lo digo porque esto de quitar camisetas, subir la temperatura y decidirlo todo tan rápido… —Se encoge de hombros—. Pensé que igual habías decidido empezar a aceptar mis sugerencias para el especial. Tus amas de casa y sus gatos se van a escandalizar, ¿no crees?

Jason se aclara la garganta y Penélope baja la mirada, mientras Monroe sigue la escena desde el monitor, atento, sin intervenir pero presagiando, de nuevo la tormenta.

—No tiene nada que ver —replica Vera—. Es solo una sugerencia para la escena.

—Claaaaaro —asiente Rick—. Una sugerencia muy… sugerente, ¿no? ¿O debería decir… explícita?

Vera frunce el ceño.

—Rick. ¿Es que estás insinuando algo?

—¿Insinuar? Para nada. Lo estoy afirmando categóricamente. Pero oye… que igual soy yo —añade levantando las manos—. Igual estoy confundido y este milagro de quererte va de abdominales y escenas intensas junto a la chimenea. Si es así, tomo nota para luego. No vaya a ser que mi película quede demasiado dulzona en comparación.

Monroe carraspea y decide dar un descanso forzoso al equipo.

—Cinco minutos —dice en voz alta—. Pausa técnica, tomaros un café… o una tila.

Vera no espera a que nadie más diga nada. Agarra a Rick del brazo y se lo lleva fuera del set, hacia un pasillo lateral. Entran en el camerino del director Monroe.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le susurra, furiosa.

Rick se suelta despacio.

—Nada —responde—. Solo me ha sorprendido lo rápido que dices que sí.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Decir sí a qué?

—Pues ya sabes… —dice señalando al plató—. A él.

La palabra se le escapa antes de que pueda corregirla. Rick aparta la vista un segundo, consciente de que no debería haber dicho eso.

—A la escena —añade enseguida—. Al tono. A todo. Ese actor hinchado de esteroides pregunta si se quita la camiseta y tú enseguida… ¿aceptas? Ya me dirás qué tiene eso de coherente con una comedia romántica apta para todos los públicos que piensas emitir en horario de sobremesa.

Vera tarda un poco en reaccionar, intentando procesar el comentario y las dudas de Rick.

—Espera —dice, despacio, saboreando cada sílaba—. ¿Estás… celoso?

Rick suelta una risa breve, incrédula.

—¿Yo? —Niega con la cabeza, indignado—. Por favor. Tú sueñas.

—Ah —responde ella, ladeando la cabeza—. Entonces esto de interrumpir el rodaje, incomodar a medio plató y soltar comentarios

pasivo-agresivos entra dentro de tu concepto de normalidad.

—No eran pasivo-agresivos.

—Por supuesto que no. Eran agresivos… sin más.

Rick da un paso atrás, cruzándose de brazos.

—Mira, Vera, no todo gira a tu alrededor. Ni a su alrededor —añade, señalando vagamente hacia el set—. Simplemente me ha parecido… poco coherente y nada profesional.

—¿Poco coherente con qué?

—Pues… ¿con qué va a ser? Con el tono. Con la historia. Con… —Abre las manos, incapaz de terminar la frase—. Con lo que estamos haciendo.

—Qué curioso —dice ella—. Porque hace cinco minutos el tono te daba exactamente igual y lo único que te preocupaba es que Jason se quedara sin camiseta y nos regalara una visión de sus abdominales.

Rick abre la boca para replicar pero la cierra en el acto. Frunce el ceño.

—No estoy celoso.

—Claro que no.

—Ni un poco.

—Por supuesto.

El silencio se instala entre ellos, cargado. Rick la observa de arriba abajo sin darse cuenta. Vera lo nota. Y sonríe, tan suavemente que parece que solo ella sea consciente.

—Más quisieras —añade él, demasiado rápido.

—¿Ves? —dice ella—. Eso sí ha sonado un poco celoso.

Rick se pasa una mano por la nuca, incómodo. El gesto es casi infantil, impropio de él. Vera lo observa sin decir nada. Hay demasiadas cosas suspendidas entre los dos, demasiadas palabras que no sirven.

Se miran.

No es la mirada desafiante del plató. Tampoco la del almacén. Es algo más quieto, más peligroso. Un segundo de silencio en el que ninguno recuerda por qué debería apartarse.

Rick baja la vista a su boca sin disimulo y Vera no retrocede. Todo lo contrario, da un paso hacia él y Rick no se mueve.

El beso llega sin que ninguno haga nada por detenerlo. No es torpe ni urgente como la otra vez. Es directo. Firme. Un choque breve pero cargado, como si ambos llevaran demasiado tiempo conteniéndose.

Vera le agarra la chaqueta por reflejo. Rick le sostiene la cara con delicadeza, lo justo para profundizar… y detenerse.

El mundo vuelve de golpe cuando unos nudillos golpean la puerta.

—¿Señorita Clayton? —se oye a uno de los operarios desde fuera—. Volvemos a rodar.

Se separan al instante, casi con violencia. Rick da un paso atrás. Vera se pasa una mano por el pelo, descolocada, y ninguno se mira durante un segundo que se hace eterno.

—Cinco minutos. ¿Vera? —insiste la voz—. Monroe pregunta si estás lista.

—Sí —responde ella, demasiado rápido—. Ahora salgo.

Vera abre la puerta antes de que Rick diga nada. Sale primero, con la expresión ya recompuesta, la sonrisa profesional colocándose

casi por inercia. Rick se queda dentro, serio, inexpresivo, como si no acabara de pasar nada.

En el plató, todo vuelve a moverse. Cámaras, marcas, voces.

Desde su posición elevada, Voluptas observa el set con una sonrisa lenta, satisfecha; la de quien ha sabido leer una escena incompleta y ha sacado conclusiones igualmente certeras.

A su lado, San Valentín no se muestra tan encantado.

Por primera vez desde que bajaron a la Tierra, están mirando lo mismo pero lo interpretan de forma opuesta.

—¿Lo has visto? —dice Voluptas, con los ojos brillantes—. Esos están enamorados.

San Valentín ni pestañea.

—No es cierto. Es por el efecto de las flechas. No están enamorados: se odian. Es el Deseo hablando y actuando, nada más. Por eso esto es un desastre, Voluptas… y ya dura demasiado. Tenemos que revertir el efecto inmediatamente.

Voluptas no se inmuta. Se apoya en el marco del ventanal y despliega, con un gesto ágil, los archivos del CMA. Los recorre con un dedo, con naturalidad, consultando las métricas que arroja la pantalla.

—Yo creo que deberíamos darles una oportunidad —responde, pasando los datos—. Mira, Hagios. La incompatibilidad ha bajado de «elevada» a «razonable». El conflicto de valores ha salido de zona crítica y ahora está en «inestabilidad variable».

San Valentín se tensa.

—La rivalidad profesional sigue activa —señala, intentando dar valor a su argumento—. Mucho más que activa, ese parámetro está en lo más alto y es muy importante.

—No tanto —replica ella, encantada con su propio hallazgo—, porque el estilo de vínculo ha cambiado. Ha pasado de «rechazo estructural» a «ambivalente».

—Eso es imposible —exclama San Valentín.

Le arrebata el informe. Repasa las métricas con el ceño cada vez más cerrado, molesto ante la sensación de que el sistema se está tomando libertades que nadie le ha concedido.

—No lo entiendo… Esto… esto no puede ser.

Voluptas sonríe, triunfal.

—Esto es el amor, amigo mío. No entiende de razones ni de flechas.

—Esto no es amor —corta él—. Mira a Vera.

Voluptas se inclina y sigue la dirección de su mirada.

Vera Clayton observa el rodaje desde un lateral: impecable por fuera, en su papel de siempre, pero apurando una botella de agua tras otra con una prisa que no encaja con esa calma profesional que pretende aparentar.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta Voluptas, genuinamente desconcertada.

—¿No lo ves? Está bebiendo compulsivamente. Rick también.

En extremos opuestos del plató, ambos vacían sus botellas, las dejan, agarran otra sin mirar siquiera. Un ritmo demasiado parecido como para llamarlo casualidad.

Voluptas hace un gesto de «vale», concediendo el punto sin rendirse.

—La sed extrema es un efecto secundario de las flechas del Deseo, sí —admite—. Pero eso no significa que lo que está

surgiendo entre ellos no pueda ser real.

San Valentín no aparta la vista del set.

—No lo es —insiste—. Mira el riesgo emocional: sigue siendo extremo. Y el pronóstico no cambia. Juntar a estas dos personas tiene altas probabilidades de colisión. Y esa colisión puede salpicar demasiado.

—Pero míralos… En el fondo no son tan distintos como quieren hacer creer a los demás.

San Valentín gira la cabeza hacia ella.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunta, cortante—. Que yo sepa, no podemos leer la mente de los humanos. Solo podemos constatar sus acciones.

Voluptas parpadea. Luego sonríe, sin culpa.

—Pues porque… los he *stalkeado*.

San Valentín cierra los ojos un segundo, intentando colocar la palabra en algún sitio

—¿*Stal*… qué?

—Que los he *stalkeado* —repite ella, como si fuera lo más normal del mundo—. He mirado cosas. He investigado. He… observado con detalle.

—Voluptas, por Dios… háblame en cristiano.

Ella se toma una pausa, lo mira de arriba abajo y sonríe, divertida.

—¿En cristiano? —repite—. Hagios, cariño, soy hija de un dios romano. Si empiezo a hablarte «en cristiano», a mi padre le da algo.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —se disculpa San Valentín al momento.

—Bueno, pues recuérdalo para la próxima.

—De acuerdo. No vuelvo a usar esa expresión —masculla—. Pero te recuerdo que, por encima de ti y de mí, hay jerarquías. Y no precisamente las tuyas.

Voluptas levanta una ceja, inocente.

—Puedo preguntarle a mi padre. Él lleva mucho más tiempo en esto que tú —dice, sin malicia aparente—. No te ofendas, Hagios, pero es la verdad. Quizá conozca algún caso en el que dos personas con estas métricas hayan sobrevivido a una unión así.

—Ya te lo digo yo: no creo —responde él, tajante—. Y será mejor que no molestes a tu padre con esto. Lo único que tienes que hacer es revertir el efecto. Los has observado. Ya los has visto.

—Dame solo unas semanas —insiste ella, con la misma ligereza —. Hasta que termine el rodaje de la película de Vera, al menos. Si cuando acaben la producción, las métricas siguen sin aclararse o empeoran, lo revierto en el acto.

—¿Semanas?

—Sí. Hasta que termine este rodaje. Por favor, Hagios… —añade, casi mimosa—. Es que quiero ver la película terminada. Es monísima.

—No podemos estar así semanas —replica él, con la paciencia casi al límite.

—Claro que podemos. Te prometo que no haré nada para influir en ellos. Solo observar —dice Voluptas, y ahora el tono se vuelve serio—. Me servirá de aprendizaje… y recuerda que mi padre te dijo que me enseñaras.

—Pero no podemos jugar con los sentimientos de las personas —trata de protestar San Valentín, llevándose una mano al rostro—. Eso no puede…

—En serio, Hagios —lo interrumpe ella, con una dulzura inquietante—. Si veo que la cosa va a peor, lo revierto al instante. Incluso… —sonríe, sin dramatismo— les lanzo yo misma una flecha de repulsión directa.

San Valentín alza la vista.

—¿Una flecha de repulsión?

—Sí —confirma Voluptas—. Primero ajustaremos los parámetros para revertir las flechas cruzadas, pero si no funciona y la situación se complica, lanzamos la flecha de repulsión. ¿Te quedas más tranquilo?

San Valentín no responde de inmediato. Una flecha de repulsión es algo extraordinario, una palabra demasiado grande… y se queda ahí, flotando entre los dos, incómoda, fuera de lugar. Voluptas lo observa y, al notar el efecto, sonríe un poco más.

A San Valentín no lo tranquiliza nada

13

San Valentín se retira a su despacho y empieza a revisar los archivos relacionados con los pocos casos en los que se ha lanzado una flecha de repulsión.

Aunque, en teoría, la historia está llena de ejemplos similares —dos humanos con una química innegable, una pasión desbordada y un vínculo que amenaza con arrasar todo a su paso—, el tiempo ha demostrado que ese tipo de relaciones son cada vez menos frecuentes.

No porque el deseo haya desaparecido, sino porque ya casi nunca se deja crecer lo suficiente como para volverse peligroso.

Así que hoy ya no es así. En el siglo XXI casi no hace falta recurrir a una flecha de repulsión. Los humanos se limitan a dejar de seguirse en Instagram y, a las pocas semanas, se sustituyen unos a otros sin mayores consecuencias. El sistema se autorregula. El olvido llega solo.

San Valentín niega despacio mientras repasa los archivos digitales. Son demasiados los fracasos acumulados últimamente y, por primera vez en mucho tiempo, no siente frustración. Siente algo peor.

Tristeza.

La flecha de repulsión se utilizaba únicamente en casos extremos. En aquellos en los que una relación entre rivales —o enemigos declarados— podía escalar hasta desencadenar conflictos de alcance mundial. Situaciones donde el amor no solo era peligroso para quienes lo sentían, sino para todo lo que los rodeaba.

Nadie se enteraba. No aparecía en los medios ni en las crónicas sociales.

Su eficacia es casi obscena: borra cualquier rastro previo de afecto o deseo y deja una indiferencia impecable, total. Después de su lanzamiento, nadie imaginaría que, alguna vez, esas dos personas se quisieron.

San Valentín deja el informe abierto sobre la mesa. Las cifras siguen ahí, frías y obstinadas, recordándole que algunos desastres no empiezan con gritos, sino con una simple chispa que se toma en serio demasiado tarde.

Abajo, en Skyflix, nadie habla de extremos. Nadie habla de flechas. Nadie habla de incompatibilidad.

Hablan de audiencias.

El rodaje de *El milagro de quererte* termina y entra en postproducción. Rick ya está reunido con Simmons y Monroe para ultimar los detalles de *San Valentín mata dos veces*.

—Tenemos *El milagro de quererte* ya terminada —empieza, sin preámbulos—. *Small town*, amigos que se enamoran, cabañas de madera, bosques infinitos, chimeneas encendidas, gorros de lana. Él es rudo pero sensible; ella, una empresaria de éxito que vuelve al pueblo de su infancia para reencontrarse consigo misma… y, por supuesto, con el amor.

Monroe asiente despacio.

—Sí, Rick. Eso ya está rodado.

—Es cálida, es segura, es confortable —continúa Rick—. Es una película que te abraza. Una manta emocional con forma de largometraje.

—No nos digas lo que ya sabemos —dice Simmons sin levantar la vista de sus notas—. Dinos por dónde quieres llevar tu historia.

—Pues yo quiero hacer lo contrario —dice Rick—. Exactamente lo contrario. Si *El milagro de quererte* es una chimenea, *San Valentín mata dos veces* es un incendio forestal fuera de control.

Rick no espera reacción.

—El protagonista es el heredero de la mafia rusa. Guapo hasta lo ofensivo, frío, letal, multimillonario. Vive rodeado de lujo, violencia contenida y silencio. Tiene un trauma infantil devastador que, narrativamente, justifica absolutamente todas sus decisiones cuestionables.

—Claro que sí —murmura Simmons, alzando por fin la vista.

—Y se enamora —añade Rick—. Mal. De forma obsesiva. Irreversible. De una mujer que no debería acercarse a él ni a cinco kilómetros a la redonda.

—¿Tienes algún nombre en mente? —pregunta Simmons, ya con una mezcla de cansancio y curiosidad.

—Dimitri Volkov —responde Rick—. Siempre funciona un Dimitri.

—¿Dimitri? —pregunta Monroe, con expresión de incredulidad—. ¿En serio? ¿No es un cliché demasiado evidente?

—Es una tendencia —corrige Rick—. Nosotros nunca hemos hecho esto, pero otros sí. No pretendo inventar el género. Ya está todo inventado y, además, a los demás les está funcionando.

»Dimitri lleva una doble vida —continúa embalado—: por el día ejecuta enemigos, hombres sanguinarios de bandas rivales, y por la noche dirige clubes privados con máscaras, látigos, esposas, contratos de sumisión y discursos intensos sobre el control, la entrega y el poder entendido como forma de amor.

—¿Todo eso… junto? —pregunta Simmons, frunciendo el ceño mientras intenta encajarlo—. ¿En serio?

—Y tan en serio. Mafia romance, BDSM, clubes nocturnos, juegos de poder —enumera Rick—. Lo hacemos que sea deliberadamente ambiguo. La ambigüedad genera conversación.

Monroe toma notas.

—Las relaciones son oscuras, peligrosas, estéticas —continúa—. Luces bajas, cámara lenta, música grave. Nada visualmente feo; todo muy bonito, aunque el trasfondo de la historia no lo sea.

—¿Y la trama? —pregunta Simmons—. Necesito algo para construir una historia con todo eso.

—Sí —responde Rick, pensativo—. Eso lo dejo a tu elección, pero quiero que Dimitri sea el tipo que elimina enemigos, traidores y amenazas. Un hombre que abraza la violencia con un código moral… flexible.

—¿Y las mujeres con las que se relaciona? —insiste Simmons.

Rick se encoge de hombros.

—Amantes pasajeras. Las usa para el sexo, para satisfacer una necesidad. Ellas ven el atractivo en el peligro. Pero algunas no sobreviven a ese mundo.

Simmons deja de escribir y lo mira con una expresión indescifrable.

—Estamos romantizando la violencia.

—¿En serio crees que eso tiene recorrido? —interviene Monroe, inclinándose hacia delante—. ¿Tienes datos al respecto?

—Tengo algo más importante: tendencias —corrige Rick—. Crecimiento en consumo de romance oscuro, *mafia romance* y dinámicas de poder. Nosotros lo vamos a aunar todo. Eso genera

conversación, viralidad. Quizá perdamos parte del público actual, pero ganaremos otro.

—No lo sé, de verdad —dice Simmons, negando despacio—. No lo veo claro.

—Espera a que escuches toda la historia —replica Rick—. La protagonista es distinta. Se llama Anastasia Bellamy.

—Y supongo —dice Simmons, suspirando— que será una chica dulce e inocente, pero fuerte.

—Exacto —asiente Rick—. Americana. Maestra. Enseña literatura. Funciona como contraste moral de Dimitri. Anastasia da clase al hijo de una familia rival. Ella no quiere ese mundo, pero el mundo insiste en quererla. Para él, ella es un riesgo y debería eliminarla.

—¿Y no lo hace? —pregunta Monroe, midiendo la respuesta.

—No puede —dice Rick—. Porque ella lo mira y ve al niño roto detrás del asesino.

—Eso es justificar la violencia con trauma —apunta Simmons.

—Eso es redención romántica. Y funciona mejor que una chimenea, os lo aseguro. —Luego continúa sin darles lugar a la réplica—. La relación avanza entre sexo peligroso presentado como destino, banderas rojas envueltas en terciopelo, violencia estilizada en cámara lenta y monólogos sobre el amor entendido como prisión voluntaria.

—¿Y esa historia tiene un final? —pregunta Simmons, alzando la mano.

—Por supuesto, y es trágico pero esperanzador —dice Rick, solemne—. Sangre, rosas y nieve artificial. Quizá él muere o quizá no. ¿Tú qué piensas? Lo importante es que se besen mientras todo se desmorona.

»*El milagro de quererte* es para sentirse bien —sentencia reclinándose en la silla, satisfecho—. *San Valentín mata dos veces* es para no poder dejar de mirar. Y eso es lo que va a sacar a Skyflix de la bancarrota.

Simmons deja el bolígrafo despacio sobre su cuaderno al tiempo que Monroe mira al techo con una expresión que no necesita traducción.

Los tres están convencidos de que es una locura. En cambio, Rick sabe —o cree saber— que es exactamente lo que el mercado está pidiendo.

En cuanto abandona la sala, se cruza en el pasillo con Vera.

Hace apenas un par de meses se habrían saludado con frialdad y habrían seguido de largo, sin mirar atrás. Ahora, cuando coinciden, se quedan un segundo de más. No es una mirada larga ni teatral; es ese instante extra, mínimo e inexplicable, en el que ninguno quiere ser el primero en apartarse.

El resultado es que ambos se detienen.

El cuerpo intenta decir una cosa. Los ojos, otra muy distinta. Y la boca —la única que debería hablar— se queda cerrada… hasta que Rick decide romper el silencio.

—Respecto a lo del otro día… —empieza él.

—¿Te refieres a tu ataque de celos? —lo interrumpe Vera, sin pestañear.

—Otra vez no —resopla Rick—. No estaba celoso, ¿entiendes? Lo que estaba era sorprendido de que quisieras convertir tu película en un desfile de abdominales y…

—Lo que tú digas —contesta ella, ladeando la cabeza—. ¿Cuándo empieza el rodaje de tu… eso que piensas producir?

—En cuanto Simmons tenga el primer borrador. Empezaremos con algunas… —Rick frena y la mira—. Espera. ¿A ti qué más te da? ¿Piensas venir a fiscalizarlo? ¿A espiarnos, quizá?

—No —dice Vera, y la sonrisa le sale demasiado fácil—. Lo que quiero es verte estrellarte con ese batiburrillo de clichés que has mezclado.

—Ah, claro. Lo mío son clichés. Pero que tu protagonista se quite la camiseta para abrazar a la chica, en pleno invierno, con una nevada histórica cayendo fuera… eso no es un cliché. Eso es real como la vida misma, ¿no?

—Al menos la vista merecía la pena —contesta ella, imperturbable—. Jason tiene unos abdominales estupendos.

Rick no quiere reaccionar. De verdad que no. Lucha con todas sus fuerzas por mantener el control, pero la sangre se le sube tan rápido a la cabeza que, durante un segundo, cree que va a salirle a presión por todos los orificios de la cara.

La imagen es absurda, sí, pero es exactamente así como se siente.

Había salido de la reunión decidido a mostrarse conciliador, a limar asperezas con Vera Clayton. Pero parece que no hay manera. Parece que están destinados a odiarse hasta el final de los tiempos. O hasta que…

—¿Qué miras? —pregunta Vera, sacándolo de sus pensamientos —. Últimamente te quedas sin argumentos, Winterlow. Empieza a ser aburrido discutir contigo.

Rick le sostiene la mirada unos segundos más pero no dice nada.

Luego gira la cabeza a un lado, después al otro.

El pasillo está vacío. Oscuro. A esa hora no pasa nadie. El plató también lo está: los decorados de la película de Vera ya han sido retirados y los operarios trabajan en el taller montando los nuevos. En Skyflix todo el mundo va con prisas, doblando turnos, intentando que dos películas salgan adelante en un tiempo imposible.

Rick mira detrás de Vera. La puerta con el cartel de **ALMACÉN / MATERIAL EN TRÁNSITO** está entreabierta y vacía.

La abre, le agarra el brazo y tira de ella hacia dentro.

Les cuesta un instante acostumbrarse a la penumbra. Vera abre la boca para decir algo, pero Rick se la tapa antes de que salga una sola palabra.

—No tengo ni idea de por qué —dice en voz baja, de manera atropellada—. No sé qué me pasa porque de verdad que no te soporto. Me sacas de quicio. Siempre llevándome la contraria, siempre mirándome como si yo fuera el problema de todo. Eres insoportable, borde, y consigues que me den ganas de discutir incluso cuando no quiero.

Respira hondo, preparado para lanzarse al vacío sin red.

—Es absurdo. Me desconcierta. Y sé que vas a pensar que he perdido la cabeza, pero… —traga saliva— quiero besarte.

Lo dice sin medir. Sin pensarlo dos veces. Con los nervios revueltos en el estómago y una tensión que ya no sabe cómo gestionar.

No sabría ponerle nombre a lo que siente. Solo sabe que el impulso es demasiado fuerte, demasiado físico, demasiado real como para seguir fingiendo que no existe.

Vera no responde. Lo mira, atónita, con la boca entreabierta, incapaz de ordenar una sola idea coherente. Luego lo agarra por la camiseta con un gesto brusco, casi furioso, y lo besa.

El primer contacto es torpe, brusco, casi incómodo pero apenas dura un segundo.

Después, algo cede.

El beso se vuelve más lento, más hondo. Menos rabioso y, precisamente por eso, mucho más intenso. No hay prisa, pero tampoco calma. Hay decisión. Hay abandono. Sus bocas se buscan de otra manera, con una necesidad distinta: menos cargada de enfado y más peligrosa, más clara, más difícil de justificar.

No es sorpresa. No es descubrimiento.

Es saber que esto ya no puede llamarse un accidente.

Y, durante unos segundos, ninguno de los dos intenta detenerlo.

14

Vera entra en la cafetería de al lado de la cadena. Ahora tiene más tiempo libre: su película ya está en postproducción, en esa fase de sonido y ajustes en la que todo avanza sin que ella tenga que vigilar cada decisión.

Pide un capuchino y elige una mesa junto al ventanal. Desde allí ve la calle moverse con la prisa típica de diciembre: bolsas, abrigos, pasos rápidos, gente que parece llegar tarde incluso cuando no va a ninguna parte. Dentro, el ambiente es cálido y discreto, con luces suaves y el murmullo constante de conversaciones ajenas.

Jimmy la reconoce en cuanto la ve.

Se acerca, se detiene a una distancia prudente y pregunta, educado:

—Hola. ¿Te importa si me siento?

—No, claro. Está libre.

Para cualquiera que estuviera mirando desde otra mesa, la escena encajaría en una comedia romántica de manual: una mujer sola, pensativa, café en mano, asomada al ventanal en los días previos a Navidad. Un hombre se acerca, pide permiso para sentarse y ella se lo concede. La conversación empieza por lo fácil.

Primero el tiempo, porque es terreno neutral y rompe el hielo. Después, el ajetreo de las calles en estas fechas: las prisas, las compras, la sensación de que todo el mundo tiene algo urgente que hacer y llega tarde a todos sitios. Y, según por dónde avance la charla, lo consumistas que nos hemos vuelto, lo poco que nos detenemos en los detalles, lo rápido que queremos que ocurra todo.

Desde fuera, es solo eso.

Para Jimmy, es algo más parecido a un proyecto de investigación literaria. Es trabajo de campo. Una fase de documentación exhaustiva previa a la escritura de una novela, con observación directa del sujeto, toma de notas mentales y la sospecha firme de que ahí hay material para algo más que una simple anécdota.

Desde que Rick no habla de otra cosa, la curiosidad le ha ido ganando terreno. Y ahora, por fin, tiene la oportunidad de escuchar la historia desde el otro lado. Vera, además, no parece incómoda y no da señales de querer cortar la conversación.

—Es la inmediatez de este siglo —dice Jimmy, adoptando un tono más reflexivo—. Todo lo queremos ya, ahora, sin esperas. De ahí tanta frustración y que los psicólogos no den abasto.

—Es cierto —admite Vera, con una sonrisa—, pero a veces la vida y el trabajo te empujan a ese ritmo, ¿no crees? Por eso estoy deseando tomarme unos días de vacaciones y simplemente… sentarme con un buen libro y relajarme.

Jimmy se anima, porque Vera ha nombrado la lectura y él es escritor. Es su terreno.

—¿Qué estás leyendo ahora? —pregunta.

La conversación deriva hacia la literatura casi sin darse cuenta. Jimmy escucha con una mezcla de sorpresa y entusiasmo: no solo porque Vera lea mucho, sino por cómo habla de los libros, con criterio, con gusto, con una atención que va más allá de lo que dicta el algoritmo. Habla de ediciones bonitas que luego maltrata sin culpa, de su inexplicable necesidad de dejar siempre un marcador entre sus páginas cuando termina de leer el libro, de notas adhesivas de colores que se multiplican sin orden en los que le importan de verdad. Podría quedarse toda la mañana intercambiando títulos, opiniones y pequeñas manías lectoras con ella.

Pero Vera ya hace rato que ha terminado su capuchino. Se levanta, recoge el abrigo y se despide con una sonrisa amable. Ha sido agradable tener compañía, dejar de pensar un rato en rodajes y en… Rick. No lo va a negar. Aun así, el trabajo la espera y es hora de volver a Skyflix.

En la cafetería, Jimmy le manda un mensaje a su amigo proponiéndole almorzar más tarde. El restaurante queda un poco más lejos de lo habitual. Normalmente van al bar de enfrente de Skyflix, pero esta vez Jimmy decide cambiar. Rick no pregunta; simplemente acepta el plan.

Nada más sentarse, cuando apenas les han tomado nota de las bebidas, Jimmy se lanza.

—He conocido a tu chica.

—¿Qué chica? Yo no tengo… —Rick se queda en silencio de golpe—. ¿Vera Clayton? ¿Cómo demonios has conocido a…?

—Antes de que te pongas borde, déjame decirte una cosa —lo corta Jimmy, acercándole la botella casi hasta la boca—. Eres idiota.

—¡Eh!

—Sí, tío. Porque, joder, ya sabía que esa mujer era un bombón, la he visto en fotos, pero déjame decirte algo —adopta un tono solemne—: me he enamorado de ella en veinte minutos, colega.

—¿Pero qué estás diciendo? —Rick se levanta de la silla.

Jimmy le hace un gesto rápido para que se siente y baje la voz, mientras varias mesas se giran sin disimulo.

—¿Puedes dejarme terminar, por favor? —intenta explicarse—. No enamorado *enamorado*. Pero, colega, esa mujer no es como me la habías descrito. Para empezar, no tiene nada de estirada.

—Claro, porque en veinte minutos… —Rick se detiene de golpe —. Espera. ¿Dónde coño la has conocido y por qué cojones has hablado con ella?

—En la cafetería. Ha entrado, se ha pedido un capuchino, estaba sola y no lo he podido evitar.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Qué le has dicho tú? ¿Ha hablado de mí?

—¿Por qué iba a hablar de ti?

—¿No le has dicho que eras amigo mío?

—Pues claro que no. Quería una visión de la chica sin adulterar. Y déjame decirte que es inteligente, sensata y muy agradable. Hemos hablado de libros, de la sociedad, de fiestas…

—¿Pero qué cojones me estás diciendo? —pregunta Rick, perdiendo la paciencia.

—Lo que oyes. Si no supiera que es tu chica, le habría pedido su número y…

—¡Que no es mi chica, joder!

—¿Y a qué esperas? —Jimmy lo mira muy serio—. Una mujer como esa no va a estar libre mucho tiempo. Es… perfecta.

Rick resopla y se deja caer en la silla, pasándose una mano por la cara.

—Ella me odia.

—Os habéis acostado —replica Jimmy—. Odiar no suele ser la palabra más ajustada en esos casos.

—Créeme, lo es. El otro día…

—Alto ahí —lo interrumpe—. ¿Ha pasado algo más que no me has contado?

—No pasó nada de lo que crees, pero… perdí un poco los papeles en el rodaje. Esto me está afectando más de lo que debería y ella…

—¿Ella qué?

—Que no tengo nada que hacer. Somos rivales y esa rivalidad no va a desaparecer.

Jimmy sonríe, con esa expresión en su rostro que rara vez anuncia algo inocente.

—Pues por lo que yo veo, esa rivalidad tiene que hacer saltar chispas en la cama… si es que algún día consigues hacerlo en un sitio normal. Y no en el trabajo, rodeado de *atrezzo*, pervertido.

—Eres idiota.

—Ya. Pero como tu mejor y más idiota amigo, voy a darte un consejo —añade, mirándolo de frente—: no la dejes escapar.

En la sala de postproducción, los técnicos trabajan con Monroe en *El milagro de quererte*. Voluptas observa el proceso de cerca y, lejos de intimidar a nadie, se contagia de todo: aplaude cada avance, hace preguntas, se inclina hacia la pantalla y disfruta con cada ajuste de sonido y cada corte de plano con una ilusión tan evidente que resulta imposible fingir indiferencia.

Vera entra con café para todos y se queda quieta al verla allí.

Un ejecutivo de ese nivel no suele pisar la sala de postproducción; desde luego, no se queda, no mira, no comenta, no sonríe ante detalles que pasan desapercibidos para cualquiera que no viva el cine desde dentro.

—¡Vera! ¡Me encanta la película! —dice Voluptas en cuanto la ve, con los ojos brillantes—. Y ese final… es precioso. La

protagonista subiendo las escaleras hasta el campanario y él encendiendo las guirnaldas en los árboles, una por una, hasta que el jardín se convierte en un mar de luz, cursi y perfecto. Es de esos finales que te hacen suspirar aunque jures que no crees en el amor. Y la cabaña… esa metáfora de su amor adolescente… —Se lleva las manos al pecho, encantada, exagerada—. ¿Verdad que es preciosa, Hagios?

San Valentín asiente a su lado, con bastante menos entusiasmo. Su mente está en otra parte: las métricas del otro día, los informes, el cálculo de riesgos, la mejor forma de programar una flecha de repulsión sin provocar un desastre en cadena.

A él, como casi siempre, le toca el trabajo ingrato. A Voluptas —igual que antes a su padre— le toca disfrutar.

—Me alegra que le guste, señorita Bélos —responde Vera, impecable—. Y espero que también guste a la audiencia y…

—Oh, seguro que sí. ¡Segurísimo! —la interrumpe Voluptas, con convicción absoluta—. Por cierto, hablando de audiencia… ¿y Rick Winterlow? —pregunta, mirando alrededor con curiosidad—. ¿No debería estar aquí?

A Vera se le altera el gesto. Basta con escuchar ese nombre para que algo se le descoloque por dentro.

—Rick está ultimando los detalles del guion con Simmons —explica Monroe—. Quedan algunas escenas por pulir y…

—¿Algunas escenas? —murmura Vera, lo bastante bajo para no interrumpir—. Yo le metería la tijera a ese guion de principio a fin.

Nadie reacciona. Nadie levanta la vista. Las pantallas siguen encendidas, los papeles no se mueven de sitio.

Voluptas, a la que todo parece interesarle por igual, tampoco se detiene ahí. Salta de tema con la misma energía con la que pasa de una idea a otra.

—¿Cuándo está previsto que comience la producción de *San Valentín mata dos veces*? —pregunta, interesada.

San Valentín alza la vista al techo un instante, resignado. Cada vez que oye ese título, tiene la sensación de que a algún santo se le acaba de torcer el halo.

—Ya hemos adelantado varias escenas de exteriores y algunas con secundarios —informa Monroe—. Esta semana rodamos todo lo posible y, después de Navidad, el resto. Eso nos deja solo un par de semanas para la postproducción. La verdad es que vamos muy justos.

Voluptas se queda pensativa.

Observa a Monroe, concentrado en la pantalla. A Vera, revisando notas, ajustando tiempos, afinando detalles casi invisibles. Deja escapar un suspiro casi imperceptible. La culpabilidad le encoge un poco las alas, incluso esas que dejó atrás en el CMA.

Piensa en electricistas, informáticos, decoradores, maquillaje y vestuario. En el *catering* y en el personal de limpieza. En actores, figurantes y secundarios. En cámaras, auxiliares, producción… incluso en los conserjes. En toda esa maquinaria humana que mantiene Skyflix en pie a base de jornadas interminables y horarios que nadie recuerda haber aprobado, y es consciente que todo este caos, estas prisas por terminar dos películas, es culpa suya.

—Lo sé. Y precisamente por eso… —anuncia de pronto, con una sonrisa enorme— vamos a organizar una gran fiesta de Navidad. Con música, con bebida, con todo lo que haga falta. La cadena correrá con todos los gastos. Hagios, vamos a organizar la mejor fiesta que haya visto Skyflix en su historia. Estos chicos se lo merecen. Se están dejando la piel.

Los ojos de San Valentín se abren de golpe.

Justo lo que faltaba.

En lugar de separar, reducir coincidencias o controlar variables, a Voluptas no se le ocurre nada mejor que reunirlos a todos en una fiesta con alcohol, risas y música alta.

—Lo que usted diga, señorita Bélos —responde él al instante, intentando disimular su enfado—. ¿Por qué no los dejamos trabajar tranquilos? Me gustaría comentarle algunas cosas. ¿Podemos ir a su despacho?

Voluptas se despide del equipo de postproducción con una sonrisa luminosa, casi contagiosa, y sale con él. En cuanto la puerta de su despacho se cierra, se apoya en el respaldo de la silla y cruza los brazos, preparada para el sermón que sabe que va a recibir.

San Valentín no se hace esperar.

—Voluptas, ¿en qué estabas pensando? Una fiesta ahora no es lo más adecuado. ¿No has oído a Vera? El alcohol en este tipo de celebraciones funciona como combustible. Vas a avivar todavía más el fuego que ya hay entre ellos. Me prometiste que no ibas a intervenir.

—¡Y no estoy interviniendo! Es solo una fiesta de empresa —responde ella, quitándole importancia con un gesto despreocupado —. No van a estar solos. Será una noche. Solo una. Y no va a afectar a nadie más.

San Valentín la observa con una mezcla de incredulidad y cansancio, porque no es la primera vez que escucha una excusa como esa, y tiene la certeza de que todas siempre acaban saliendo mal.

Voluptas, en cambio, parece plenamente satisfecha con su lógica.

—Estos chicos necesitan relajarse. La flecha cruzada ha desatado este caos y el resto de la cadena lo está pagando —añade —. Electricistas, técnicos, producción… Todos trabajando a

contrarreloj, con prisas, con estrés. Se merecen una noche para desconectar.

Voluptas se anima al oírse; la idea empieza a tomar cuerpo. La mirada se le ilumina y ya no disimula las ganas de seguir adelante.

—Además, el departamento de Deseo ya está ajustando los parámetros para que pueda revertir el efecto de las flechas cruzadas —añade, creciéndose—. Esto no es improvisado, Hagios. Hay un protocolo completo: ventana de disparo, calibración del vector emocional, verificación de interferencias… Se fijan las coordenadas biométricas, se estabiliza la trayectoria y queda todo registrado. Hora, posibles escenarios, margen de error. Casi parece un ejercicio de simulación militar.

—¿Te crees que no lo sé? —replica San Valentín, y el fastidio se le nota en la voz—. Tú eres una novata en esto, Voluptas. Ajustar parámetros no significa disparar. Sé que lleva su tiempo, pero mientras tanto deberíamos no echar más leña al fuego.

Ella no se ofende; al contrario, sonríe, encantada, como si el reproche le confirmara que está jugando en una liga importante.

—Pues ya está. Mientras ellos revisan datos y confirman lecturas, nosotros podemos permitirnos disfrutar un poco, ¿no?

Se gira hacia el ventanal. Abajo, la ciudad se extiende en una cuadrícula de luces. En su cabeza ya empieza a montarse la fiesta: colores, música, detalles, una temática con brillo y corazones sin complejos.

—Pero tenemos que ser cuidadosos —insiste San Valentín—. No podemos dejar que esos dos sigan librando su batalla personal delante de todo el mundo. Ni convertir Skyflix en el escenario de su guerra.

Voluptas suelta una risa breve, ligera, con un punto infantil.

—No te preocupes tanto, ¿vale? Después de Navidad todo volverá a la calma. Rick y Vera dejarán de pelear. Se ignorarán. Y el resto del mundo seguirá girando sin darse cuenta de nada —anuncia, satisfecha.

San Valentín no comparte su optimismo.

Porque una fiesta no es un protocolo. No responde a parámetros ni a márgenes de error.

Una fiesta es una variable imposible de prever.

Y una noche en la que Vera y Rick van a cruzarse, con alcohol de por medio, quieran o no, es exactamente el tipo de escenario que convierte cualquier plan en una apuesta temeraria.

15

La cadena cumple su promesa sin pestañear. La fiesta de Navidad se monta a lo grande, con Voluptas Bélos al mando y ese entusiasmo suyo que no sabe llevar traje de ejecutiva: se le nota el brillo en los ojos, la prisa en las manos, el «vamos, vamos» flotando en el aire aunque no lo diga.

Este año la inyección económica es imposible de ignorar. Todo es más grande, más brillante, más de lo necesario. Los dorados se multiplican, la luz se convierte en la gran protagonista, y el dinero griego se nota en cada rincón, sorprendiendo incluso a quienes creían haberlo visto todo.

El plató, casi diáfano, espera los decorados de *San Valentín mata dos veces*. Por una noche se disfraza con guirnaldas de colores, destellos cálidos, puntos de luz bien colocados y una decoración pensada para impresionar, sí, pero también para levantar el ánimo a la fuerza. Las mesas altas de *catering* están repartidas con una lógica demasiado perfecta para ser casual.

Nada de sitios asignados. Nada de rincones tranquilos. Nada de refugios.

Todo está diseñado para provocar encuentros y que los trabajadores disfruten. La consigna se entiende sin explicaciones: mezclarse.

Operarios, administrativos, vestuario, maquillaje, electricistas, informáticos… todos invitados. Y, en contra de lo que se podría esperar, casi todos han venido.

Mañana es Nochebuena. Muchos llevan la maleta medio cerrada para salir disparados en cuanto puedan, al menos quienes tienen

familia cerca. Pero este año, con dos producciones en marcha, el calendario aprieta. El día 26 se vuelve al trabajo. La fiesta es lo que pretende ser: una pausa concedida a regañadientes; un respiro antes de seguir cumpliendo los tiempos a contrarreloj.

Desde el primer piso, Voluptas observa tras los grandes ventanales tintados. La vista le devuelve casi todo el plató y ella se pasea por ese panorama sin disimular la satisfacción, detenida un segundo aquí y otro allá, disfrutando del efecto de lo que ha puesto en marcha.

A su lado, San Valentín se mantiene quieto, serio y en guardia. Mucho menos impresionado. Mucho más pendiente de dos puntos concretos dentro de ese escenario: Rick y Vera, y esa manera suya de buscarse incluso cuando se empeñan en negarlo.

Cada uno ocupa una mesa distinta. Separados por una distancia prudente. Hablando con compañeros, comiendo, brindando. En apariencia, todo es normal.

Demasiado.

San Valentín lee lo que los humanos suelen pasar por alto: miradas que se sostienen más de la cuenta; copas que se vacían con una rapidez poco inocente; una risa que sube medio tono, apenas, pero lo suficiente. El deseo, liberado de la rutina y empujado por el efecto de las flechas cruzadas, empieza a asomar con hambre. Y, por lo visto, aquí han decidido mantenerlo a raya a base de vino.

Consulta las métricas. Los niveles suben y bajan sin orden. Las lecturas se contradicen. Las señales no encajan.

—No veía algo así desde hace lustros —dice, sin despegar los ojos de los gráficos.

Voluptas gira la cabeza hacia él.

—¿Y qué hacíais mi padre y tú cuando ocurría?

—Si una flecha impacta por accidente en alguien que ya siente antipatía por otra persona, lo llamamos amor en discordia —responde, con un gesto de desdén—. Vendría a ser ese *enemies to lovers* que tanto os obsesiona ahora.

A Voluptas se le encienden los ojos.

—¡Me encanta! «Amor en discordia» —lo paladea con un gesto teatral—. Tiene ritmo. Es musical. Muy *cool*. Me recuerda a aquellas películas de Rock Hudson y Doris Day. ¿Y el *friends to lovers*?

—Lo contrario. Amor en concordia.

—Lógico. ¿Y el *rivals*?

—Amor en contienda. Era menos frecuente. Ahora se ha disparado: las mujeres han escalado, han adelantado a los hombres en demasiados frentes y ese parámetro lo acusa… —Corta, recuperando el asunto con un leve giro de muñeca, como quien vuelve a colocar una pieza en su sitio—. Pero a lo que voy. Si veíamos recorrido, no interveníamos de frente. Empujábamos el contexto. Un encuentro aquí, una excusa allá. Si el otro respondía, analizábamos las métricas y decidíamos.

San Valentín sigue repasando los resultados. El dedo se desliza por la pantalla con precisión, buscando una lógica que no aparece. No levanta la vista al hablar.

—La flecha cruzada es otra cosa. Dos deseos opuestos no se suman: se multiplican. Se retroalimentan. Y cuando crecen así, sin carril, dejan de obedecer. —Hace una pausa corta, pensativo—. Es imprevisible. Por eso es tan delicado. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente —responde Voluptas.

Lo dice sin detenerse en la palabra. En cuanto termina, la atención ya se le ha ido a otra parte. Se acerca al cristal y fija la mirada en el plató, interesada de nuevo en lo que ocurre abajo.

—Ay, mira, Hagios… Rick se está acercando a Vera.

En el plató el ambiente es completamente festivo. La música aumenta de volumen al ritmo que las conversaciones se vuelven más frívolas. El alcohol empieza a hacer de lubricante social con la eficiencia de siempre: lenguas que se sueltan, risas que se contagian, brindis que se repiten. La gente baila, choca copas, se desea felices fiestas con sinceridad, esa que dura lo que dura una canción. Por unas horas, Skyflix finge que no existen rodajes ni guiones ni guerras entre directivos.

Rick avanza con cautela hacia la mesa de Vera. Ella está con cuatro chicas. Habla con Mary Jo, una de las encargadas de sonido, mientras juega con el vaso entre los dedos. Cuando llega a la altura de la mesa, pone su mejor sonrisa. Funciona. Es la clase de sonrisa que no compromete.

—Esto es una fiesta, chicas. —Deja la frase caer de manera condescendiente—. Prohibido hablar de trabajo.

—Hola, Rick. Solo comentábamos un par de detalles menores —dice Mary Jo, sin perder el tono profesional ni por un segundo.

Vera bebe, ni rápido ni lento, pero apura su vaso bajo la mirada de él, que ni se molesta en disimular.

—Con más motivo —añade Rick—. Nada de trabajo. A divertirse.

Un camarero pasa con una bandeja de vino. Rick toma dos copas sin preguntar. La jugada está tan ensayada que resulta casi indecente. Le ofrece una a Vera directamente y Mary Jo entiende el mensaje en el acto.

—Vaya, veo que no hay vino para mí. —Se levanta con una dignidad impecable—. Mejor os dejo.

Rick reacciona por reflejo, empujado por la educación más que por la estrategia y le ofrece su propia copa en un gesto automático.

Mary Jo la ve, sonríe, y niega con la cabeza antes incluso de que él termine el movimiento.

Le basta una mirada rápida a las otras tres. Nada exagerado ni teatral. Un código que todas reconocen en el acto. En segundos, se levantan casi al mismo tiempo, entre risas suaves y excusas ligeras, dejando la mesa libre con naturalidad y comprendiendo que es mejor desaparecer de allí cuanto antes.

Rick y Vera se quedan ahí, solos, frente a frente, con dos copas de vino y el ruido de la fiesta envolviéndolos como una cortina.

Vera mantiene la copa a un dedo de los labios. Bebe despacio mirándolo desde el borde del cristal.

—Últimamente tengo mucha sed —dice, con una media sonrisa que no se disculpa—. Por cierto, ¿no has traído hoy a ninguna de tus novias de pasarela?

Rick arquea una ceja y deja su copa sobre la mesa, con cuidado, sin romper el contacto visual.

—¿Eso es celos o simple curiosidad periodística?

—¿Celos? —Vera suelta una risa que se le va un poco de las manos—. No me hagas reír. Era… incómodo verte con una chica así colgada del brazo. ¿Las coleccionabas o iban por temporadas?

—¿Y tú? —replica él, sin perder el tono ligero—. ¿Qué fue de aquel novio tuyo? Tenía pinta de protagonista de sobremesa. De los que no sudan. Eso sí, sin los abdominales de Jason.

Vera entrecierra los ojos y apoya el codo en la mesa.

—Vaya. Lo de Jason te dejó huella, ¿eh? —Da otro trago—. Y Alfred… eso se acabó hace tiempo.

—Hace tiempo, ¿eh? —dice Rick, casi para sí mismo—. Bien.

Siguen bebiendo. Sin prisa. Sin intención aparente de parar.

La flecha del deseo sigue empujando desde algún lugar invisible, y el efecto colateral ya es evidente: una sed que no entiende de límites. Desde arriba, San Valentín observa con gesto de preocupación, atrapado en métricas que se niegan a obedecer. Los ve inclinarse, reír demasiado cerca, quedarse un segundo más de lo prudente en cada pausa.

Voluptas, en cambio, baja a la pista improvisada y baila entre la gente. Brinda. Ríe. Celebra el éxito de su idea.

Vera sigue bebiendo y empieza a notar el alcohol en su versión menos amable. La que hace que el suelo tenga vida propia, que las luces resulten demasiado intensas y que la lengua se le vuelva torpe. Parpadea más de la cuenta y los ojos se le cierran sin que pueda evitarlo.

Eso sí lo entiende. Está mareada.

Ella no bebe así. Nunca. Pero esa sed insistente, la ausencia absoluta de agua en una fiesta diseñada para brindar, y la facilidad con la que le han rellenado la copa han hecho el resto. Ha ido mucho más allá de donde su cuerpo sabe moverse.

Al bajar del taburete, el suelo se mueve a sus pies. Tiene que aferrarse al borde de la mesa, fingiendo que el gesto forma parte de la conversación, mientras la dignidad empieza a deslizarse peligrosamente cuesta abajo.

—Creo que ya he tenido suficiente —dice, ajustando la voz a la fuerza—. Me voy a casa.

Rick reacciona al instante y rodea la mesa antes de que ella consiga alejarse.

—Espera, Vera. No puedes irte así.

—Oh, claro que sí. Adiós, Winterlow. Feliz Navidad.

Da un paso decidido que no termina de salirle recto. Rick se coloca a su lado, lo bastante cerca para que ella lo note… y para que no se vaya al suelo.

—Te acompaño a coger un taxi.

—No necesito…

—Vera, vamos —le dice— déjame ayudarte.

Su nombre queda suspendido entre los dos. No es una súplica. Tampoco una orden. Suena tan sincero que Vera no puede ni quiere negarse. Además, es cierto que necesita ayuda.

Salen de la fiesta y el aire de la calle la alcanza de lleno.Se abraza a sí misma, aunque la temperatura sea agradable. No es frío: es una incomodidad que se le instala por dentro, insistente, difícil de ignorar. Quiere irse a casa, meterse en la cama y no salir hasta que pasen las fiestas. Quiere silencio. Oscuridad. Agua y olvido.

El taxi se detiene frente a ellos. Vera abre la puerta y se mete dentro.

Rick se queda un segundo fuera. La observa: está demasiado pálida, y no puede mantener los ojos abiertos, con la cabeza empezando a vencerse hacia el cristal incluso antes de que el coche arranque.

No le gusta.

—Voy contigo —dice, y sube en el último instante.

Vera no protesta. No tiene fuerzas, ni ganas. Se gira hacia la ventanilla, apoya la frente en el cristal y deja que los párpados le ganen terreno mientras el taxi se pone en marcha.

El barrio de Vera parece diseñado por un director con gusto caro por los decorados que prometen finales felices: calles arboladas, farolas cálidas que no deslumbran, fachadas cuidadas sin

ostentación. Edificios bajos, balcones con plantas, alguna enredadera ocupando su espacio con descaro. Cafeterías de esquina de las que invitan a perderse durante horas, librerías que se niegan a morir. Un lugar donde la ciudad baja el volumen y, por un momento, hasta Los Ángeles parece capaz de portarse bien.

Rick paga el taxi y, antes de cerrar la puerta, se inclina hacia Vera. Ella murmura algo ininteligible y se apoya en él sin protestar. Rick le cuelga el bolso del hombro y, mientras la sostiene con un brazo, rebusca dentro con la otra mano.

—A ver… —murmura—. Llaves. Por favor, dime que llevas las llaves.

Las encuentra al segundo intento.

Camina con ella hasta el portal, prácticamente cargándola. Su intención es clara: abrir la puerta, asegurarse de que entra, dejarla allí y volver a la fiesta. O irse a casa. A cualquier sitio que no sea esta situación incómoda en mitad de la noche.

Y, aun así, se sorprende pensando que, ahora que ella ya no está en la fiesta, él tampoco quiere estarlo.

Vera intenta meter la llave en la cerradura. Falla. Lo intenta otra vez. Falla de nuevo. Se le escapa una risa breve, cansada, y apoya la frente en la madera de la puerta.

—No entra —dice, frustrada.

Rick resopla. La sujeta mejor, le quita las llaves con suavidad y abre él.

El estado de Vera es… lamentable. Apenas se sostiene en pie. Camina torcida, sin dignidad alguna, muy lejos de la mujer brillante y enigmática que rivaliza con él en Skyflix.

—Vamos —dice—. Un poco más.

La acompaña hasta el ascensor y luego por el pasillo hasta su piso. Abre la puerta y entra con ella.

Rick no sabe qué espera encontrarse, pero el piso de Vera es exactamente… Vera.

Luminoso sin ser pretencioso. Ordenado sin rigidez. Libros por todas partes; no como decoración, sino usados, doblados, subrayados. Fotografías enmarcadas sin seguir una línea clara: viajes, rodajes antiguos, amigos, paisajes. Una manta doblada sobre el sofá. Cojines cómodos. Una lámpara de luz cálida, original pero sin pretensiones y… un gato que se pasea por la casa y lo ignora.

Hay personalidad en cada detalle. Inteligencia. Sensibilidad. Carácter. Una mezcla extraña de disciplina y caos estructurado. Nada sobra y nada parece elegido al azar.

Rick la deja sentada en el sofá y se queda de pie, observando.

Es brillante. Carismática. Exigente. Apasionada. Tiene criterio, talento, una cabeza peligrosa y una lengua afilada. Y, para su desgracia, también tiene esa forma de ocupar los espacios que los vuelve interesantes.

Le jode admitirlo. Mucho.

Porque ese piso no solo habla de ella. Habla de alguien con quien quedarse. De alguien que construye un lugar propio en el mundo.

Rick había venido solo a dejarla en la puerta. Pero se queda. Y no lo hace porque no pueda marcharse, sino porque no quiere.

16

Mientras la fiesta sigue su curso abajo, con Rick y Vera mezclados entre la gente, Voluptas y San Valentín observan desde el primer piso.

Ven a Rick acercarse a la mesa de Vera. Ven a las cuatro compañeras levantarse casi de golpe, una detrás de otra, con esa rapidez que en los humanos siempre anuncia algo. Ven a Vera bebiendo sin apartar los ojos de él.

—¿Te has dado cuenta? —dice San Valentín—. Se han juntado y ha habido una estampida.

—Sí… —Voluptas sigue la escena con atención, cayendo en la cuenta de que esta fiesta al final ha sido muy mala idea—. Estaba con las chicas y, de repente, todas fuera. Y Rick le ha puesto una copa en la mano. No querrá emborracharla, ¿verdad?

—No lo sé, pero míralos —insiste San Valentín—. No dejan de discutir. Y los demás han dejado hasta de bailar. Solo están atentos a ellos.

—Es cierto —coincide Voluptas—. Tengo que darte la razón, Hagios. Quizá la fiesta no ha sido de mis mejores ideas.

Los dos siguen mirando hacia abajo. Ven tambalearse a Vera. A Rick cogerla del brazo para que no caiga y a ella separarse de él. Los ven discutir y abandonar el plató.

—Esto no va a mejorar —concluye San Valentín cuando ambos ya no están a la vista—. Ni siquiera en una fiesta consiguen comportarse, ni dejar de discutir.

Voluptas no responde de inmediato.

Sigue mirando, con los brazos cruzados y el semblante serio. Ya no queda rastro de la adolescente entusiasmada con la decoración. Lo que ve no le gusta, y le gusta aún menos admitirlo.

—No —acepta al fin—. Solo va a traer más drama. Para ellos… y para cualquiera que tenga la mala suerte de estar cerca. —Hace un gesto hacia la mesa vacía—. Como esas cuatro pobres chicas.

San Valentín asiente. Esta vez no necesita insistir.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Sí —dice Voluptas, girándose hacia él—. Creo que no basta con revertir el efecto de las flechas. Mandemos los informes definitivos con la recomendación de lanzar la flecha de repulsión.

Los dos se miran con decisión y asienten.

La flecha de repulsión directa no es una medida habitual. Y no es reversible. Ni siquiera Cupido puede deshacerla una vez lanzada. Por eso no depende solo de Romance o de Deseo: exige consenso. Y cuando el caso huele a desastre, entra también Casos Perdidos, el departamento que nadie menciona hasta que lo necesita.

—Será después de Navidad —dice San Valentín—. Romance y Deseo están desbordados. Turnos extra, incidencias, urgencias… No van a meter esto en la agenda ahora.

—Lo sé —responde Voluptas—. Pero la decisión está tomada, ¿verdad?

San Valentín tarda un segundo en contestar, porque aunque no tenga ninguna duda, el procedimiento es extremo y eso siempre le deja un regusto amargo.

—Está tomada —coincide—. Y lo único que espero es que no hayamos tardado demasiado en actuar.

Voluptas lo mira y, por primera vez en la noche, la expresión cambia. No hay entusiasmo ni chispa. Solo cálculo. Y un leve fastidio dirigido hacia ella misma.

San Valentín alza la mano y traza un gesto en el aire. La app se despliega con un halo luminoso y flota sobre el plató de Skyflix: una pantalla limpia, fría, fuera de sitio entre guirnaldas y vasos olvidados.

Un saludo corporativo parpadea, impecable:

FELICES FIESTAS — SERVICIOS CELESTIALES EN MODO ALTA DEMANDA

Voluptas lo lee y rueda los ojos.

—Qué oportunos —murmura.

San Valentín no dice nada al respecto. Desliza un dedo y aparecen gráficos, avisos breves, un resumen que no necesita dramatismo para resultar preocupante.

—Revisión completa del caso —dice, señalando lo imprescindible —. Si Cupido da el visto bueno, se programa.

—¿Cuánto tardará?

—Días —comenta con seguridad—. No es algo que se lance por impulso.

Voluptas asiente y esta vez no discute.

—Mejor. Si es irreversible, que al menos sea lento.

San Valentín confirma el envío. Hay una primera validación y luego otra. Y una tercera, con ese exceso de burocracia que, en el CMA, llaman seguridad.

La notificación aparece en la pantalla con registro de entrada.

CASO EN EVALUACIÓN — FLECHA DE REPULSIÓN DIRECTA — PRIORIDAD MEDIA-ALTA

Voluptas se queda mirando el aviso un segundo más de lo necesario.

—Es lo correcto —dice, más para convencerse que para convencerlo al santo.

—Lo es —responde él—. A veces, separar es la única forma de evitar que todo se queme.

La pantalla sigue activa. Abajo, Skyflix ya está casi vacío. La fiesta ha terminado.

La decisión, no.

Y mientras el CMA entra en su caos navideño —departamentos al límite, agendas imposibles, avisos educados en el peor momento —, una flecha empieza a formarse en algún lugar del sistema.

Todavía no ha sido lanzada pero ya está en camino.

Vera intenta hacer café sin demasiado éxito. Son casi las dos de la madrugada y, aunque Rick insiste en que beba agua, se tome una pastilla y se acueste, ella se empeña en preparar una cafetera.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Ya que me has traído a casa. Por cierto… él es Cristian —le explica señalando a su gato que se retira a su cojín.

La voz se le enreda. Los movimientos no siguen una línea recta. Se le va el peso a un lado, luego al otro, y está a punto de perder el equilibrio más de una vez. Al final, Rick se apiada: le quita la cafetera con suavidad y ocupa su sitio frente a la encimera.

—¿Se puede saber dónde guardas el café?

Abre cajones y puertas con una eficiencia casi cómica: el importante productor que en el plató da órdenes, aquí hace inventario doméstico. Vera lo mira desde su esquina, apoyada en la encimera por pura supervivencia, divertida.

—¿Vas a contarme tu historia, Winterlow? —pregunta, arrastrando las sílabas lo justo para que suene a reto.

—No tengo ninguna historia. Además… ¿para qué quieres saberla?

—Entonces sí hay una historia —concluye ella, señalándolo con el índice—. Lo sabía.

En otro momento, Rick se habría irritado. Ahora no puede. Está mareada, se tambalea, lo acusa con el dedo y, a pesar de todo, intenta mantener la dignidad, aferrándose a ella con la misma terquedad con la que no se quita el abrigo.

—¿Qué quieres saber? —cede al fin, sin poder evitar la sonrisa.

—Dicen por ahí que alguien te rompió el corazón y que por eso ahora eres un mujeriego empedernido. Que no crees en el amor y defiendes a ultranza las relaciones tóxicas… —Hace una pausa teatral, buscando aire—. O sea, todo lo que te fascina de esa película estúpida que quieres rodar.

Rick se queda quieto. La mira de frente. Nadie le habla así de su vida íntima. Ni siquiera Jimmy, que conoce lo de Elisabeth, se atreve a pisar ese terreno con tanta alegría.

—¿Quién dice eso?

—Ya sabes… las chicas.

—«Las chicas». —Rick repite la expresión con ironía—. Pues no hay mucho que contar, Vera. No tiene por qué haberme pasado nada con nadie para pensar que el amor, tal y como tú lo entiendes, está sobrevalorado.

—¿Tal y como yo lo entiendo? —Vera se incorpora un poco, intenta recuperar presencia y falla por un milímetro—. El amor es el amor, Rick. Es lo que mueve el mundo. Lo mejor.

—¿Y tú? —le devuelve él, sin apartarse de la cafetera—. ¿Por qué no te has casado? ¿Por qué rompiste con ese novio tuyo?

—¿Alfred? Es que… no tenía… no era mi…

—Por Dios, no digas «alma gemela» ni «media naranja». —Rick ni se molesta en disfrazar el gesto—. Es vomitivo.

—¿Por qué, Rick? ¿Por qué eres tan… así? —Vera lo observa con una seriedad que el alcohol no consigue borrar del todo—. Dime por qué no crees que exista alguien ahí fuera capaz de hacerte perder la cabeza hasta no querer mirar a nadie más.

—Porque no existe —contesta él, sin alzar la voz—. No hay una persona así.

Rick traga saliva. La mira y, de pronto, su vehemencia ya no le parece un chiste. Vera tiene un brillo distinto en los ojos, una sonrisa torpe, sí, pero arrebatadora. Le hace olvidar hasta lo que estaba diciendo. Luego, aparta la vista antes de que se note.

—Me voy a ir, Vera. Y tú deberías acostarte. Mañana vas a tener un dolor de cabeza de los que hacen religión.

—No te vayas.

—Vera…

—Estoy sola —insiste ella, quejándose—. Y es por tu culpa que no puedo ir con mi familia.

Da un paso hacia el sofá y se deja caer. No calcula bien la distancia. Los párpados se le vencen, el cuerpo la sigue, y se queda a medio camino entre sentarse y derrumbarse.

—¿Cómo va a ser culpa mía?

—Sí. Si no hubieras propuesto esta estúpida película, podríamos habernos ido a casa. Yo no…

Él la recoge justo a tiempo. La escena tiene algo grotesco y tierno a la vez: el vestido resbala, el tejido no ayuda, y él tiene que hacer un esfuerzo real para sujetarla sin que se le escurra entre los brazos.

—Vale. —Rick respira hondo—. Vamos a la cama, ¿de acuerdo?

La lleva hasta la habitación y, al entrar, se queda un segundo de más mirando alrededor.

En la cómoda hay fotos enmarcadas. Una familia, su familia, a juzgar por la insistencia con la que Vera la ha mencionado: una chica que se le parece en edad y en rasgos, un niño pequeño y una mujer que podría ser su madre. También hay imágenes antiguas: un hombre de unos cincuenta años abrazándola con firmeza, sonrisas sin pose, cariño sin negociación.

Rick siente un pinchazo breve, desagradablemente íntimo.

Él no tiene fotos así. No porque no tenga familia o no la quiera. Simplemente… no hace exhibición de nada. No deja huellas.

La diferencia entre ambos está en esa habitación sin necesidad de explicaciones: Vera celebra el amor en todas sus formas; Rick, en cambio, lo guarda. O se esconde. O corre antes de que lo alcancen.

17

Decir «la mañana siguiente» es un eufemismo optimista.

Cuando Vera abre los ojos, el sol ya está bien alto y la cabeza le late con fuerza, insistente, como un pulso mal sincronizado. La luz se filtra demasiado blanca, demasiado directa. El reloj del móvil marca las doce del mediodía. Nochebuena.

Parpadea despacio pero el mundo no se recoloca. Al contrario: se inclina, gira un poco, vuelve a inclinarse. El estómago protesta y nota la boca seca. La lengua espesa. Vera se queda quieta, midiendo cada respiración, esperando que el mareo entienda la indirecta y se retire.

No lo hace.

Desde el salón llega un ruido que no encaja con el caos mental que tiene en la cabeza: pasos tranquilos, cajones que se abren y se cierran, algo que suena peligrosamente a orden. Vera se incorpora con cuidado, con el equilibrio al límite, y asoma la cabeza.

Rick está de pie en su cocina. Descalzo, con la camisa arremangada y reordenando cosas como si fuera su propio espacio.

—Por favor, dime que no te has mudado —murmura ella, con la voz áspera de la resaca.

—Buenos días —dice Rick girándose hacia ella—. O buenas tardes, según cómo lo mires.

Vera se deja caer en el respaldo del sofá.

—Tengo un dolor de cabeza monumental. No estoy acostumbrada a beber. El alcohol se me sube muchísimo… —Hace una pausa, pensando—. Aunque también tengo mucha sed

últimamente. Muchísima. ¿Y si soy diabética? Tendré que hacerme pruebas. Es lo que me faltaba…

Rick no comenta nada. Le acerca un vaso grande de agua y se lo pone en las manos con cuidado.

—Bebe. Despacio.

Ella obedece y luego lo mira.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—El suficiente para darme cuenta de que no tienes ni una aspirina en toda la casa.

—¡Espera! —dice de pronto, cayendo en la cuenta—. ¿Has dormido aquí?

Rick hace un gesto señalándose a sí mismo.

—Yo tampoco esperaba quedarme, pero… —contesta él, sin dramatismo—. Oye, ¿Te importa si nos preparo algo de desayunar?

Vera parpadea.

—¿Quieres prepararme el desayuno?

—Si no te importa, sí. Tengo mucha hambre. En ese *catering* había demasiado alcohol pero poca comida.

—Eso es verdad —admite ella—. Lo que no sé es qué vas a poder hacer con lo que tengo en la nevera.

Rick responde abriendo el frigorífico e invitándola a acercarse.

Vera obedece, aún con la cabeza protestando, y cuando ve el interior, abre los ojos de par en par.

—Demonios, Winterlow… ¿de dónde ha salido todo eso? ¿Piensas dar una cena de Nochebuena a todo el vecindario?

Rick se ríe. Y Vera sonríe a pesar del dolor de cabeza, porque está empezando a darse cuenta de que ese sonido le gusta. Mucho.

—Bueno —dice él—, anoche hablamos de cenar juntos. ¿Recuerdas?

—¿Cenar juntos? ¿En Nochebuena? Pero…

—Veo que no lo recuerdas. Aunque no me extraña. —Mientras habla, va sacando huevos, *bacon*, pan—. Ayer me dijiste que no podías viajar a Inglaterra porque el día 26 tenemos que volver al trabajo. Por cierto, me pareció increíble no saber que eras inglesa. Disimulas muy bien el acento.

—No debiste escuchar bien —replica ella—. No pude decirte que soy inglesa. En todo caso diría que mi familia vive allí.

—Sí. Nombraste a tu madre, a tu hermana Abigail y a tu sobrino.

—¿En serio?

—Completamente y bien… —Rick se mueve por la cocina con una soltura que empieza a resultar sospechosa—. Yo comenté que tampoco iba a viajar a Vermont, donde viven mis padres, porque no pienso pasar los dos días libres que tenemos entre aeropuertos y controles de seguridad.

—En realidad, la culpa es tuya —interviene Vera—. Si no te hubieras empeñado en hacer esa estúpida película…

—Ahora iremos a eso —la corta, sin tensión—. Como te decía, entonces tú dijiste, y aquí cito textualmente: «Deberíamos cenar juntos en Nochebuena y comernos las sobras en Navidad. Es un desperdicio hacer dos menús diferentes». Y luego nombraste algo sobre el cambio climático.

Vera se incorpora, indignada.

—Yo no pude decir eso.

—Claro que lo dijiste. Y tengo pruebas.

—No puedes tener…

Rick saca el móvil y reproduce un audio.

Primero se escucha un ruido. Pasos inseguros y la risa de Vera, completamente desinhibida.

—Vera, por favor, quédate quieta un segundo —se oye a Rick, conteniéndose—. No, no camines así. Vas a matarte.

—No exageres… —responde ella, divertida, arrastrando las palabras y con la risa floja—. Estoy perfectamente.

Se escucha un golpe seco y algo que cae al suelo.

—¡Ay! —se queja ella, y acto seguido vuelve a reír—. Vale. Quizá lo de «perfectamente» es demasiado optimista.

—Te he dicho que te quitaras los zapatos —insiste él—. Dame eso. El otro también. ¡Vera! El otro.

—No quiero —protesta ella, con voz infantil—. Son caros.

—Te los quitas o te caes. Elige.

Se oye un forcejeo leve, torpe, cómico, y Vera vuelve a reír.

—Vale, vale… eres insoportable, Rick Winterlow.

Luego se escuchan frases ahogadas, ininteligibles, y más risas.

—Voy a quitarte el vestido —dice Rick, claramente incómodo—. No te asustes. Solo es… para que puedas acostarte.

—¿Siempre das tantas explicaciones? —pregunta ella, con la voz demasiado aguda.

—Solo cuando son necesarias. Así que repito… —dice lentamente— voy a quitarte el vestido, pero no voy a mirarte.

Otro pequeño golpe. Esta vez más suave.

—Auch —vuelve a quejarse Vera.

—¿Te has hecho daño?

—No… creo —dice ella—. Me estoy riendo demasiado para estar segura.

Rick suspira.

—Apóyate en mí, ¿vale? Solo un segundo.

Se escucha hablar a Vera pero no se le entiende y luego a Rick reír, a carcajada limpia.

—Repite eso —dice—. Pero voy a acercarte el móvil para que se entienda bien.

—¿Es que lo estás grabando? De acuerdo, repito —la voz de Vera suena clara, marcando cada sílaba—. Winterlow, deberíamos cenar juntos en Nochebuena…

Rick vuelve a guardar el móvil en el bolsillo mientras cocina los huevos y le da vueltas al *bacon*.

—En serio… ¿cómo pudiste grabarme? ¿Eso no es alguna especie de delito contra…?

—¿Contra qué? —responde él—. Te grabé precisamente para eso: para que no me pudieras acusar de nada… deshonesto.

Vera lo mira con los ojos entrecerrados.

—Claramente estaba bastante borracha. Si no, no se me habría ocurrido nunca decir algo así. Además… ¿no tienes con quién pasar estos días? Seguro que…

—Vera Clayton —la interrumpe, firme—, acabo de hacer una compra importante. Si tuviera otros planes, no lo habría hecho. No podemos desperdiciar toda esta comida… es por el clima, ¿recuerdas?

Sin más protestas, desayunan en la cocina.

Mientras Vera come los huevos y el *bacon* que él ha preparado, se da cuenta de algo. Se mira a sí misma, comprobando que lleva el pijama puesto.

—¡Espera un momento! —exclama, indignada—. ¿Tú me desnudaste y me pusiste el pijama?

Rick asiente con total tranquilidad.

—Sí. Y también te metí en la cama y te arropé.

—¿Cómo pudiste? Eso es…

—Exacto: una tarea de casi ingeniería —la interrumpe—. Ese vestido resbalaba por todas partes. Apenas podía sostenerte; te escurrías entre mis brazos. Y, por cierto… —añade, señalándose el hombro— te arañaste en una de esas maniobras.

—Me refiero a cómo te atreviste a invadir así mi intimidad. Eso es…

—Eso no es nada, Vera. No te pongas mojigata ahora. Ya hemos… ya sabes. Y anoche fui un perfecto caballero. Te desnudé sin mirarte. Te lo juro.

Después de ese desayuno tardío que ya roza la comida, el día se estira sin que ninguno de los dos sienta la necesidad de empujarlo en ninguna dirección concreta.

Resulta curioso pensar que llevan años trabajando juntos, compartiendo reuniones, pasillos y rodajes, discutiendo presupuestos y defendiendo ideas con uñas y dientes, y que, aun

así, apenas sepan nada el uno del otro más allá de lo estrictamente profesional. Se conocían las rutinas de trabajo, las manías en una sala de guionistas, el tono exacto que precede a una discusión seria. Lo personal, en cambio, había quedado siempre fuera.

Ahora no.

La tarde avanza despacio, entre conversaciones que empiezan con una frase suelta y acaban convirtiéndose en historias completas. Vera habla de su familia en Inglaterra, de su madre, de su hermana Abigail y de su sobrino, de esas Navidades largas alrededor de una mesa donde siempre hay más gente de la prevista y donde nadie se levanta sin haber comido de más. Rick escucha con atención, apoyado unas veces en la encimera y otras sentado en el suelo, interviniendo solo cuando alguna pregunta le parece necesaria.

Después es él quien habla de Vermont, de sus padres y de la ausencia de hermanos, de esas Nochebuenas tranquilas en las que se reúnen con los primos, sin grandes rituales ni solemnidades, pero con una constancia que nunca se rompe. Lo cuenta sin nostalgia exagerada, sin dramatismo, como si fuera algo que no necesita ser defendido ni justificado.

Mientras tanto, la cocina va cobrando vida casi sin que se den cuenta. Se lavan verduras y se sigue la receta que Rick ha propuesto. Vera se sienta en un taburete con una copa de agua —esta vez solo agua— y lee instrucciones en voz alta, exagerando el tono como si estuviera narrando algo importante, mientras Rick corta, prueba, ajusta y corrige sobre la marcha. Se interrumpen, se contradicen y se ríen cuando algo no sale exactamente como esperaban.

El tiempo pasa sin avisar.

La luz de la tarde cambia poco a poco en el salón, el cielo se vuelve más pálido y la ciudad, al otro lado de las ventanas, empieza a bajar el ritmo. Dentro, el apartamento se llena de olores que no

estaban previstos cuando empezó el día, de una sensación doméstica que ninguno de los dos había anticipado.

No hay prisa. Tampoco hay planes que vayan más allá de lo inmediato.

Cuando por fin toman conciencia del reloj, el pavo de Nochebuena está prácticamente listo a falta de meterlo al horno, y en algún punto impreciso, entre pelar una patata y discutir si eso está demasiado hecho o todavía le falta un poco más, ambos llegan a la misma conclusión, aunque ninguno se atreva a decirla en voz alta: que es extraño lo poco que se conocían hasta ahora y, al mismo tiempo, lo fácil que está resultando hacerlo.

La tarde se acomoda entre charla y cocina, y cuando ya están rematando el menú que luego cenarán, el móvil de Vera vibra sobre la encimera. En la pantalla aparece Abiagail, su hermana, pidiendo una videollamada.

Vera mira a Rick, se disculpa con un gesto y se encierra en su dormitorio para tener un poco de intimidad. Pulsa aceptar.

Abi aparece en pantalla con la mesa de fondo: voces, risas, platos, una Nochebuena inglesa en pleno funcionamiento. Son las doce allí; aquí, en Los Ángeles, las cuatro de la tarde.

—¡Por fin! —dice Abi—. Mamá estaba a punto de declararte desaparecida.

—Estoy bien. —Sonríe su hermana, cansada—. Solo… ha sido un día largo.

—Vera, ¿dónde guardas el romero? —pregunta Rick desde la cocina.

Abi de repente abre los ojos al escucharlo.

—¿Qué ha sido eso? He oído una voz de hombre, Vera. Y no era la voz chillona de Alfred, seguro.

—Abi, por favor… —susurra Vera al teléfono.

La chica sonríe, encantada, y gira un poco la cámara hacia la mesa.

—¡Mamá! ¡Tu hija tiene un hombre escondido en su piso!

—¡Cállate! —le recrimina— No es cierto… A ver, no está escondido. O sea... Sí, es un hombre, pero no es lo que parece. Es un compañero de trabajo y estaba solo en Nochebuena también y…

—¿Un compañero? —Abi sube el volumen sin pudor—. ¡Mamá! Dile a tu hija que no hay que liarse con compañeros de trabajo. Regla número uno: ni compañeros ni los ex de tus amigas. ¿En qué estabas pensando?

—¿Puedes callarte de una vez? No voy a liarme con… él.

Le sale con muy poca convicción porque, en fin… eso ya ha sucedido y Abi sonríe, triunfal, picándola todavía más.

—¿Quién es?

—Nadie.

—Hermanita…

Vera duda un segundo. Pero conoce a su hermana y sabe que no parará hasta conseguir un nombre, así que, desiste.

—Es… Rick. Rick Winterlow.

Abi no puede disimular su gesto de sorpresa.

—¿Qué dices? ¿El Rick ese que siempre has dicho que odias?

Vera abre la boca para contestar, pero en ese momento llaman a la puerta: dos golpes suaves.

—Vera —se oye la voz de Rick al otro lado—. Me falta romero para el pavo asado. Voy a comprarlo a la tienda, ¿de acuerdo?

Abi lo oye y se le ilumina la cara.

—¿Pavo asado? —susurra, y enseguida mira a Vera—. No me jodas, ¿está cocinando para ti? Esto me lo cuentas. Entero.

Vera cierra los ojos un instante porque no sabría ni por dónde empezar aunque quisiera.

18

Mientras Rick prepara aperitivos y termina el relleno del pavo, Vera habla por videollamada en la otra habitación. El móvil de Rick vibra sobre la encimera con insistencia: un aluvión de mensajes de Jimmy, uno detrás de otro, con una urgencia difícil de ignorar en plena Nochebuena.

Rick suspira, se limpia las manos con un paño y lo llama antes de que la pantalla se le llene de culpa.

—Tío, llevo llamándote todo el día. ¿Cómo fue la fiesta ayer? —dispara Jimmy, sin saludo—. ¿A qué hora vienes? Mi sobrina me está torturando, necesito otro adulto aquí de mi edad.

—Sí… bueno, sobre eso, Jimmy. Tendrás que disculparme con tu madre, pero no voy a poder ir a cenar.

—¿Qué? ¿Por qué? No puedes hacerme esto. ¿Qué ha pasado?

Rick mira de reojo hacia el pasillo, hacia la puerta cerrada donde Vera sigue hablando con su familia, y baja la voz, asegurándose de que no pueda escucharlo.

—Estoy en casa de Vera. Ceno con ella esta noche y…

—Espera. —Jimmy se queda en silencio un segundo, solo para recrearse—. Rebobina. Y hazlo despacio. Primera pregunta: ¿qué haces en casa de Vera?

—La traje anoche. Bebió demasiado en la fiesta y…

—¿Te la has tirado otra vez? Porque recuerdo perfectamente lo de «no volverá a pasar» y lo de «me odia» y lo de «es un desastre» y bla, bla, bla.

—¿Puedes no gritar, joder? —Rick se aprieta el puente de la nariz—. No ha pasado nada. Bebió demasiado, la acompañé, y me quedé porque… no lo sé. Da igual. La cuestión es que está sola, como yo, y vamos a cenar juntos esta noche.

—Tú no estás solo, joder. Ibas a venir a cenar con nosotros. ¿Recuerdas?

—Ya. Ha habido un ligero cambio de planes.

—¿Ligero? —Jimmy suelta una risa incrédula—. Esto es surrealista, amigo. No puedo creerlo.

Rick se apoya en la encimera, mira el pavo, y no encuentra una explicación que suene razonable ni siquiera en su propia cabeza.

—Te lo compenso —murmura, sin demasiada convicción.

—Me lo compensas con tu presencia, Rick. —Se oye ruido al fondo, voces, una niña llamando a Jimmy—. Dime, al menos, que no vas a dejarme aquí solo con esto.

—No voy a ir, Jimmy.

Al otro lado del apartamento, Vera intenta sobrevivir a la mesa inglesa desde una pantalla.

—Abi, baja un poco la voz, que tu hijo te va a oír —le dice, con el móvil pegado a la cara—. Ya os lo he dicho: los dos estábamos solos y…

—¡Es una noche en familia, Vera! —protesta, indignada.

—Estaréis dormidos, Abi. —Vera se frota la frente—. ¿Qué más te da? Así, al menos, no estaré sola.

—Ese hombre es el demonio. Tú lo has dicho mil veces.

—Bueno… —Vera duda, y eso la delata—. Puede que no sea tan malo, ¿sabes? Es bastante…

—Ay, no. Por Dios. —Abi casi se atraganta nada más de pensarlo —. ¿Qué estás diciendo?

—¿Qué? No se puede juzgar a la gente sin conocerla realmente y…

—Mamá —dice Abi, girando el móvil hacia alguien fuera de plano—, ¿se lo dices tú o llamo a mi hijo para que también se lo diga?

—No tenéis nada que decirme —corta Vera de inmediato—. Sé cómo suena. Y solo es… un acuerdo. Nada más.

—Vera…

—Bueno, os cuelgo. Que paséis buena noche y… Feliz Navidad.

—¡Espera…!

Pero Vera ya ha colgado.

En la cocina, Rick se queda mirando el móvil, sin escuchar. Jimmy sigue al otro lado, quejándose porque lo va a dejar solo y mientras tanto solo piensa en las consecuencias, en lo que significa realmente pasar una noche como esta con Vera.

Cuelga la llamada sin decir nada y deja el teléfono sobre la encimera. No lo mira al hacerlo. El gesto es limpio y definitivo.

Sale de la cocina.

En la otra punta del apartamento, Vera ya ha cortado la videollamada. La pantalla se apaga. Deja el móvil sobre la primera superficie que encuentra y abre la puerta.

Se topan en el pasillo.

Frenan a la vez. Les falta nada para chocar. Rick alza la vista. Vera también. El pasillo se queda pequeño de repente, ocupado por su presencia y por todo lo que ninguno nombra.

Entre los dos queda un espacio incómodo: suficiente para no rozarse, insuficiente para fingir que no se sienten. A Rick le late el pulso en las sienes. Vera nota que el aire cambia, y todo se vuelve… intenso.

Se miran.

No es sorpresa. Es reconocimiento.

Algo ha encajado sin aviso, sin acuerdo previo, sin necesidad de ser nombrado. Lo saben los dos. Y ninguno retrocede.

El pasillo es estrecho y la casa está en silencio. La cena espera en la cocina, olvidada.

El beso llega sin aviso, sin preparación y sin preguntas. Ninguno de los dos duda ni un segundo. Se acercan al mismo tiempo y sus bocas se encuentran con una precisión que parece sacada de una de las escenas que ruedan en sus películas. Las lenguas se buscan y se reconocen como si ese fuera su destino, como si siempre lo hubiera sido.

Es la cuarta vez que la cosa acaba con un beso.

El primero fue un estallido, un relámpago sin contexto ni promesas. El segundo, puro impulso: deseo sin pensamiento, una colisión que los llevó a follar en el cuarto del almacén del *atrezzo*. Sexo rápido, casi violento de necesidad, sin entender todavía de dónde nacía esa urgencia ni a dónde los dirigía. El tercero apenas supo a nada porque los interrumpieron.

Este beso sabe distinto.

Este llega con conciencia y reconocimiento, con la certeza irrefutable de que ya no pueden seguir fingiendo que no pasa nada entre ellos. No es un beso robado ni un error. Es una elección.

La espalda de Vera choca contra la pared del pasillo. Rick le sostiene el rostro con ambas manos, firme, decidido, sin titubeos. Ella gime cuando sus bocas vuelven a encontrarse, cuando él la aprieta contra su cuerpo y la mantiene ahí, sin dejarle espacio para huir ni para pensar. Cuando sus lenguas se acarician.

Se mueven a ciegas por el pasillo, demasiado estrecho, demasiado largo para lo poco que quieren separarse. Apenas hay palabras. Solo bocas, respiraciones entrecortadas, gemidos que se escapan de lo más hondo, en la penumbra.

Vera tantea a su espalda, encuentra el pomo de la puerta y la abre. Entran.

Justo en esa habitación donde hace unos minutos le juraba a su hermana que aquello era solo un acuerdo. Una cena entre dos compañeros que iban a estar solos en Nochebuena.

No lo es.

No lo ha sido desde hace rato.

Ella lo sabe en lo más profundo de su cuerpo, en ese lugar donde el deseo no entiende de excusas ni de discursos. No es un acuerdo lo que siente. Es una necesidad íntima, más intensa de lo que estaba dispuesta a admitir.

Y Rick… Rick está cansado de fingir que no cree en esto.

Que no siente putas mariposas en el estómago y no está escuchando los violines en su cabeza mientras la está besando.

Está cansado de repetir que el amor es una invención conveniente, una historia que se vende bien en pantalla. De negar lo que su cuerpo y su pecho llevan diciéndole días enteros.

Avanzan de espaldas hasta que las piernas de Vera tropiezan con el borde de la cama. Es entonces cuando se separan unos centímetros, lo justo para mirarse.

Los ojos de Rick están oscuros, cargados de algo que va mucho más allá del deseo inmediato. Abre la boca, dispuesto a decirlo. A confesar que lleva demasiado tiempo queriendo esto. Que lo del almacén no le bastó y que no quiere que esta noche sea un paréntesis.

Está a punto de desnudar algo más que el cuerpo.

Pero Vera no le da tiempo. Ella decide hablar de otra manera.

Le desabrocha la camisa, botón a botón, sin dejar de besarlo. Despacio pero con una intención que no admite interpretaciones. La prenda cae al suelo y ella empieza a deshacerse de la suya, quedándose en ropa interior. Cuando va a continuar, Rick la detiene.

—Espera —susurra contra sus labios—. Vera, yo…

Por un segundo, la duda cruza los ojos de ella. Rick le toma las manos y las lleva a su espalda, sujetándolas con cuidado, poniendo pausa a su corazón completamente desbocado y marcando el ritmo.

—¿Pasa algo? —pregunta Vera, con la respiración alterada.

—Sí —responde él, sin soltarla—. Quiero hacerlo yo. Y quiero hacerlo despacio. ¿Me dejas?

Vera traga saliva. *Despacio* le provoca un estremecimiento inmediato. Despacio puede significar demasiadas cosas, y no está segura de poder soportar tanta calma cuando los dedos de Rick empiezan a recorrerle el cuello y bajan hasta su pecho con una lentitud calculada, deliciosa y cruel a la vez.

La yema de sus dedos dibuja el camino con cuidado, erizando su piel a cada contacto. Rick observa cómo reacciona, cómo se le acelera la respiración, cómo el cuerpo se le adelanta a la cabeza.

Cuando llega a sus pechos, le desliza los tirantes del sujetador sin prisa, sosteniéndola con la mirada.

Se lame los labios, disfrutando cada segundo.

Esto no es un encuentro torpe contra una mesa, entre disfraces y *atrezzo*. Esto es el cuerpo de Vera ofrecido sin urgencia, y sus labios recorriéndolo con una atención casi reverencial, descendiendo por su pecho, deteniéndose lo justo, bajando hasta su cintura.

Desabrocha sus pantalones mientras deja besos sobre cada centímetro de piel que descubre, una devoción que a Vera le resulta insoportable en el mejor sentido posible. Cuando por fin se los quita, la guía hasta la cama y la deja tumbada, observándola mientras asciende lentamente hasta la almohada.

Rick se queda un instante allí, contemplando lo que tiene delante: Vera, expectante, con la respiración agitada y la mirada cargada de deseo.

Se quita sus propios pantalones y vuelve a ella. Vera lo recibe, pero las palabras se le quedan atrapadas en algún punto entre el pecho y la garganta cuando él se acomoda sobre su cuerpo, ajustando el peso, midiendo la distancia.

La calma se rompe cuando vuelven a besarse.

Esta vez el beso es más urgente, más profundo, cargado de una necesidad que ya no admite esperas ni tiempos. Los gemidos llenan la habitación, se mezclan, se buscan.

Vera se inclina hacia su oído, con la voz baja, temblorosa de deseo.

—Creo que ya hemos ido despacio… demasiado… tiempo…

—Y yo creo que eres un poco impaciente, Vera.

Rick sigue tomándoselo con calma, besándole el cuello, recorriéndola con las manos, tocándola en todas partes menos donde ella más lo necesita. La tortura es consciente. Calculada. Cuando Vera ya no aguanta más, le coge la mano y la guía entre sus muslos, justo donde la humedad ha empapado la tela de la ropa interior.

—Joder —gime, aliviada.

Rick se queda inmóvil un segundo, sorprendido tanto por la firmeza del gesto como por lo que encuentra bajo sus dedos.

—Joder digo yo, Clayton —murmura—. Me encanta ponerte así de mojada.

—Y a mí me encanta que lo hagas —responde ella, sin apartar la mano—. Pero si no me follas ya, voy a empezar sin ti.

Rick sonríe mientras sigue disfrutando del contacto con su piel. Lo está disfrutando, sí, pero está casi tan desesperado como Vera.

No la hace esperar más.

Entra en ella sin palabras ni excusas, profundo y lento, llenándola de golpe. Deja escapar un gemido suave junto a su oído que a Vera la prende todavía más, y se queda quieto un instante, acostumbrándose a su calor, a la presión de su cuerpo, a la certeza física de estar exactamente donde quiere estar.

Vera ahoga sus propios gemidos en el cuello de él, adaptándose a tenerlo dentro, con la memoria aún viva de la última vez. Su cuerpo lo reconoce antes que su cabeza.

Rick empieza a moverse dentro de ella, una embestida tras otra, larga, profunda, sin prisa, sintiendo cada roce, cada reacción, cada suspiro que se le escapa a Vera. El ritmo es constante, seguro, decidido.

Vera se deja llevar, estremecida, maravillada de comprobar cómo Rick parece dar en el sitio exacto cada vez. Y si no fuera por el pasado que arrastran, si no fuera por todo lo que se han negado, se lo diría. Lo diría en voz alta, lo gritaría en medio del silencio de su apartamento: que es jodidamente bueno en esto. Que sabe exactamente cómo hacerla perder el control.

Así que se contiene. Lucha por no correrse demasiado pronto, por no dejarse vencer antes de tiempo. No solo porque quiere prolongarlo, sino porque no piensa darle la satisfacción de saber hasta qué punto está completa y jodidamente loca por él.

Y mientras la cena de Nochebuena espera a cocinarse en un horno apagado, el verdadero calor prende en la habitación contigua, lento e inevitable, consumiéndolos sin prisa, como si el mundo hubiera decidido concederles, al fin, este día solo para ellos.

19

Vera no es una mujer madrugadora. Rick tampoco. Y, aun así, la mañana de Navidad se despierta demasiado temprano, enredado entre las sábanas y las piernas de Vera, con el eco de lo ocurrido la noche anterior todavía latiéndole en el cuerpo. La piel sigue sensible, alerta, y el deseo no se ha apagado del todo; permanece ahí, bajo la superficie, atento.

Rick abre los ojos antes que ella.

No se mueve enseguida. Se queda observándola dormir, consciente de que hay algo peligrosamente adictivo en ese gesto. Vera es un espectáculo del que no logra apartar la mirada: el pelo desordenado sobre la almohada, la respiración tranquila y profunda, la calma de alguien que ha bajado la guardia. Incluso la tregua entre ellos parece haberse quedado a dormir. Afuera, Los Ángeles amanece cálido, indiferente a la fecha, ajeno a la Navidad y a cualquier cosa que no sea seguir siendo Los Ángeles.

Cuando Vera se mueve y abre los ojos, aún somnolienta, Rick ya está incorporado, sentado en la cama. La expresión que tiene es peligrosa; de las que anuncian problemas… o decisiones.

—Se me acaba de ocurrir un plan —dice.

—¿Un plan? Es demasiado temprano hasta para eso, Rick Winterlow —responde ella, escondiéndose entre las sábanas—. Por cierto, feliz Navidad.

Rick la mira en silencio y baja la sábana que le oculta el rostro, despacio, entreteniéndose en el gesto, sonriendo al descubrirla por completo. Vera parpadea, todavía atrapada en el sueño, y Rick se aguanta las ganas de besarla ahí mismo y felicitarle la Navidad de la

forma en que la está sintiendo ahora. En lugar de eso, le da un toque leve en la nariz, casi infantil, y ese gesto sencillo consigue descolocarla.

—Feliz Navidad, Vera. Y sí, es temprano, pero mi plan incluye sexo en la ducha, desayuno en la cocina y algo divertido. Dime por dónde quieres empezar.

Ella sonríe despacio, con una expresión que no tiene nada de inocente.

—¿Hay algo más divertido que el sexo en la ducha?

—Lo que pienso hacerte allí te va a provocar de todo menos risa —contesta él—. Te lo aseguro.

La ducha se alarga bastante más de lo que el cambio climático aconsejaría, pero a Vera no le importa lo más mínimo en esta ocasión. Y no, no se ríe en absoluto.

Después, el desayuno transcurre entre miradas que expresan mucho más que algunas palabras y una sensación nueva, difícil de ignorar: la de que algo entre ellos ha cambiado de forma irreversible.

No hablan de ello mientras dan buena cuenta de las sobras del pavo de la cena. No necesitan palabras cuando el silencio está lleno de miradas, de roces, de gestos que dicen mucho más que cualquier intento de explicación.

Ambos saben que lo que están viviendo tiene de todo menos lógica. Mientras Vera piensa que tal vez se trate de una dulce casualidad navideña, Rick tiene la certeza de que es la respuesta a algo que llevaba mucho tiempo buscando. Algo que nunca pensó encontrar en Vera.

Los móviles de ambos vibran sin descanso con mensajes acumulándose, pantallas iluminándose una y otra vez desde la encimera. Ninguno de los dos les presta atención porque saben que,

si contestan, van a tener que dar unas explicaciones para las que ellos mismos no tienen respuesta.

Cuando por fin se visten, Rick rompe esa calma extraña con una pregunta sencilla, y Vera entiende que no es solo una invitación.

—¿Te apetece hacer ahora ese algo divertido?

—En realidad, me da un poco de miedo pensar que es lo que tú consideras divertido —contesta Vera, ladeando la cabeza.

—Te prometo que te gustará… o al menos te reirás.

No da más detalles. Tampoco hace falta. Vera lo observa con esa desconfianza automática que le han regalado años de enfrentamientos, de reproches velados y discusiones interminables. Aun así, se pone el abrigo y lo sigue, consciente de que, desde la noche anterior, ya no necesita negociarlo todo.

El taxi los deja en Olive Street, junto a una plaza que a esa hora parece suspendida en el tiempo. Vera tarda un segundo en orientarse, en entender por qué Rick paga, baja primero y le tiende la mano sin decir nada.

Entonces la ve.

La pista de hielo aparece ante ellos como una anomalía deliberada en mitad de la ciudad: un rectángulo blanco en pleno Pershing Square, rodeado de luces suaves, música navideña sonando a bajo volumen y apenas nadie alrededor. Es temprano y la Navidad todavía no ha terminado de desperezarse.

La ciudad se mueve despacio. Ven a algún corredor ajeno a las fechas, a un par de personas mayores paseando al sol, y poco más. El resto del mundo parece haberse quedado en casa, alrededor del árbol, alargando una mañana que solo ocurre una vez al año.

Vera se detiene nada más verla.

—Eso no puede ser de verdad.

—Lo es —responde Rick, sin disimular la satisfacción—. Pensé que podríamos divertirnos un poco. Forma parte del plan. De todo lo que te he prometido.

Ella baja la vista al hielo y luego vuelve a mirarlo con cara de pánico.

—Nunca he patinado.

—Perfecto —dice él—. Así puedo enseñarte. Déjame darte la experiencia completa.

Rick se agacha para atarle los patines con cuidado, concentrado en cada gesto. Vera lo observa desde arriba. La escena le resulta extrañamente familiar: él arrodillado, ella quieta, el tiempo suspendido en algo pequeño y doméstico. Es el tipo de momento que ha producido mil veces para la cadena y que siempre ha visto desde fuera, detrás del monitor, con un café entre las manos. Solo que ahora está dentro.

Y lo más desconcertante es que quien se la está brindando es precisamente Rick Winterlow: el mismo hombre que ha pasado años desmontando historias así con sarcasmo profesional.

En la pista, Vera se mueve insegura, agarrándose a él mientras intenta mantener el equilibrio. El hielo le resulta traicionero, demasiado liso, sin nada a lo que aferrarse. Pero se siente segura porque él le sostiene las manos con paciencia, guiándola sin prisa y atento a cada reacción, a cada duda. Rick parece tener todo el tiempo del mundo y ningún lugar mejor al que ir.

Durante unos segundos parecen exactamente lo que él siempre ha criticado: una pareja en Navidad, patinando bajo luces cálidas, protagonizando una escena demasiado bonita para ser real. Vera es consciente de ello, y lo sería incluso si no trabajara rodeada de historias así todos los días.

Es un cliché absoluto. Y, aun así, funciona.

Vera se cae. Y vuelve a caerse. Rick intenta sujetarla; a veces lo consigue y otras no, y en más de una ocasión acaban los dos en el suelo, riéndose, llamando la atención de los pocos que pasan por allí. A Vera le sorprende no sentir vergüenza, no querer levantarse de inmediato, no preocuparse por cómo se ve desde fuera.

—Te prometo que mejora —le dice Rick, mientras la ayuda a levantarse, todavía sonriendo y mirándola con una intensidad que la descoloca.

—Mientes fatal, Winterlow.

Pero Vera lo cree y lo intenta otra vez. Y otra. No por obstinación, sino porque Rick no se separa de ella en ningún momento. La deja avanzar sola un instante, lo justo para que confíe… y para estar ahí cuando vuelve a necesitarlo. Poco a poco, casi sin darse cuenta, empieza a mantenerse en pie durante más tiempo. También empieza a preguntarse en qué momento dejó de tensarse al agarrarlo.

Cuando por fin levanta la cabeza, lo mira con una mezcla de sorpresa y orgullo que a Rick lo deja sin palabras. No es solo que lo haya conseguido; es la forma en que lo mira, con un brillo en los ojos que alumbran más que las luces de la pista de hielo. Rick le devuelve la mirada sin ironía, sin distancia y con un sentimiento en lo más hondo que no se atreve a analizar.

De momento.

Sabe que nada de esto es casual. Que no ha improvisado ni se ha dejado llevar por un capricho navideño. La ha traído hasta aquí porque, sin saber muy bien el motivo, era exactamente esto lo que estaba buscando. Aquello de lo que siempre ha huido. Aquello que ahora ha decidido provocar.

Al salir, envueltos en bufandas, con las manos frías y el pelo revuelto, Vera espera el comentario irónico. El remate fácil. La forma habitual en que Rick se protege cuando algo le importa. En lugar de eso, él la mira de reojo y le hace una pregunta simple, casi doméstica, como si no acabaran de salir de una pista de hielo en mitad de Los Ángeles.

—¿Tienes hambre?

—Muchísima —responde ella—. Y sed también.

Rick sonríe para sí mismo. Hace solo unas semanas habría dicho que todo aquello era una estupidez digna de una película de sobremesa. Hoy, sin embargo, no cambiaría esa mañana por nada de lo que antes daba por sentado.

La lleva hasta un edificio discreto que no parece gran cosa desde la calle. Es de esos que se confunden con cualquier oficina sin historia y Vera no sabe qué esperar. Suben en ascensor hasta la azotea y, cuando las puertas se abren, se queda quieta, con el cuerpo detenido a mitad del paso y la mirada clavada en lo que tiene delante.

La terraza parece un decorado. Literalmente.

Y no uno cualquiera, sino uno sacado de la mejor producción romántica de Skyflix.

Hay madera bajo los pies, luces cálidas colgadas con intención, a la altura exacta para favorecer una piel bonita y una conversación íntima. En el centro, una chimenea de bioetanol mantiene una llama limpia, perfecta; y, a un lado, una máquina escupe copos blancos que caen despacio y de manera constante, fabricando una nevada que en Los Ángeles no debería existir.

El lugar está vacío.

Vera nota cómo los nervios le suben hasta la garganta y se concentran directamente en los ojos. Son nervios de incredulidad y

desconcierto. Pero hay algo más, una emoción que le aprieta por dentro y amenaza con desbordarse. Y eso sí que no lo tenía previsto.

—Rick… —empieza ella, sin terminar la frase—. ¿Qué… qué es esto?

—Un amigo mío es dueño del sitio —dice él, intentando restarle importancia, aunque no lo consigue—. Cierra en Navidad, pero mientras tú te arreglabas después de la ducha lo llamé. Me debía unos cuantos favores y… digamos que hoy me los he cobrado.

Vera lo mira, divertida, aún procesando la escena.

—¿Has llamado a un amigo para que abriera su local en Navidad y poder traer a una chica para impresionarla?

—¿Estás impresionada? —le pregunta Rick fingiendo sorpresa—. El local iba a estar cerrado de todos modos. Solo le pedí que lo dejara preparado mientras patinábamos. Las luces, la chimenea, la nieve… la máquina de chocolate encendida.

—¿Hay chocolate? —pregunta Vera abriendo los ojos.

—Lo hay.

Rick acompaña la afirmación alzando un pequeño ramo de muérdago falso y, antes de que ella pueda ironizar, le roba un beso tierno en los labios. El gesto la descoloca por una dulzura que no esperaba. La estampa es perfecta: Vera ligeramente de puntillas, la nieve artificial posándose sobre sus chaquetas y el muérdago sobre sus cabezas.

No hay nadie más. Ni camareros. Ni conversaciones ajenas. Ni el ruido habitual de la ciudad colándose por algún resquicio. Solo ellos, el murmullo del aire y la impresión de haber quedado al margen de todo; un refugio con luz cálida, nieve inventada y un silencio que no pide explicaciones.

—¿De dónde ha salido este sitio? —pregunta Vera, con los ojos brillantes, girando sobre sí misma para abarcarlo todo.

Rick duda un segundo, porque decir la verdad lo coloca en un territorio que siempre ha ridiculizado. Aun así, lo hace.

El local está lleno de restos de ficción. No en el sentido triste de un almacén, sino en el de una segunda vida: una colección de pequeñas mentiras bonitas rescatadas del olvido. Hay muebles que no combinan entre sí y, sin embargo, encajan. Alguien ha reunido en un solo lugar piezas sueltas de escenas románticas: lo que Skyflix rodó, desechó, olvidó… y aquí ha encontrado otro destino.

En una esquina, una barra estrecha muestra la madera marcada por golpes de rodaje y una hilera de taburetes desparejados, cada uno con su propia historia. Detrás, una estantería sostiene tazas con nombres pintados a mano y platos con dibujos demasiado perfectos para un bar real. En las paredes cuelgan marcos con fotografías en blanco y negro de ciudades inventadas y, justo al lado, un neón con una frase cursi que alguien se tomó la molestia de salvar: ***LOVE IS A CHOICE****,* sin ironía, sin vergüenza.

Hay un cartel de «café» de esos que en pantalla siempre quedan bien, una guirnalda de *polaroids* con parejas que no existen y libros falsos colocados con intención, porque incluso la literatura aquí forma parte del decorado. Un ramo de flores secas dentro de un jarrón impecable. Una caja de cartas antiguas atada con una cinta roja. Una campanilla de mostrador que pide, casi suplica, que alguien la haga sonar antes de decir «hola».

No es un bar. Es una colección de escenas.

—Mi amigo montó este sitio hace dos años —explica Rick, observándolo todo con una mezcla de orgullo discreto y resignación —. Y… sí. Digamos que muchas cosas de aquí han salido de decorados descartados de Skyflix.

Vera lo mira, pestañea y luego abre la boca con una indignación teatral que le sale demasiado bien.

—¿Robaste material de la cadena para dárselo a tu amigo?

—¿Robar? No. —Rick pone cara de inocente—. Eran cosas que iban a tirar. Yo solo… las salvé. Les di una segunda oportunidad. Todo por el cambio climático.

Ella hace un gesto amplio, señalando la terraza, la nieve, la chimenea perfecta, las luces.

—¿Una segunda oportunidad? Winterlow, esto es… —dice, mirando alrededor—. Es perfecto. Nunca lo habría esperado y menos de…

—De alguien como yo, ¿verdad?

La pregunta queda entre los dos, mezclada con la nieve artificial que cae sobre la azotea. Vera baja la mirada. Ha hablado de más. Rick, en cambio, no se apresura a responder: la observa un segundo y le sonríe, tranquilo, sin necesidad de defenderse ni de enmendar nada.

—No te preocupes, lo entiendo. Pero mira… ¿recuerdas *Un café para siempre*? —dice, señalando una mesa pequeña junto a un ventanal—. Esa era la mesa donde se reconciliaban en el episodio ocho. Y ese neón… —inclina la cabeza hacia la pared— lo montaron para *Navidad en el Beverly Hills*. La que tú odiaste porque «nadie se enamora así en Los Ángeles».

—No lo odié —protesta Vera, fingiendo ofenderse—. Dije que era inverosímil.

Rick señala otra esquina, donde una bicicleta antigua espera con una cesta llena de flores secas, colocada con demasiado cuidado para ser casual.

—Esa bicicleta es de *Pedaleando hacia ti*. La protagonista se caía tres veces antes de llegar al beso. ¿Te acuerdas? Y ese buzón rojo… —lo señala con la barbilla—, *Cartas a medianoche*. Lo usaban para dejar mensajes anónimos. Era ridículo.

—Era precioso —corrige Vera, sin pensarlo, y cuando se da cuenta de lo que ha dicho, lo disimula con una tos—. Ridículo también, claro.

Rick la mira con una expresión que no encaja con el Rick de antes. Con el Rick que solía desmontarle el romanticismo a martillazos.

—Puede que me equivocara —admite él—. Tenía su gracia.

Se sientan junto al fuego decorativo, demasiado bonito para ser útil. Rick le sirve una taza de chocolate caliente con nata y canela. El vapor asciende despacio, mezclándose con el aire fresco de la terraza. La nieve artificial cae con precisión, una nevada programada para funcionar a su favor.

Vera rodea la taza con las manos y vuelve a mirar alrededor, todavía intentando encajar todas las piezas.

—Esto… parece una película.

Rick no aparta la mirada. No hay sarcasmo. Tampoco chistes para protegerse.

—¿Qué título le pondrías?—le pregunta.

Vera se queda pensando un momento, con la taza entre las manos, el vapor empañándole un poco la mirada. Hay una pequeña duda en su sonrisa, indecisión mezclada con algo más profundo, cuando Rick la interrumpe.

—Espera, espera, a ver… ¿qué te parece este? *El milagro de San Valentín*.

Vera parpadea. Alza la vista, sorprendida. La sonrisa llega después, más abierta de lo habitual.

—Vaya, Winterlow… te estás volviendo un romántico.

Rick no responde enseguida. La mira con gesto serio, sin rastro del tono burlón al que solía recurrir.

—Puede que Cupido haya acertado esta vez.

No sonríe al decirlo. No lo lanza como una broma ni como una provocación. Lo deja ahí, entre los dos, con la misma calma que ha marcado toda la mañana. No intenta defender la idea. Tampoco rebajarla.

Porque, por primera vez, no suena a ironía.

Suena a confesión.

20

Centro de Mando del Amor. Día del lanzamiento. 48 horas antes del impacto.

El Departamento del Deseo recopila datos, repasa métricas y relee los informes de Voluptas y San Valentín varias veces, una y otra vez, buscando un orden que no termina de aparecer. En las pantallas parpadean gráficas, alertas y etiquetas de prioridad que se superponen sin pedir turno. Sobre la mesa se amontonan carpetas abiertas, desplazadas, vueltas a abrir; nadie termina de cerrarlas, nadie da nada por resuelto.

La sección de Separaciones Conflictivas y Desvinculaciones Irreversibles se incorpora al trabajo sin alterar el ritmo general. Nadie levanta la vista cuando esos informes pasan a primer plano. Nadie hace comentarios. Dione actúa con eficacia inmediata: toma el expediente, comprueba un par de sellos, revisa una firma que no admite errores y sube al despacho de Cupido.

El dios está recostado en su sillón, con una mano abandonada en el reposabrazos y la otra entretenida en un solitario celestial proyectado en el aire. Las cartas flotan frente a él, brillantes y ligeramente burlonas, marcadas con corazones, flechas y pequeños emoticonos rotos que se deshacen en cascada cada vez que pierde una partida. Cupido no se inmuta: deja que los iconos caigan, desaparezcan, y baraja de nuevo con un gesto perezoso.

—¿Qué parte de «estoy jubilado» no entendéis? —dice el dios, sin moverse demasiado, con la vista todavía fija en el juego.

Dione se queda de pie, firme, con el expediente apretado contra el pecho. No da un paso más.

—Señor, lo sabemos —contesta con cuidado—, pero es la primera vez que lanzamos una flecha de repulsión. Queremos supervisión. Solo eso. No nos gustaría meter la pata.

Cupido suspira. Deja que el solitario quede suspendido en el aire, a medio perder, con las cartas inmóviles y los emoticonos rotos congelados en mitad de la caída. Entonces alza por fin la mirada.

El despacho vuelve a modo operativo y Cupido fija toda su atención en su empleada.

Dione abre el expediente sobre la mesa y repasa el plan con precisión: ventanas de lanzamiento, coordinación entre departamentos, *checklist* de autorización, doble validación de trayectoria, supervisión en tiempo real y confirmación de impacto. Todo queda diseñado para que la flecha se lance con todos los campos cubiertos, sin improvisación y sin margen para errores.

Cupido escucha sin interrumpir y, cuando Dione termina, apoya dos dedos sobre la carpeta.

—Bien —dice al fin—. Todo está correcto y preparado. Programen la cuenta atrás y asignen la ejecución del lanzamiento según manda el protocolo.

—Sí, señor, pero…

Cupido, que ya había decidido volver a su partida, detiene el gesto en el aire y clava la mirada en la supervisora del Deseo.

—¿Pero qué, Dione?

—No hay botón de cancelación. En cuanto lancemos la flecha no habrá marcha atrás.

—Exacto. De ahí todos estos informes. Por eso tienen que coordinarse varios departamentos y por eso solo yo puedo dar el visto bueno, y es justo lo que acabo de hacer.

Dione duda un instante antes de insistir.

—Pero ¿y si nos equivocamos, señor? Ni siquiera usted puede revertir el efecto. Es demasiado… definitivo, ¿no?

Cupido no se mueve. Solo la mira con una paciencia que lleva practicando miles de años.

—Así es. Pero confío plenamente en los informes de San Valentín y de mi hija, Voluptas. Así que no te preocupes tanto y programa el lanzamiento con total tranquilidad.

Dione asiente una sola vez.

El sistema registra el lanzamiento como autorizado y se queda en pendiente de ejecución.

La cuenta atrás ya no es una amenaza abstracta. Es un procedimiento en marcha e irreversible.

Mientras tanto, en Skyflix ya han vuelto al trabajo después del mini parón de la Navidad.

Los decorados para *San Valentín mata dos veces* ya están montados y ocupan medio plató, encajados unos con otros. En el centro hay una cama sobredimensionada, acolchada, de líneas limpias y un cabezal tan exageradamente dramático que parece diseñado para que alguien confiese sus traumas mirando al techo. No es una cama realista; es una cama de película, pensada para parecer peligrosa sin serlo, intensa sin consecuencias.

Alrededor, el *atrezzo* completa el mensaje que quiere dar la película sin ningún atisbo de sutileza: esposas con acabado metálico impecable, látigos que claramente jamás han visto uso real, máscaras negras alineadas por tamaños y un par de arneses más pensados para lucir bien en cámara que para cualquier otra cosa. Todo está demasiado limpio, demasiado nuevo. Transgresión de

escaparate**.** Pensada para espectadores que quieren creer que están viendo algo prohibido sin tener que sentirse incómodos.

Un técnico ajusta la luz.

—Más contraste —dice alguien—. Que parezca oscuro, pero elegante.

Los dos actores protagonistas reciben instrucciones mientras el coordinador de intimidad revisa posiciones, marca distancias, recuerda límites y enumera protocolos de forma mecánica. Se habla de consentimiento, de ángulos de cámara, de coreografía. Nada queda al azar. Todo está controlado.

Rick cruza el plató con un café en la mano y una carpeta bajo el brazo. Vera aparece desde el lado contrario, revisando notas en su *tablet*. Se cruzan a mitad del pasillo.

No se detienen ni se miran más de lo estrictamente necesario.

En el centro del plató, el director Monroe revisa el guion con Simmons y los actores. Todo está preparado para empezar a rodar. Rick debería centrar su atención en la escena, pero su mirada se le escapa una y otra vez hacia Vera, que observa desde una posición discreta, en silencio, ajena al movimiento del set. Al menos eso quiere aparentar.

—¿Podemos hacer un descanso? —pregunta Rick de pronto, sin apartar los ojos de ella.

Monroe levanta la vista, desconcertado.

—Pero si no hemos empezado a rodar… ¿Cómo vamos a…? —se interrumpe al seguir la línea de la mirada del productor hasta Vera—. Rick, joder, ¿podemos tener la fiesta en paz? Simplemente…

Pero Rick ya no lo escucha. Cierra la carpeta y va directo hacia Vera.

En el plató nadie se sorprende. Algunas conversaciones se apagan. Alguien baja la voz. Otros intercambian miradas rápidas. Todos saben lo que viene después: gritos, discusiones, reproches cruzados. Lo mismo de siempre porque ambos productores tienen una rivalidad legendaria que, al parecer, ni siquiera las fiestas navideñas han conseguido enfriar.

Rick se detiene frente a Vera y le pide que lo acompañe a su despacho. Ella asiente sin decir nada.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, el plató queda en silencio. Simmons y Monroe se miran. Los técnicos de sonido se quedan inmóviles junto a la mesa de mezclas; los cámaras no bajan los equipos; los actores contienen cualquier comentario. Nadie se atreve a abandonar su puesto.

Solo esperan resignados porque saben lo que viene a continuación; lo han vivido demasiadas veces.

Nada más cerrarse la puerta del despacho, Rick se lanza a los labios de Vera. Ella lo recibe sin dudarlo, ya en movimiento, con las manos subiendo por su camisa antes incluso de que termine de acercarse.

—Joder, te he echado de menos —susurra él contra su cuello—. Hueles tan bien…

—Rick… la película, todos… esperan…

Las palabras se quedan suspendidas entre besos, respiraciones entrecortadas y suspiros. Rick le toma la cara con ambas manos y no le permite terminar ninguna frase.

En realidad, a Vera no le importa. Después de estos dos días ha descubierto que el uso de las palabras, la necesidad de construir oraciones coherentes, está sobrevalorado. Hay momentos en los que todo pierde importancia frente a algo mucho más simple y mucho

más genuino: besar a Rick, o dejar que él la bese así, pesa más que cualquier explicación.

—Rick… para —dice al fin, separándolo con suavidad por los hombros—. Tenemos que volver. Tienes que rodar una película y los demás están…

—No me importan los demás. Solo tú. —responde él, sin alzar la voz—. Tenía que besarte y…

De pronto se detiene, cayendo en la cuenta de algo que lleva días rondando por su cabeza.

—¿Y…? —pregunta Vera al notar el cambio—. ¿Por qué pones esa cara?

Él la mira con una intensidad que la descoloca. Toma aire, baja la cabeza un segundo y vuelve a levantarla. En ese preciso momento, acaba de tomar una decisión que no admite marcha atrás.

—Tenías razón. Esta película es una mierda. Es un despropósito y no creo en ella.

—Pero ¿qué dices? No puedes hablar en serio.

—Lo hago. Te lo digo completamente en serio —insiste—. No quiero rodar ese guion. No quiero que se emita en la cadena. No creo en este proyecto y no quiero ver mi nombre ligado a él.

—Pero…

—Vera —la interrumpe—. Tenemos que hablar con Hagios.

—¿Hablar? ¿De qué?

Él se aparta y empieza a caminar por su propio despacho, incapaz de quedarse quieto. Busca palabras que lleva horas ordenando en su cabeza. Desde la mañana de Navidad, desde que despertó en su cama y la vio dormir.

—Hagios es el responsable de Recursos Humanos —se decide al fin—. Tenemos que decirle lo que ha pasado.

—Ah. Te refieres a… — dice Vera, cayendo en la cuenta y señalando entre ellos—. Esto.

—Sí. Esto.

—¿Quieres decirle que nos hemos acostado?

Rick niega despacio. Da un par de pasos más, recorriendo el despacho antes de atreverse a mirarla.

—No quiero decirle eso. O al menos no solo eso.

—Entonces no te entiendo.

Se detiene frente a ella. Le toma las manos y la guía hasta sentarse. Él se sienta enfrente, todavía sujetándolas, y la mira de frente

—Quiero explicarle que hemos empezado algo.

Vera lo observa en silencio, sin saber muy bien qué esperar pero no lo interrumpe.

—No quiero decirle que hemos tenido… sexo. Al menos no solo ha sido eso para mí —continúa—. Quiero decirle que algo ha cambiado. Que yo he cambiado.

Se queda callado un instante, porque duda de si ese es el término exacto.

—Aunque no… no he cambiado —se corrige—. Lo que me ha pasado es que he entendido algo.

Baja la mirada hacia sus manos que mantiene entrelazadas con las de ella.

—Mi manera de entender el amor no es esa, ¿sabes? —le dice señalando hacia el plató sin poder contener la emoción—. No es *San Valentín mata dos veces*. No quiero máscaras en la cama porque lo que deseo realmente es que me mires a la cara mientras hacemos el amor. No quiero látigos ni juegos oscuros porque solo pensar que podría hacerte el mínimo daño me resulta insoportable.

Levanta la vista despacio. Sus dedos aprietan un poco más los de ella, como buscando anclarse, y cuando la mira ya no hay nada que quiera esconder.

—No quiero drama ni artificio. Quiero chocolate caliente bajo una nieve que ni siquiera es real. Quiero patinar contigo, caerme, ayudarte, levantarnos y reírme en el suelo contigo. Quiero besarte bajo el muérdago, delante de una chimenea y sin esconderme de nadie.

Hace una pausa y respira mientras Vera lo mira desconcertada.

—Quiero *El milagro de quererte*. Y quiero decirle al mundo que estamos juntos. Eso es lo que deseo. Y eso es lo que quiero decirle a Hagios Valentine.

Vera abre la boca. La cierra. Vuelve a intentarlo pero no encuentra palabras a la altura de lo que acaba de escuchar.

Rick la observa, de pronto inseguro, y por primera vez desde que empezó a hablar, la duda lo invade y se pregunta si ha ido demasiado lejos.

21

Los Ángeles, Skyflix. 24 horas antes del impacto.

Después del encuentro con Vera en su despacho, Rick no vuelve al plató. Se reúne con Simmons y Monroe y va directo a plantearles sus dudas: no ve viable el proyecto. Es demasiado arriesgado.

Dos películas para el especial de San Valentín son una locura logística para una cadena que ya va justa. Es el doble de trabajo. Dinero que no pueden permitirse quemar en un movimiento que, si sale mal, puede hundirlos.

Rick remata con otra objeción. Ya no está convencido de que sea buena idea levantar una película así para *prime time* y el especial de San Valentín.

Monroe se lleva las manos a la cabeza. La silla cruje cuando se echa hacia atrás. El director protesta la decisión con un evidente enfado. Presiona, repite cifras, habla de compromisos y de la imagen de la cadena. Rick deja que se desahogue. No eleva la voz ni se defiende porque sabe que su cambio de opinión va a tener unas consecuencias que no solo van a afectarle a él personalmente. Al otro lado del pasillo, hay decenas de operarios trabajando a destajo.

La mayoría de sus compañeros en Skyflix han tenido que renunciar a sus días libres en Navidad para sacar adelante dos producciones. Así que escucha los reproches del director serio e inmóvil, con las manos quietas sobre la mesa. Ni siquiera intenta defenderse y deja que Monroe termine.

Simmons repasa sus notas. Pasa una página, marca una línea con el dedo. No se inmuta ni cuando Monroe parece haber perdido los nervios del todo. A ella le parece que el guion le ha quedado más

decente de lo que esperaba. Y un guion decente no se tira: se recicla, se vende o se recoloca.

Suben los tres a ver a la señorita Bélos y le plantean el cambio de planes. Quizá no para San Valentín, pero con un título nuevo todavía pueden vender el guion —y parte de la producción— a otra plataforma. O quedárselo ellos y guardarlo para otras fechas, otro especial de la cadena. Por ejemplo, Halloween o la semana del terror en Skyflix. Lo importante es no quemarlo… y no quemarse.

Voluptas está detrás del escritorio con una carpeta abierta y un bolígrafo entre los dedos. La postura imita a una ejecutiva, pero sobre la mesa hay papeles con corazones, flechas y garabatos de colores que le restan seriedad. En cuanto los ve entrar, los recoge de golpe, los alinea mal y los esconde bajo la carpeta con un movimiento rápido, torpe. Después apoya las palmas en la cubierta, tapándolo todo.

En cuanto están frente a ella, Rick fija la vista en la CEO con determinación y empieza su discurso.

—Señorita Bélos, venimos a replantear el especial del catorce de febrero—dice sin buscar apoyo en ninguno de los otros dos—. Dos películas no son viables. El equipo no da más. Asumo mi responsabilidad y siento lo que hemos puesto en marcha, pero creo que el proyecto de Vera Clayton es suficiente para nuestra audiencia y que la cadena necesita aire. *San Valentín mata dos veces* no debería ir a *prime time*. Lamento…

Voluptas alza una mano. No una mano de «continúa» sino una mano de «para, no me está gustando eso que estoy escuchando».

Rick se frena a mitad de frase. Monroe está a punto de intervenir y apoyarlo, pero en el último segundo decide que esta va a ser su pequeña venganza. Él también se ha quedado sin vacaciones de Navidad por culpa de su empeño en hacer la película.

Simmons, por su parte, decide no hacerse de notar de momento, evaluando las reacciones de la CEO.

—¿Eso quiere decir que no vamos a rodar *San Valentín mata dos veces*? —pregunta Voluptas, con una decepción más que evidente—. Yo le veía potencial. Quería ver cómo se desarrollaba la trama.

Rick, Simmons y Monroe se miran. No es habitual que la dirección entre en detalles creativos. Esperaban enfrentarse a la furia de la típica CEO para quien solo cuentan las cifras, los *rankings* y la publicidad. Voluptas, en cambio, está hablando del argumento. De la historia.

Ninguno de los tres encuentra una respuesta a la altura del giro. Se miran, reajustan posiciones, y Rick avanza un paso, sabiendo que él ha provocado el problema y que ahora le corresponde afrontarlo.

—No es un capricho, señorita Bélos, es logística —dice, procurando que suene a explicación y no a disculpa—. Yo creía que el proyecto podía funcionar, pero el coste es demasiado alto. Y el contenido… en *prime time*, con la marca de Skyflix, no me convence.

Voluptas frunce los labios y se cruza de brazos visiblemente molesta.

—Pues a mí sí me convence.

No sube la voz. No hace falta. Se queda sentada, inmóvil, con la mirada clavada en ellos, procesando una decisión que no le gusta nada. Luego se le escapa un puchero breve, casi automático, fuera de lugar en ese despacho, y para nada acorde con su cargo.

—Me había hecho ilusiones con la película —añade con un tono un poco infantil.

Luego se calla, dejando la frase en el aire, esperando que alguno encuentre la manera de darle una salida.

Simmons se aclara la garganta y decide intervenir para salvar la situación.

—El guion se puede reubicar, señorita Bélos. No se pierde —dice, al tiempo que hace un pequeño gesto con la mano—. Podemos moverlo a otras fechas y trabajar el lanzamiento desde otro enfoque. Halloween encaja mejor con el tono, y la promoción puede ser más agresiva sin dañar la imagen del especial de San Valentín. ¿Qué le parece?

Voluptas recupera el ánimo al instante. Se nota en la expresión de su cara. Hay en ella, en sus ojos, un brillo de ilusión.

—¿A Halloween? Vale. Halloween me gusta —admite, demasiado rápido—. Pero de verdad que quiero ver la película.

Rick la observa y asiente buscando confirmación en sus compañeros.

—Se hará —dice con seguridad—, pero no para el 14 de febrero. Si a usted le parece.

Voluptas se mueve en la silla, incapaz de quedarse quieta. Coge la carpeta y la sujeta contra el pecho un segundo. Luego la devuelve a la mesa, más tranquila.

—De acuerdo —dice—. Entonces la veremos. Quiero un plan por escrito. Nuevo calendario, nuevo enfoque y propuesta de ventana de estreno. Por favor.

Monroe responde antes de que termine la frase.

—Lo tendrá hoy mismo.

Simmons no interviene de inmediato. Cierra la libreta donde ha estado anotando los cambios y da el tema por resuelto.

—El guion aguantará sin problemas el cambio —dice—. Solo hay que adaptarlo y venderlo a un público distinto.

Rick se suma, sin levantar la voz, dejando claro el alcance práctico de la decisión.

—Y ajustaremos el plan de rodaje para no asfixiar al equipo.

Voluptas se queda quieta. Mira la carpeta y luego a Rick.

—Pero… un momento. ¿Vera Clayton está de acuerdo con esto?

Simmons y Monroe miran a Rick. Esta vez, la respuesta no es cosa suya.

Los Ángeles, Skyflix. 23 horas antes del impacto.

Salen del despacho de Voluptas con la orden del plan por escrito todavía flotando en la conversación. Monroe se adelanta hablando de calendario mientras que Simmons ya está en el móvil, anotando ajustes. Rick camina entre ellos con la impresión de haber cerrado una puerta y abierto varias a la vez.

Vera aparece en el pasillo unos pasos después. No llegan juntos, pero se sonríen levemente nada más cruzar sus miradas. Rick reduce el paso y ella no lo acelera. Justo para que ambos se acoplen de manera perfecta. Doblan hacia Recursos Humanos, avanzando en la misma dirección, y separados por una distancia que no levantaría sospechas ante cualquiera que los viera.

En la puerta, Rick toca con los nudillos y se aparta como todo un caballero para dejarla pasar primero. Luego entran y cierra la puerta sin mirar atrás.

Despacho de Hagios Valentine.

San Valentín levanta la vista al verlos. Los encuentra uno junto al otro y no detecta ni rastro de la fricción que suele acompañar a los dos productores. No hay tensión, ni ironía.

Al contrario, Rick separa la silla de Vera para que esta se siente y San Valentín levanta una ceja, extrañado.

—Señor Valentine —dice Rick al sentarse—, quizá ya lo sabe, pero he decidido no hacer la película.

—¿Qué película? —pregunta Valentine—. ¿La de *San Valentín mata dos veces*?

—Sí, señor.

—No me ha dicho nadie nada. ¿Por qué no se me ha comunicado esto?

—Me he reunido con la señorita Bélos, con el director y con la guionista —dice Rick, apoyando las manos sobre la mesa—. La hemos reubicado. La rodaremos para el especial de Halloween, con algunos retoques de guion.

Vera agacha la cabeza intentando disimular su sonrisa. No por lo que acaba de decir el chico, sino porque le roza la rodilla bajo la mesa como dos adolescentes haciendo manitas.

Valentine traga saliva, consciente de que la interacción entre los dos ha cambiado. De pronto, la nuca se le humedece y un sudor frío le baja por la frente.

—Pero no hemos venido a hablar de eso —interviene Vera. La sonrisa le sale ahora sin disimulo.

San Valentín los mira de uno a otro. La forma en que se turnan la palabra, sin interrumpirse. La forma en que Rick no la corrige. La forma en que Vera no lo desafía ni discute. Hasta el aire del despacho parece oler a palomitas de maíz, dulces y empalagosas.

Rick toma la palabra de nuevo y esta vez va directamente al grano, es decir, a explicar el motivo por el que ambos se han presentado juntos en su despacho.

—Como responsable de Recursos Humanos, debemos informarle de que Vera y yo estamos en una relación.

Y lo confirma con el cuerpo: le toma la mano a Vera y la deja sobre la mesa, a la vista, donde no hay margen para malentendidos.

San Valentín se queda blanco. Parpadea una vez, lentamente, sin dejar de mirar las manos de ambos unidas. La saliva le cuesta bajar y, por debajo del escritorio, una pierna empieza a temblarle, sin control.

—Perdona… ¿Qué has dicho?

—Que hemos empezado una relación —repite el chico, sin moverse.

—Una relación romántica —añade Vera. Luego aprieta la mano de Rick y la envuelve con la otra, haciendo más evidente el gesto.

San Valentín niega con la cabeza, muy despacio.

—No puede ser. Os odiáis.

Tanto Rick como Vera dejan escapar una risa que parece que hayan estado toda la vida practicando. Suenan perfectamente afinadas y coordinadas.

—Ya sabe lo que dicen —susurra Vera—. Del odio al amor…

—¿Amor? —San Valentín alza la voz, y el estallido lo sorprende incluso a él. Se aclara la garganta—. Dirás atracción. Deseo. Un… error hormonal, lo que sea.

—Eso también —dice Rick, y gira la cabeza hacia Vera. Ella le sostiene la mirada—. Pero además estoy enamorado. Y lo mejor es que ella… me corresponde.

San Valentín se queda inmóvil, y de pronto, empuja la silla hacia atrás.

—Eso es imposible —murmura.

Se levanta. Cruza el despacho con pasos rápidos y torpes por la prisa. Entra en la habitación contigua y activa el holograma. Las métricas se despliegan en el aire, frías, ordenadas, despiadadas.

Las recorre con los ojos, buscando el número que lo salve.

El holograma parpadea y las métricas se reorganizan solas, una tras otra, hasta arrojar unos resultados completamente diferentes a los de la última revisión.

ATRACCIÓN MUTUA INMEDIATA: 312 %

COMPATIBILIDAD EMOCIONAL BASE: 91 %

SINCRONÍA DE VÍNCULO: 88 %

ALINEACIÓN DE OBJETIVOS AFECTIVOS: 93 %

ESTABILIDAD POTENCIAL A MEDIO PLAZO: ALTA (86 %)

RIESGO DE CAOS ROMÁNTICO: CONTROLADO (12 %)

ESTADO ACTUAL: VÍNCULO CONSOLIDÁNDOSE

RECOMENDACIÓN DEL SISTEMA: NO INTERVENIR

El santo deja de respirar un segundo. Sus ojos van de arriba a abajo, repasando las cifras una y otra vez.

No hay rastro de rivalidad. No hay conflicto de valores. No hay colisión prevista.

El holograma permanece estable, obstinado, sin nada que corregir.

San Valentín siente cómo el suelo del despacho se inclina bajo sus pies y tiene que agarrarse a la mesa para no desmayarse.

22

Los Ángeles, Skyflix. Despacho de Voluptas. Veintidós horas antes del impacto.

San Valentín deja a Rick y a Vera con la palabra suspendida en el aire y cruza el pasillo que separa su despacho del de Voluptas sin llamar, sin frenar, sin respirar.

Empuja la puerta.

—¿Pero se puede saber qué demonios ha pasado? —estalla, apoyando las manos en la mesa—. Esto es un desastre de proporciones bíblicas, olímpicas y apocalípticas. Por el rayo de Júpiter, por las sandalias de Hermes, por la túnica manchada de sangre de Marte… esto no puede estar ocurriendo.

—Por todos los dioses romanos y griegos —responde Voluptas, tapándose los oídos —, y por tu Dios cristiano también, Hagios. Nunca habría imaginado oír eso salir de tu boca. Siéntate, respira y dime qué sucede.

—¿Qué sucede? —repite él, incrédulo, señalando hacia el exterior sin llegar a pronunciar los nombres—. ¿Pero tú no has hablado con esos dos?

—Claro que he hablado con ellos —responde Voluptas—. A mí también me ha afectado el cambio, pero Rick me ha explicado la situación y la entiendo. Simmons y Monroe estaban de acuerdo, y por muy raro que te parezca, Vera también, así que no había mucho más que discutir.

San Valentín la mira como si de repente le estuviera hablando en otro idioma.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tienen que ver los demás con este desastre?

—Hagios, Simmons es la guionista y Monroe el director. Si consideran que la película no debe emitirse para el especial, yo lo…

—¡No hablo de eso! —la corta, impaciente—. Hablo de Rick y Vera. De su… relación.

Voluptas entrecierra los ojos para escuchar mejor.

—¿Qué relación? No tienen ninguna relación, simplemente se odian y en menos de veinticuatro horas se ignorarán, todo se apagará y el equilibrio sentimental volverá a su sitio. Lo sabes. Lo sabemos. Está programado.

San Valentín no responde. Hace un gesto en el aire y el holograma se despliega entre ellos. Las métricas aparecen y empiezan a actualizarse solas.

—Mira —dice San Valentín, con la voz quebrada mientras señala el holograma y los valores suben, se estabilizan y se refuerzan ante sus ojos—. Esto es… —traga saliva— esto es una aberración cósmica, un error de los que se escriben en mármol para que nadie vuelva a repetirlos.

Voluptas se levanta y se acerca a la proyección.

—Yo lo que veo son métricas excelentes, Hagios —dice, moviendo la cabeza mientras lee—. Compatibilidad alta. Estabilidad emocional. Proyección a largo plazo. Un noventa y nueve por ciento de éxito. Eso hoy no se ve casi nunca. —Se gira hacia él, curiosa—. Son unas métricas inmejorables. ¿Y quiénes son los dos afortunados?

San Valentín se cubre el rostro con las manos y suelta un suspiro tan largo que parece estar poniendo en pausa el tiempo.

—Son ellos, Voluptas —dice desde detrás de los dedos—. Son Rick y Vera.

Ella abre los ojos, procesando la noticia.

—Eso… es imposible. ¡Se detestan! Se odian, no pueden ni estar en la misma sala de reuniones. Los hemos visto pelear por… ¡Todo!

—Acaban de comunicármelo en mi despacho —responde él—. Están enamorados.

—¡No! —niega Voluptas—. Eso es deseo. Magia desviada. Una anomalía temporal provocada por las flechas cruzadas. No es real y por ese motivo decidimos programar la flecha de repulsión.

—Eso parecía que era —dice San Valentín, bajando las manos—. Pero ahora… es amor.

—Pero, ¿entonces? ¿Qué significan todas estas métricas? ¿Estábamos equivocados? ¿Cómo ha podido pasar?

Voluptas vuelve a estudiar los números mientras San Valentín se sienta derrotado en la silla.

—No tengo ni idea, pero… ¿Sabes lo que significa? —pregunta San Valentín, sin darle tiempo a responder—. Que ya hemos activado la flecha. Que los informes negativos salieron ayer. Que el protocolo está en marcha y no se puede detener. Vamos a destrozar el corazón de dos personas que encajan, Voluptas. Vamos a condenarlos a no volver a cruzarse nunca, a olvidar lo que acaban de descubrir, de sentir, a vivir vidas correctas, funcionales… y vacías. Por todos los cielos, vamos a hacer infelices a dos enamorados perfectos.

Los Ángeles. Elliot´s Café. Veinte horas antes del impacto.

Rick y Vera comparten mesa junto al ventanal. No se esconden. Ya no. Sus miradas se han suavizado; ahora dejan que lo evidente

fluya entre ellos.

A su alrededor, la cafetería late con el final de año: vasos de cartón, gente con prisa, abrigos abiertos, móviles en la mano. Afuera, el tráfico arrastra una impaciencia constante. En su mesa, el tiempo no entiende de fechas y baja un punto la velocidad.

Vera entrelaza los dedos con los de Rick por encima de la mesa. Él le devuelve el gesto y, con la otra mano, le aparta un mechón del rostro. Vera cierra los ojos disfrutando de la sensación; luego apoya la mejilla en su palma. La escena tendría nieve si estuvieran en otra ciudad, pero Los Ángeles no concede ese tipo de escenario romántico.

Rick se acerca para besarla y el resto del mundo queda al otro lado del cristal.

—¿Qué vas a hacer en fin de año? —pregunta Vera, cuando termina el beso.

—¿Qué voy a hacer? —Rick le acaricia la mejilla con el pulgar, lento y suave—. Querrás decir «qué vamos a hacer», ¿no?

Vuelve a acercarse para volver a besarla pero una voz a su espalda interrumpe el beso.

—¡No me jodáis!

La exclamación suena más alta de lo que Jimmy pretende.

Rick y Vera se separan lo justo para mirar hacia la entrada. Jimmy está plantado a dos metros de la mesa, con los brazos en jarras y la mandíbula caída. Tiene los ojos tan abiertos que parece a punto de perderlos por el suelo.

Su amigo no se encoge ni se incomoda, simplemente sonríe porque parece que ahora la sonrisa ha llegado para quedarse.

—Jimmy, ¿qué haces aquí? —pregunta, tranquilo, mientras aprieta la mano de Vera bajo la mesa.

—¿Qué hago aquí? —Jimmy señala el móvil con indignación—. Capullo, no contestas a mis mensajes desde Nochebuena y ahora entiendo por qué.

Vera lo reconoce al instante. Antes de que Rick diga nada, Jimmy ya está delante de ella, inclinándose para tomarle la mano y besarle los nudillos con una cortesía exagerada, de película antigua.

—Vera Clayton —murmura—. Es un placer volver a verte.

La chica tarda un segundo en responder. Lo observa con calma, buscando un recuerdo que no termina de encajar.

—¿Nos conocemos?

Rick se aclara la garganta, y por su cara aparece un rubor leve que no sabe disimular.

—Mi amigo Jimmy es muy lanzado —dice, y le dedica una mirada de reojo—. En realidad se acercó hace unos días a ti para conocerte porque, bueno… puede que yo le hubiera hablado de… ya sabes, de ti. —Hace una pausa breve—. Fue en esta misma cafetería. Y luego me amenazó con tirarte los tejos si yo no espabilaba y lo hacía antes. —Suspira, rendido—. Y tengo que reconocer que no le faltaba razón. Fui un idiota durante mucho tiempo por no ver lo maravillosa que eras… o quizá lo vi pero me daba miedo y…

—¿Puedes parar? —Jimmy lo corta, llevándose una mano al pecho—. Dios santísimo, me va a dar un subidón de azúcar solo de escucharte. Le vas a provocar una diabetes a esta preciosidad con tanta dulzura. —Los observa a ambos, repasando cada detalle y saboreando el espectáculo—. En fin. ¿Estáis juntos?

Rick no mira a Vera para pedir permiso y confirmar lo suyo. La mira porque le gusta mirarla.

—Sí —dice, con calma y una completa seguridad—. Estamos juntos.

Vera aprieta su mano, confirmando su afirmación.

Jimmy exhala por la nariz, derrotado, y se deja caer en la silla de enfrente sin pedirla.

—Vale. Perfecto. Estupendo. —Se señala a sí mismo con el pulgar—. Yo voy a necesitar café. O algo más fuerte. ¿Es demasiado pronto para pedir un *bourbon*? Y siento estropearos el momento este tan… *Love actually*, pero he oído «fin de año» y no pienso permitir que me dejes colgado como en Nochebuena. Ya tendréis tiempo de hacer todas estas cursiladas a solas. Así que decidme… ¿cuál es el plan?

Despacho de Hagios Valentine. 16 horas antes del impacto.

Son las nueve de la noche.

El despacho de San Valentín está iluminado por pantallas flotantes y documentos que se abren y se cierran sin descanso. Voluptas ocupa el otro lado de la mesa, sentada de cualquier manera, con las piernas cruzadas en la silla, hojeando archivos que no llevan fecha humana.

Repasan casos antiguos. Muy antiguos.

Se remontan a épocas en las que el amor se resolvía con sangre, con espadas al amanecer y con cartas escritas a mano que terminaban en duelos absurdos. A los tiempos de la regencia, cuando bastaba una mirada mal interpretada para arruinar una familia entera y los desastres amorosos se disfrazaban de cortesía exquisita. Voluptas lee en voz alta fragmentos especialmente ridículos.

—Aquí uno se bate en duelo porque ella aceptó bailar dos veces con el mismo caballero —comenta—. Esto luego lo convierten en novela romántica y la gente suspira.

—Idealizaron siglos de pésimas decisiones emocionales —murmura San Valentín sin levantar la vista—. Mucho encaje, mucho salón de té… y cero responsabilidad afectiva.

Siguen avanzando.

Casos de flechas de repulsión hay pocos. Muy pocos. Un puñado desperdigado en la historia. En más de mil setecientos años de servicio de San Valentín, ninguno tuvo vuelta atrás. Ninguno se detuvo a tiempo.

Las pantallas lo confirman una y otra vez.

—Pero hay algo que no entiendo —dice él, rompiendo el silencio mientras amplía un informe—. ¿Cómo es posible que de la noche a la mañana se hayan enamorado así, cuando llevaban años odiándose?

Voluptas deja el archivo en el aire y se dispone a hacer toda una disertación.

—Porque ese odio no era tan real como parecía —responde—. He estado investigando. Rick sufrió un desengaño amoroso brutal. Fingía no creer en el amor porque era más fácil que admitir que le daba miedo volver a enamorarse. Y, por cierto… —dice bajando la voz— las de sonido llevaban tiempo cotilleando. Sabían que a él le gustaba Vera desde hace años.

San Valentín se gira despacio.

—¿Y eso no lo podrías haber averiguado antes? —protesta, con la frustración ya desbordada—. ¡Ahora no nos sirve absolutamente de nada!

—¿Antes? —Voluptas no puede disimular su indignación—. Te dije desde el principio que esos dos tenían algo. Te lo dije. Lo intuía. Y tú me convenciste de que no, de que todo era consecuencia del efecto químico de las flechas. —Lo señala con el dedo, acusadora—. Déjame decirte una cosa, Hagios: yo tenía razón.

—Oh, vaya —replica él, molesto—. Qué bonito. ¿Ahora resulta que todo esto es culpa mía?

No espera respuesta. Sigue pasando informes. Cambia fechas. Abre protocolos. Busca una excepción que no existe.

—Siempre podemos acudir a mi padre —dice Voluptas al cabo de un momento—. Él lleva mucho más tiempo que tú en esto. Quizá tenga una solución. Y si no… —Se encoge de hombros, resignada—. Nosotros lo intentamos. Esta vez no ha salido bien. Además, ellos también son responsables de sus actos. No fueron honestos consigo mismos desde el principio. Si lo hubieran sido, ahora no estaríamos así.

San Valentín se detiene. Apaga una pantalla. Luego otra. El despacho se va quedando en penumbra.

—No vamos a acudir a tu padre —dice al fin—. Es lo único que faltaba. Además… —niega con la cabeza—, no hay nada que hacer. No es reversible. Lo he revisado mil veces. No hay un solo dato que indique que podamos detenerlo.

Voluptas guarda silencio por primera vez en toda la noche.

—Bueno —concede al final—, no será ni la primera pareja ni la última que estaba hecha el uno para el otro y terminó separada.

San Valentín se apoya en el respaldo de la silla. Se queda mirando al vacío.

—Será la primera —dice— que me afecte personalmente, Voluptas. En más de mil setecientos años.

Apartamento de Rick. Doce horas antes del impacto.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —pregunta Vera mientras se abrazan en la cama, con las piernas enredadas y la sábana subida hasta la cintura.

—¿Otra vez? —replica Rick, divertido—. Ya sabía yo que detrás de todas esas chimeneas y gorros de lana había una mujer ardiente con látigos y esposas luchando por salir.

—¡Eres tonto!

Lo es, y lo sabe. Pero ahora su estupidez tiene una causa clara y no le importa en absoluto. Se ríe con Vera bajo las sábanas, enredados, picándola solo para callarla después con un beso que dura más de lo previsto y menos de lo que querría.

Han pasado parte de la noche así, entre los preparativos de la cena y la botella de cava español que Rick guardaba para una ocasión especial. Y, pensándolo bien, no se le ocurre ninguna más especial que esta.

Es ese momento en el que adviertes que alguien ha alterado el eje de tu mundo sin mover una sola pieza. Que te invita a quedarte sin pedirlo. Que transforma la rutina en algo lleno de sentido y convierte la noche en un espacio donde el tiempo pierde autoridad. Y entonces, sin dramatismos, lo aceptas: esa persona es real, por mucho que hubieras apostado a que no.

Porque es alguien que no promete nada grandioso y, aun así, lo cambia todo: el aire entra más fácil en los pulmones, las canciones suenan mejor aunque no sepas el título, y las cosas pequeñas empiezan a importar de una manera nueva.

No son fuegos artificiales ni declaraciones eternas. Es saber que has llegado a casa sin darte cuenta de que la estabas buscando. Y no siempre descubres que el amor de tu vida trabaja en el despacho contiguo al tuyo. Y que no solo le gustas, sino que siente lo mismo.

Además, el sexo es jodidamente bueno.

—Tienes razón, soy tonto —dice Rick, dándole un beso en la nariz—. Pero ahora dime… ¿qué es eso que te gustaría hacer? Dímelo y lo haré realidad para ti. Haré lo que sea.

—En serio, algún día vas a tener que explicarme cómo disimulabas tan bien en Skyflix cuando en realidad eres un romántico de lo más cursi.

—Y tú vas a tener que explicarme cómo no me di cuenta antes de que eras puro fuego y fui capaz de llamarte mojigata —responde él, sonriendo—. Pero ahora pídeme lo que quieras… ¿Qué te apetece hacer?

—Tortitas —contesta Vera, sin dudar.

—Perfecto. Mañana te haré tortitas para desayunar.

—No —dice ella, negando despacio—. Me apetece hacer tortitas ahora.

Rick se aparta lo justo para mirarla.

—¿Ahora? Pero… son las doce de la noche. ¿Quieres tortitas antes de dormir?

Vera sonríe, ladeando la cabeza.

—¿Y quién te ha dicho a ti que tenga intención de irme a dormir?

CMA. Despacho de Cupido. Cuatro horas antes del impacto.

Las situaciones desesperadas exigen medidas extremas. También gestos que rozan lo indecoroso. Voluptas y San Valentín llegan así: con una expresión de fracaso dibujada en su rostro, después de horas buscando una rendija en los libros celestiales.

Han revisado el Códice de Afinidades Eternas, han cruzado anexos del Libro Blanco de Compatibilidades y han leído, dos veces, el capítulo de excepciones del Manual de Protocolos Afectivos y Deseables sin encontrar una sola salida.

Por eso están aquí.

Porque la última esperanza es el creador del manual. El responsable directo de los deseos románticos de los humanos: Cupido.

El dios los espera detrás de su escritorio, con el manual abierto y una expresión que no admite discusiones.

—Me estáis pidiendo que revierta la flecha de repulsión —dice, sin levantar la voz—. Eso es imposible. Es irreversible. Os lo dije desde el principio. Además está en el manual: artículo sesenta y siete, punto dos, párrafo cinco.

Pasa la página con calma y comienza a leer:

—La flecha de repulsión solo podrá ser programada con el consenso de los departamentos de Romance y Deseo, tras informes detallados de incompatibilidad extrema y riesgo absoluto para el bienestar cósmico y terrenal, con la supervisión directa de San Valentín y Cupido y con la verificación triple de Métricas, Auditoría de Flechas, Comité de Intervención y Registro de Responsabilidad. Deberá ser firmada en sangre simbólica o equivalente administrativo. —Levanta la vista un instante—. Asimismo, se exigirá confirmación por duplicado del CMA, sello de urgencia de la Oficina de Destinos y acta notarial del departamento de Química, por si a alguien se le ocurre decir luego que fue un malentendido.

Voluptas se queda muy quieta y San Valentín escucha atento aunque se sabe de memoria hasta el último artículo.

Cupido continúa, sin prisa.

—Punto tres. Una vez programada, con el visto bueno de Cupido, será lanzada y ejecutada sin que esta decisión pueda ser revocada, discutida, reinterpretada, revisada, suspendida, lamentada ni puesta en duda bajo ningún concepto, circunstancia o arrebato de lucidez tardía.

Cierra el manual con tanta fuerza que, en algún lugar del cielo, las nubes parecen chocar del susto, anunciando la tormenta que se avecina en la tierra.

Los dos bajan la cabeza con la vista fija en el suelo, como dos alumnos frente al director del colegio, esperando quedarse sin recreo, acabar en el aula de castigo o que les hagan copiar cien mil veces: *no volveré a jugar con los sentimientos de la gente*.

—Lo sabemos, Cupido —dice San Valentín, sin mirarlo—. Nosotros redactamos los informes. Pero estos humanos… se quieren de verdad. ¿No hay manera de hacer una excepción?

Voluptas da un paso hacia delante, con las manos juntas, exagerando el gesto de quien espera que todavía le dejen arreglarlo.

—Sí, papá —añade—. Seguro que en tu poderosa deidad puedes hacer algo… divino.

Cupido ni se inmuta ante el cumplido.

—Es imposible —responde—. Aunque quisiera, no puedo. Ya os lo he dicho. Esos humanos seguirán sus vidas. Y vosotros cargaréis con la responsabilidad de su sufrimiento.

Voluptas aprieta los puños.

—¡Pero eso no es justo! —protesta—. Era mi primera misión. Yo debería…

—Tú me la pediste, hija —la corta Cupido, sin elevar el tono—. Ahora aprenderás de tus errores. Y no volverás a frivolizar con los sentimientos ajenos.

—Yo no… —Voluptas se traga la frase. Mira a San Valentín, busca apoyo y vuelve a su padre—. Nosotros no frivolizamos. Ha sido un error.

Cupido los observa un segundo más, en silencio. No hay reproche en su mirada, solo certeza.

—Y viviréis con él —sentencia.

Los Ángeles. Instalaciones de Skyflix. Dos horas antes del impacto.

Rick y Vera entran en la cadena de la mano.

No se esconden. No se sueltan. Hay algo en ellos que se nota a distancia, una felicidad nueva que los acompaña por los pasillos y les cambia la cara.

Rick se planta en el centro del plató. A su alrededor, los operarios desmontan, pieza a pieza, el decorado que ya estaba listo para rodar *San Valentín mata dos veces*. Telones que bajan, estructuras que se separan, luces que se apagan.

Rick alza una mano.

—Un segundo, por favor —pide, esperando a que el ruido se apague y todos lo miren—. Sé que muchos os habéis quedado sin vacaciones de Navidad, y también que, en parte, ha sido por las diferencias que la señorita Clayton y yo hemos arrastrado durante años.

Aprieta un poco la mano de Vera, que se mantiene a su lado, sin perder la sonrisa.

Los ojos del equipo bajan a sus dedos entrelazados. Mary Jo, la chica de sonido, se tapa la boca. Eric, el cámara, se queda inmóvil con la boca abierta de par en par. La señorita Maxon, la administrativa que gestiona nóminas, parpadea dos veces, sin creerse todavía lo que ven sus ojos.

Entonces Vera, ante las miradas atónitas de todos sus compañeros, da un paso adelante sin soltarse de Rick en ningún momento.

—Por eso queremos daros una pequeña sorpresa —anuncia, con una calma que le tiembla de emoción.

Dos camareros entran empujando carros con cubiteras de metal. Botellas de cava frío. Copas. Bandejas con dulces navideños que acaban sobre mesas improvisadas, a toda prisa. El murmullo se expande por el plató y empieza a sonar distinto.

Rick toma una copa y espera a que todos tengan una en la mano.

—Quiero brindar con vosotros por el Año Nuevo —dice, levantándola—, pero también por Skyflix. Por el futuro de esta cadena y por lo que os estáis dejando para sacarla adelante. —Recorre con la mirada el plató, las manos cansadas, las ojeras, las herramientas detenidas—. Creo de verdad que la película de Vera va a ser un éxito. Y creo que ese éxito nos va a salvar a todos. De recortes, de despidos, de cerrar persianas. —Se gira un instante hacia ella, orgulloso—. Y también quiero brindar porque, a partir de ahora, las cosas van a hacerse de otra manera: más claras, más honestas. No solo trabajamos juntos. Estamos juntos.

Hay un segundo de silencio. Luego el plató estalla en risas, aplausos y algún que otro silbido mal disimulado.

—¡Ya era hora! —grita alguien desde el fondo.

—Si tanta pelea no acababa en amor, esto no sirve ni para un capítulo piloto —añade otra voz, entre carcajadas.

—Lo sabía —añade Mary Jo levantando su copa—. Nadie discute así durante años si no está loco por el otro.

El cava corre sin medida. Rick y Vera brindan, se miran, ríen. Se besan sin esconderse.

En el CMA, Voluptas los observa a través de las pantallas con los ojos húmedos. Una lágrima se le escapa antes de que pueda secarla. Hacía siglos —literalmente siglos— que nada la afectaba de esta

manera. Nada le dolía tanto como ver a dos personas celebrar un amor al que, según los protocolos, le quedan apenas horas.

San Valentín permanece a su lado, rígido, con la mirada fija en el brindis. Él no llora, pero la tristeza le sube sin remedio y le deja un nudo en la garganta.

No han encontrado la forma de detenerlo.

Skyflix. Una hora antes del impacto

Voluptas y San Valentín bajan de nuevo a la Tierra.

Llegan a Skyflix arrastrando el cansancio y con una idea clara que los acompaña hasta la puerta: son ellos, y solo ellos, los responsables de que dos personas que acaban de encontrarse estén a punto de dejar de sentirlo todo.

En el plató, los trabajadores brindan con champán y dulces. Celebran los días libres que, ahora sí, podrán disfrutar. Las Navidades han sido cortas, agotadoras, pero al menos el fin de año y el Año Nuevo —sea como sea que los humanos lo celebren— no los pasarán encerrados en la cadena, trabajando a contrarreloj.

Rick y Vera brindan con ellos. Simmons, Monroe y Henderson intercambian miradas incrédulas, todavía asimilando la noticia, pero los felicitan con sonrisas sinceras. Nadie finge.

Hay calma. Paz. Algo que rara vez se ha respirado en ese plató, antes dominado por discusiones, gritos y guerras nada silenciosas.

Rick acerca su boca al oído de Vera.

—Me gustaría ir a Vermont en Año Nuevo —dice con cierta cautela pero sin rastro de duda—. Quiero presentarte a mis padres. Como mi novia.

Apenas llevan tres días juntos, oficialmente. Pero él nunca ha tenido nada tan claro. Quiere que sea ella. La persona a la que llevar

a casa con orgullo. Con la que viajar, planear, caer en todas esas cursilerías que siempre ha amado y siempre ha fingido despreciar.

Vera solo sonríe.

—¿Y tu amigo? —pregunta—. Quería que saliéramos con él.

—Lo soportará, créeme.

Saca un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entrega. Dentro hay dos billetes de avión a Vermont y una reserva en el *Twin Farms Resort,* rodeado de nieve, chimeneas y silencio que se paga caro.

—Así que, como tu novia, ¿eh? —responde Vera aceptando el sobre con un beso.

—Exacto. Mi novia. O pareja, como prefieras llamarlo.

Por el rabillo del ojo, ambos ven a Voluptas y a San Valentín observándolos atentamente unos metros más allá. Con un gesto de la cabeza, acuerdan acercarse a ellos.

—Señor Valentine, señorita Bélos —empieza Vera—. Queríamos darles las gracias por la paciencia que han tenido con nosotros.

—Sí —añade Rick, sin soltarle la mano—. Dimos una imagen poco profesional al principio, y ustedes eran los únicos que no nos conocían de nada. Pero quiero que sepan que estamos comprometidos al cien por cien con Skyflix y con hacer todo lo posible para que la cadena salga adelante.

Voluptas y San Valentín asienten en silencio. Logran esbozar una sonrisa que les cuesta horrores sostener. Rick y Vera se alejan, felices, ajenos a todo.

Voluptas baja la voz.

—¿Cuánto tiempo tarda en hacer efecto la flecha de repulsión? —pregunta, mirando de nuevo hacia ellos.

—Es instantáneo —responde San Valentín, sin dudar—. En cuanto les alcance, se mirarán de manera diferente. No habrá peleas ni gritos. No sentirán odio. Simplemente la atracción desaparecerá. —Traga saliva—. Sentirán repulsión. Asco. Solo verán defectos donde antes veían virtudes. Esa peca en el labio. Ese remolino en el pelo. La voz les parecerá insoportable. No podrán estar a menos de un metro el uno del otro. Como polos iguales de un imán.

—Les quedan diez minutos —dice Voluptas mirando el reloj de la pared.

—Lo sé —confirma San Valentín.

Rick y Vera siguen con los dedos entrelazados. Se miran como si el universo entero cupiera en los ojos del otro. Se besan despacio, ajenos a las miradas, a los suspiros que provocan, al tiempo que no saben que les queda.

A escasos segundos del impacto, están así. Labios unidos. Sonrisas suaves.

Voluptas vuelve a mirar el reloj. El tiempo se cumple.

La flecha debería haber impactado ya.

Pero Rick y Vera no se separan. Siguen besándose. Siguen sonriendo, encerrados en su propio momento.

—Hagios… —murmura Voluptas—. ¿Qué pasa?

San Valentín está desconcertado; mira el reloj y luego a ellos. Han pasado dos minutos y el efecto es inmediato, como siempre: no admite discusión ni interpretación.

—¿Es posible que el amor de Rick y Vera sea tan grande que resista la flecha? —vuelve a preguntar Voluptas, sin atreverse a creerlo.

San Valentín niega despacio, sorprendido.

—Nada resiste a esa flecha, Voluptas —dice—. Nada.

—¿Entonces? —insiste Voluptas—. ¿Han fallado los cálculos? Es posible que se haya desviado y haya dado en otras personas, ¡por todos los dioses!

—No. La flecha de repulsión no puede desviarse, no falla; simplemente… no ha funcionado.

Se miran aliviados y, a la vez, confusos. En todos los siglos que San Valentín lleva en el CMA, nunca ha visto nada parecido.

EPÍLOGO

CMA. Diez minutos después del impacto.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —exige Dione, con la voz ya en ese punto en el que deja de ser protocolo y empieza a ser amenaza.

En el Departamento del Deseo nadie contesta de inmediato. Los operarios se miran entre ellos, desconcertados, revisando pantallas que deberían estar en verde y siguen ancladas en un amarillo incómodo, negándose el sistema a confirmar lo que, en teoría, ya debería haber ocurrido.

Al otro lado de la sala, en el Departamento del Romance, la reacción es distinta. Teódulo ya está de pie, con tres monitores abiertos a la vez y un equipo tecleando con disciplina, buscando el motivo por el cual una flecha de repulsión programada desde hace cuarenta y ocho horas continúa marcada como *pendiente de ejecución*.

—Esto es inadmisible —murmura alguien desde Romance, sin apartar la vista de los datos.

—Inadmisible no, es una negligencia —responde otro, con el mismo tono frío.

—Una chapuza —remata una tercera voz, que no se molesta en ocultar hacia dónde apunta.

Dione gira la cabeza hacia ellos justificándose.

—Aquí todo estaba autorizado, revisado y aprobado. Si no ha impactado, el problema no es del Deseo.

Teódulo levanta la vista despacio, con la determinación firme, dejando claro que no piensa ceder.

—El problema es que una flecha de repulsión no se queda colgada en el sistema. No falla, no duda, ni permanece en pendiente de ejecución.

Dione recorre las mesas de su equipo, desplazando hologramas con movimientos rápidos, comprobando rutas, sellos, trazas, cualquier rastro de un fallo que no aparece. Teódulo, por su parte, ya ha sacado la carpeta física de Reclamaciones Formales al Departamento Central, dispuesto a elevar una queja directa al despacho de Cupido en cuanto tenga un nombre que adjuntar.

Y entonces sucede lo inevitable.

Las miradas empiezan a converger, una tras otra, hacia el mismo punto: la mesa de Fauno.

Es un caos absoluto, incluso para los estándares más tolerantes del Deseo: papeles apilados sin orden, informes sin clasificar, pantallas abiertas en pestañas contradictorias. Un vaso de chocolate frío peligrosamente cerca del teclado. Entre todo eso, asomando apenas por debajo de un montón de formularios de *ajustes menores* y *simulaciones no urgentes*, un archivo parpadea con una insistencia casi ofensiva:

LANZAMIENTO PROGRAMADO

ESTADO: PENDIENTE DE EJECUCIÓN

Fauno sigue sentado, inmóvil, mirando la pantalla sin parpadear. Entonces Dione se acerca con una calma que no tranquiliza a nadie.

—Fauno —dice—, ¿por qué ese archivo no está en «ejecutado»?

El becario traga saliva y baja la mirada mientras aparta un informe, luego otro. Con torpeza, despeja una esquina del panel y

deja al descubierto la orden completa: intacta, sin un solo registro de acción.

—Yo… —empieza—. Estaba autorizado. Todo estaba correcto. Pensé que… que ya se había lanzado.

El silencio que viene a continuación no es el de una sala sin ruido; es el de una sala en la que todos han entendido lo mismo al mismo tiempo.

—¡No se lanza sola! —estalla Teódulo—. ¡Una flecha de repulsión requiere confirmación de ejecución!

Fauno levanta la vista, pálido.

—¿Confirmación?

Dione cierra los ojos un segundo, como si le doliera físicamente.

—Fauno, este lanzamiento estaba asignado a tu mesa —dice al fin, sin elevar el tono—. Era tu responsabilidad cerrar el proceso.

El sistema emite entonces una alerta nueva, menos estridente que las anteriores, pero infinitamente más peligrosa por lo que implica:

ESTADO: EJECUCIÓN NO INICIADA

TIEMPO TRANSCURRIDO DESDE IMPACTO PREVISTO: 00:10:27

Nadie dice nada, nadie se atreve a moverse.

La flecha fue autorizada, aprobada y programada.

Pero no fue ejecutada.

Fauno llama al despacho de Cupido con dos golpes tímidos.

Dentro, alrededor de la mesa impecable del dios del amor, lo esperan Voluptas y San Valentín. Cada uno lo mira a su manera: Voluptas todavía herida, intentando entender lo que ha pasado; San Valentín agotado, con el gesto de quien ha visto demasiado. Cupido, en cambio, no deja traslucir nada. Es la cara que pone justo antes de decidir y es el primero en hablar.

—Fauno, todos apreciamos tu… entusiasmo —dice, eligiendo la palabra con cuidado—, pero creemos que no estás preparado para seguir en el Departamento del Deseo. Vamos a reasignarte.

Fauno asiente sin alterarse.

—Lo que usted diga, señor.

—Además —añade Cupido—, deberás realizar cursos de reciclaje.

—¿Cursos? —repite Fauno, sorprendido—. Pero si ya hice varios antes de entrar en el Deseo. El de *Introducción a la Atracción Responsable*, el de *Gestión Básica del Impulso Romántico*, *Deseo sin Catástrofes Globales*, *Flechas y Consentimiento*… incluso el intensivo de *No Tocar Parámetros sin Autorización*.

—Los repetirás —sentencia Cupido, sin levantar la voz.

Fauno está confundido y tarda en procesarlo.

—Disculpe, señor, pero no lo entiendo.

San Valentín interviene entonces, sin disimular su malestar.

—Fauno, lanzaste dos flechas cruzadas que impactaron en dos humanos oficialmente incompatibles. Y cuando, después, se programó una flecha de repulsión para corregir el error, no la ejecutaste. Ha sido un desastre de principio a fin.

Fauno escucha sin interrumpir. Cuando San Valentín termina, levanta la vista con una calma que descoloca a ambos.

—Con el debido respeto, señor —dice—, mis flechas cruzadas impactaron en dos personas que ya tenían sentimientos latentes. Lo único que hicieron fue acelerarlos. Ahora están enamorados, ¿no es así?

San Valentín abre la boca para responder.

—Sí, pero… —empieza, y se detiene, pensativo.

Fauno continúa, animado por el silencio.

—Y debido a que no ejecuté la flecha de repulsión, esa misma pareja sigue junta. Feliz. Estable. Sin conflictos ni colisiones emocionales. —Hace una pausa breve, prudente—. Es decir, que gracias a mis errores, este caso se ha resuelto con un éxito sin precedentes.

Cupido no es capaz de reaccionar. Parece que San Valentín tampoco y Voluptas mira al becario como si acabara de descubrir algo que no estaba en ningún manual.

Los tres guardan silencio. Ninguno está dispuesto a decirlo en voz alta, pero Fauno no se equivoca: sin proponérselo, ha resuelto una de las misiones más complejas que el CMA ha afrontado en los últimos lustros.

—Eso ha sido una feliz coincidencia —se resiste San Valentín, con el gesto rígido y la paciencia a punto de agotarse—. Podrías haber ocasionado un desastre de proporciones bíblicas.

Cupido no lo contradice. Mantiene los ojos en él unos segundos más de lo habitual y luego asiente, aceptando el argumento sin hacerlo suyo.

—Es cierto, Fauno —dice, matizando las palabras de San Valentín—. Te equivocaste en lo esencial. Pero también tienes razón en algo: gracias a ti esos dos humanos siguen juntos.

Con un gesto, Cupido despliega las pantallas del CMA. La escena aparece en directo: Rick y Vera en el aeropuerto, cogidos de la mano, avanzando hacia el control de seguridad sin separarse ni un milímetro. No hay prisa. No hay tensión. Solo esa complicidad nueva que hace que todo parezca fácil.

Voluptas se lleva una mano al pecho al verlos.

La pareja no ha dejado de darse muestras de amor desde que salieron de Skyflix. Rick ha llamado a sus padres para avisarles de que este año irá a Vermont con su novia. Vera, por su parte, ha hablado con su madre y con su hermana Abigail para decirles que no la esperen en Nochevieja.

—Quizá para Pascua vayamos —dice Vera al teléfono, caminando despacio por la terminal.

—¿Vayamos? —pregunta Abigail, al otro lado de la línea—. ¿Con quién vas a venir?

Vera sonríe, a punto de responder, pero Rick la alcanza por detrás y le besa la mejilla con una naturalidad que interrumpe cualquier explicación. Ella se gira, le devuelve el beso sin colgar, y la conversación queda en suspenso. El resto del mundo puede esperar un poco más.

En el CMA los observan sin decir nada. Por primera vez en horas, respiran de verdad. El alivio se instala en la sala con una delicadeza extraña, casi indecorosa para una corporación acostumbrada a gestionar catástrofes sentimentales.

Voluptas aparta la vista de la pantalla y mira a Cupido, más seria de lo habitual.

—Papá, me ha encantado bajar a la Tierra, pero creo que el trabajo de campo no es para mí —admite, con una honestidad que le cuesta—. Yo soy más de disparar flechas que de perseguir desastres cuando ya están en marcha.

San Valentín niega despacio, sin energía para discutir. No dice nada, pero su silencio no es indulgencia; es cansancio. Él tampoco ha tenido un papel glorioso en esto, y lo sabe.

Cupido se queda quieto. En el fondo, se nota un matiz que no suele permitirse: cierta culpa por haber delegado un caso así en su hija, por haberse retirado antes de tiempo, por confiar en que los manuales sustituyen a la experiencia. Y, aunque jamás lo reconocería en un informe oficial, también nota otra cosa: que echa de menos el movimiento, la acción.

Desde una esquina, Fauno levanta la mano con cautela, todavía inseguro de lo que va a suceder con él.

—A mí no me importaría bajar a la Tierra, señor —dice desde un lateral, en voz baja y con una disposición que resulta casi excesiva —. Si necesita que vuelva a salvar a una pareja… cuente conmigo.

San Valentín lo observa con una expresión que no promete nada bueno y no responde; su silencio ya funciona como advertencia suficiente.

Cupido, en cambio, tarda un segundo más de lo normal en hacerlo. Se gira hacia las pantallas, donde Rick y Vera se pierden juntos tras el control de seguridad, y suelta el aire despacio, aceptando por fin algo que llevaba tiempo resistiéndose a admitir. Con un gesto, apaga la proyección antes de hablar.

—Antes bastaba una flecha —dice, sin volverse todavía—. Una chispa bien dirigida, un impulso preciso. El deseo hacía el trabajo sucio y el tiempo se encargaba del resto.

Se apoya en el borde de la mesa mientras continúa, pensativo, dejando que la idea se asiente.

—Las relaciones eran más simples. Más lentas. La gente se equivocaba… pero se quedaba. Ahora todo es inmediato, reversible,

descartable, y las flechas ya no bastan. —Niega despacio—. Fingir que sí es lo que nos ha traído hasta aquí.

Entonces se gira hacia San Valentín y Voluptas.

—El amor ya no se puede gestionar desde la distancia, ni delegar sin consecuencias, ni controlarlo del todo —dice mirándola a ella—. Por eso bajaste. Y por eso esto ha salido como ha salido.

Voluptas le sostiene la mirada a su padre sin replicar mientras San Valentín cruza los brazos.

—¿Eso significa que vas a volver a intervenir en persona? —pregunta.

Cupido duda lo justo para no mentir.

—Significa que no voy a desaparecer —responde—, pero tampoco voy a hacerlo solo.

Deja que la frase respire antes de continuar.

—Habrá que formar mejor, acompañar más, supervisar sin imponer, y aceptar que, a veces, el Romance y el Deseo no van en la misma dirección… aunque ambos tengan razón.

San Valentín esboza una sonrisa cansada pero comprendiendo a la perfección el punto de Cupido.

—Como siempre.

Fauno sigue en su rincón, atento, intentando parecer invisible pero no logra su objetivo porque Cupido se vuelve a mirarlo con dedo acusador.

—Y tú —añade, mirándolo— vas a aprender a no confundir salvar con intervenir.

—Sí, señor —asiente el becario, resignado a su papel.

Las luces del CMA se estabilizan y los paneles regresan poco a poco a su estado neutro. El caos queda archivado, clasificado y cuidadosamente maquillado para que no parezca tan grave en los informes oficiales.

San Valentín recorre la sala con la mirada.

—Habrá más casos —dice—. Más errores. Más excepciones.

Cupido sonríe encogiéndose de hombros.

—Siempre los hay.

Voluptas alza la vista hacia el cielo artificial del CMA, pensativa.

—Supongo que esto es lo que pasa cuando el amor deja de obedecer.

Cupido no la corrige.

Porque sabe que, a partir de ahora, cada historia será distinta. Y que, cuando llegue el momento de decidir entre intervenir o dejar sentir, San Valentín y Cupido volverán a encontrarse en lados opuestos.

No como enemigos.

Pero tampoco como aliados.

Y eso, en el CMA, solo puede significar una cosa: habrá más historias que contar.

FIN

PRÓXIMAMENTE

VAS A VOLAR

KAYLA MUN LIBROS